This volume was digitized through a collaborative effort by/ este fondo fue digitalizado a través de un acuerdo entre:

Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras

www.raha.es

and/y

Joseph P. Healey Library at the University of Massachusetts Boston

www.umb.edu

Sig.: 98 BIG col
Tít.: Colón y su descubrimiento : El
Aut.: Bigotte, Félix E.
Cód.: 8913796 R: D2 Hispanoamericana

COLÓN

Y SU

DESCUBRIMIENTO:

EL NUEVO MUNDO

Ó LA

GRAN COLOMBIA

Félix E. Bigotte.

ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CADIZ

RAMON TELLO MENDOZA,

GOBERNADOR DE LA SECCIÓN OCCIDENTAL DEL DISTRITO FEDERAL.

Hago saber:

Que el ciudadano Félix E. Bigotte se ha presentado ante mí reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra histórica de que es autor, y cuyo título ha depositado en este Despacho y es como sigue: «COLÓN Y SU DESCUBRIMIENTO—EL NUEVO MUNDO Ó LA GRAN COLOMBIA»; y que habiendo prestado el juramento requerido por la Ley sobre propiedad intelectual, le pongo en posesión del derecho que concede la mencionada Ley.

Dado en el Palacio de Gobierno de la Sección Occidental del Distrito Federal y refrendado por el Secretario del Despacho en Caracas, á veinticuatro de julio de mil novecientos cuatro.—Año 94º de la Independencia y 46º de la Federación.

R. TELLO MENDOZA.

Refrendado.

El Secretario de Gobierno,

Andrés Mata.

COLÓN

Y SU

DESCUBRIMIENTO:

EL NUEVO MUNDO

O LA

GRAN COLOMBIA

OBRA ESCRITA PARA EL CERTAMEN LITERARIO QUE TUVO LUGAR EN MADRID EL AÑO 1892, PARA CELEBRAR EL 4º CENTENARIO DE

COLÓN

POR

FÉLIX E. BIGOTTE
(AKÂRA)

TOMO I

ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CÁDIZ

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.
1904

98
BIG
col

R. 103229

GENERAL CIPRIANO CASTRO

PRESIDENTE DE LOS EE. UU. DE VENEZUELA

ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS
CADIZ

Para la Biblioteca de la Real
Academia Hispano-Americana de
Ciencias y Artes de Cádiz
Muy atentamente.
S. de Jonghi Picardo

Caracas: Septiembre de 1.928.-

CARTA DEDICATORIA

REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CADIZ

Señor General don Ramón Tello Mendoza, Gobernador de la Sección Occidental del Distrito Federal, etc., etc., etc.

Presente.

El Empedrado: 1º de agosto de 1904.

Apartado, señor, hace algunos años, del afán material de los negocios necesarios para la existencia física del hombre, he vivido ocupado del movimiento intelectual, uno de los atributos del espíritu, esforzándome sin descanso, día y noche, en aglome-

rar el fruto de mis estudios, de mis desvelos, de la memoria que compara y resuelve por la fuerza de la razón, los múltiples incidentes que en los pueblos y en la humanidad se presentan y se desarrollan.

Etógrafo por instinto, por naturaleza y por educación, mis obras en su mayor parte históricas, científicas, filosóficas y literarias, todas de atrevido aliento, prueban que el objetivo en que se ha fijado mi espíritu, es el bien moral de mi Patria y la humanidad.

Según esta disposición del corazón humano, esa feliz patria de la imaginación; esa esfera de gloria y de entusiasmo, en que las fiestas representan un perpetuo concierto de elocuencia y de genio, los grandes y nobles corazones que abrazan, no la fama que cosechan los guerreros de los combates, sino los himnos y alabanzas que la vida potente de la palabra humana, esparcen alrededor de aquellos que prodigan el bien á sus hermanos, á la sociedad en que viven, al suelo que los vió nacer; se hacen en realidad inmortales como los dioses, porque la benevolencia de sus acciones, los dignifica y los presenta en culto permanente.

El apostalado del bien, señor, que no se aprende, pero que se explica, porque es el culto más moral, más religioso y más útil, es el que verdaderamente da más gloria, porque encarna la idea de la libertad común; porque representa siempre en sus benéficas acciones, la impresión general del respeto que se tiene por la existencia de la humanidad. No

es posible sentirse inspirado por los sentimientos de justicia y de patriotismo, cuando éstos no se encuentran precedidos y sustentados por el de la benevolencia, que, ella sola, puede decirse, constituye la pasión por la gloria, y la *única*—permítasenos la expresión,—sí, la *única* que no envejece jamás.

¿Y cómo no tener en cuenta la pasión por esa *virtud de hacer el bien*, que os es tan familiar, señor, cuando es ella la que vivifica, en cada día, en cada hora, en cada minuto, las esperanzas del espíritu? ¡Ah!, señor, vos lo comprendéis mejor que yo .... Cuando la fuente de esa nobilísima pasión conque Dios y la naturaleza os han dotado, se agota, se seca, y que una especie de fría esterilidad ha helado el sentimiento humano, ya las fibras delicadas del corazón no hacen vibrar el amor por la patria, por la familia, por las instituciones del pueblo al cual se pertenece. Las más bellas convicciones del patriotismo; los más espontáneos arranques de entusiasmo, no podrían alimentar la esperanza de la inmortalidad, divino patriotismo del espíritu que lo conduce y lo eleva hasta las regiones infinitas.

¿A quién, entre los vivos, debemos los más legítimos miramientos, sino á aquellos que soportan las penas que la desgracia impone á nuestra naturaleza? ¡Y sin embargo, cuán pocos son los que cumplen ese deber! ....

Permitid, señor, que me acerque al objeto de esta carta, no sea que al dilatarlo, corra el peligro de desagradaros.

En la dura espectativa en que he venido vi-

viendo y vivo, y cuando el fluído de una noble esperanza lisonjera, principia á reanimar todos los corazones y dar nueva vida á todas las facultades, una borrasca tempestuosa, descargada sobre las débiles y delicadas fibras del sentimiento, me ha sumergido en lo más profundo de un abismo de dolor. Sin conoceros, sin haber tenido nunca la honra de dirigiros la palabra, magnánimo y generoso, os interpusisteis entre mi desgracia y yo, presentándoos como una aurora de paz; como un puerto de salvación, para que la frágil barquilla de mi existencia, que de hoy más vagará sin brújula y sin timón, no zozobre en medio de los arrecifes de un puerto desconocido.

Si el privilegio, señor, de vuestra sublime generosidad os ha sido acordado por la naturaleza, nada en mí es menos inagotable que la admiración por esa virtud, y la gratitud siempre creciente que ella me inspira. No poseo más tesoro, ni más fortuna que poderos ofrecer,—aunque indignas de vuestra atención,—que mis obras literarias inéditas, entre las cuales, os suplico respetuosamente, me permitáis ofreceros la dedicatoria de "COLON Y SU DESCUBRIMIENTO," (*) colocando vuestro nombre en la primera página de mi libro.

El monumento de honra y de gloria mía, escrito de mi puño y letra, recuerdo imperecedero que iba á legar á mi hijo, *muerto desgraciadamente*, quiero que seais vos su único poseedor, y con tal fin me atrevo á presentaros este tributo de mi admiración y

(*) 3 vol. in 4º

gratitud, y que conste aquí como testimonio rendido á la nobleza de vuestra alma.

Con sentimientos de la más alta consideración y respeto, tengo el honor de suscribirme vuestro más afectuoso y atento S. S.,

Q. B. L. M.,

Félix E. Bigotte.

Caracas: 31 de agosto de 1904.

Señor General Félix E. Bigotte.

Presente.

Estimado amigo:

Respondo á la dedicatoria de su obra, "Colón y su descubrimiento," con un aplauso al brillo de su trabajo intelectual, y con mi gratitud por el honor conque me distingue usted.

Como la Justicia es ministerio de las opiniones, tiene usted entre los hombres de saber de nuestra Patria, categoría en las ideas, y venias muy merecidas entre los pensadores y doctos.

Su libro, que me dedica, espíritu de la verdad concluyente, es algo así, como un pedestal de lum-

bres en la efigie de Colón, y como la pureza de la gloria en las controversias universales.

Colón es más que un descubridor intrépido y de genio, porque sirvió á la ciencia, al complementar el globo.

Es más que un altruista, porque expuso sus afectos y su vida, para arrancar de la fiera esclavitud de la ignorancia á las Tribus salvajes.

Más que un principio redentor, porque fundó la Patria Venezolana al descubrir nuestro inmenso territorio; y si se quiere, dejó el germen de la República en su martirio cristiano.

Y su obra, amigo mio, es una documentación explícita, incontrastable, rotunda, enciclopédica, de la odisea del marino, que tiene más luz que todos los astros y más espacios que todos los siglos.

Este trabajo, fruto prodigioso del pensamiento y de la ciencia, lo destinaba usted con las ternuras más inmaculadas de su espíritu, al hijo que falleció de una manera prematura y trágica.

Y ha querido la benevolencia de usted, que yo sustituya en la pérdida de sus afectos, un recuerdo en los afectos que ofrenda la amistad.

Y por eso me consagra de un modo abnegado y espontáneo, el libro en que Cristóbal Colón se empina para mirar el mundo, sobre las encrespadas olas que dominó con sus débiles carabelas.

Su dedicatoria me enternece; pero como los sabios son filósofos, usted es digno de afectos y de aplausos, pero no de lágrimas.

Usted sirve al progreso científico con su obra; porque los hechos tienen más elocuencia que los siglos, y la virtud más preponderancia que la gloria.

Y usted abarca, en los conceptos de que me ocupo, estas unidades del sentimiento y de la razón.

Si usted no tuviera una Patria engrandecida por la prosperidad, el liberalismo, el progreso y la fama, su libro histórico podría servir de hogar á las fatigas de su espíritu.

Por eso lo acojo con predilección patriótica, y lo entrego sin descuido al porvenir, porque el progreso es verdad, y su trabajo es un evangelio de narraciones positivas.

Como acepto del modo más entusiasta su valioso trabajo, circulará con el aplauso que le corresponde; y las ediciones sucesivas, que usted deja á mi exclusiva voluntad, mientras usted no las haya de menester, yo las destino al Asilo de Huérfanos de Valencia.

Todos tenemos un afecto en predilección, y un culto que solo Dios comprende.

Pero este voto, ignorado para los hombres, encarna una virtud.

De este modo, sirve usted á la Patria y á la Historia; y el esfuerzo de su cerebro, unido á la intención de mi espíritu, constituyen una ofrenda, propicia al hijo de usted, que ya no existe, y que expresa una plegaria en sus tendencias cristianas.

Pero permítame usted, que corresponda á las confidencias de sus dolores, con los deberes más ingénitos de mi alma.

Yo lo debo todo en el carácter político, á las excelencias cultas de mi honorable Jefe y amigo el General Cipriano Castro.

Al influjo de la Causa Restauradora, se levanta mi pensamiento para fraternizar con los pensamientos que se encaminan al pueblo y á la Patria.

Y es del General Cipriano Castro, de donde parten las claridades, los movimientos patrióticos, el entusiasmo por lo noble y por lo bello, y las avanzadas del porvenir, que retan la ignorancia para destruirla; y los egoísmos, para destruirlos también.

El egregio Jefe Restaurador, ha engrandecido el Mapa de Venezuela, con un nuevo Puerto, riquísimo, floreciente, y de inagotable prosperidad.

Y como en su corazón y en su cerebro caben todas las grandezas y se activa la equidad más visible, ha querido que lleve el nombre de Cristóbal Colón, lo que fué ayer soledades ignotas.

Es decir: erige un monumento allá en esas playas pintorescas y dilatadas, y otro aquí, que en breve se ha de inaugurar en el Boulevard Macuro, al marino inmortal, que vivirá en la Historia, mientras los mares repitan la epopeya de sus sueños y el himno de sus aventuras olímpicas.

Por esto, permítame usted, que mi respeto y mi gratitud al honorable Jefe del País, declinen la dedicatoria que usted me hace de su obra, y la consagre con íntima satisfacción al invicto Conductor de la Causa Liberal Restauradora.

Soy de usted atento s. s. y amigo,

R. Jello Mendoza.

GENERAL RAMON TELLO MENDOZA

ADVERTENCIA

En todo el curso de esta obra no pronunciamos ese pronombre derivado del nombre *Américo*, conque injustamente el mundo ha insistido en llamar al Nuevo Continente descubierto por Cristóbal Colón. Antes que pronunciarlo nos valemos de circunlocuciones, cuando no lo designamos por su verdadero nombre

COLOMBIA, ó la GRAN COLOMBIA

en el caso de ser susceptible el equívoco con el nombre de la república de la Nueva Granada, llamada hoy Estados Unidos de Colombia.

Que devuelva el mundo su verdadero nombre al Nuevo Continente, es la más grandiosa ofrenda que puede hacerse en el cuarto centenario de su descubrimiento.

Voto del

AUTOR.

CONSIDERACION SOBRE EL MOTIVO DE ESTA OBRA

El ex-Ministro Residente de S. M. Católica en los Estados Unidos de Venezuela, señor don Melchor Ordóñez y Ortega, y el doctor Fernando de la Ville, ambos respetables amigos, han tenido la bondad de excitarnos á tomar parte en el *Certamen internacional* con ocasión del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo que tendrá lugar en España; excitación que unida á la de la comisión del Certamen, ha hecho vibrar en nosotros las fibras delicadas del patriotismo y de la gratitud que tributamos al ilustre Genovés Cristóbal Colón.

El sujeto levanta la imaginación; y ese sentimiento que santifica, que diviniza al hombre, que ocupa evidentemente el primer rango en las sociedades humanas, que se llama PATRIOTISMO, es la condensación de la religión, del sacerdocio, de la moral, de la filosofía de un pueblo; es el primero y el último de todos los sentimientos que le han sido forzosa y gloriosamente impuestos al hombre por su naturaleza; el que principia todo, el que concluye todo, y el que contiene todo sin que le sea permitido sin sonrojo, abdicar de él en ningún caso.

El hombre de letras, en medio de la naturaleza ó de la so-

ciedad, busca en torno de sus ideas aquélla que defina en términos más sublimes, la fuerza del homenaje de amor y de respeto debido al conjunto que le rodea, que se agita junto con él sobre el suelo que le sustenta, y una sola palabra, PATRIA, expresa suficientemente las relaciones del ciudadano para con ese suelo, como la palabra sagrada DIOS, expresa las relaciones del hombre con el SÉR increado, y las del SÉR increado para con el hombre.

Esas dos palabras, esos dos sonidos, que forman parte integrante de la armonía en el acorde de la universal sinfonía, en todas las lenguas, en todas las literaturas, en todos los tiempos, cierran los labios de la humanidad y no dejan nada que decir, porque todo está dicho!.....

La noble y heroica España, madre muy digna de nuestros padres, quiere añadir un timbre más al escudo de su grandeza de alma, y excita á sus hijos y al mundo á que den un testimonio vivo, espontáneo, permanente ante la historia, del culto que rinden á la virtud, al valor y á la abnegación, elevando un monumento á las letras, digno de tan trascendental acontecimiento

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO,

sintetizado en los hechos que tuvieron lugar para verificarlo, ejecutados por el inmortal navegante CRISTÓBAL COLÓN, que nos servirán de tema para dejar deslizar nuestra pluma, y éste será el humilde y pequeño óbolo intelectual conque contribuiremos á tan hermosa festividad.

Vamos á hojear sin pretensión algunas páginas de esos libros de leyendas históricas, *libri folio volvere*, que sin ser de los primeros monumentos literarios, nos dejan, sin embargo, entrever á través de las brumas de los tiempos, hechos importantes realizados por hombres que dignifican la humanidad en general.

Akâra. (1)

---

(1) *Seudónimo*, primera vocal Sanscrita, *A*.

CAPITULO I

SUEÑO LLAMADO MEDEA.—PROFECÍA DE SÉNECA.—NOTA DEL HIJO DE COLÓN.—OBRA CITADA POR SÉNECA.—RECUERDOS DEL SEVERO APRENDIZAJE.—OTRA PREDICCIÓN DEL MISMO AUTOR.—LOS LEJANOS ALPES.

HAY en una de esas sombras de sueños, que podríamos llamar sublime imaginación, ya que al hombre no le es dable crear nada, pues la creación corresponde á la economía divina del plan perfecto del Creador; hay en uno de esos sueños, llamado *Medea* por su autor, el célebre clásico Séneca, esta especie de profecía, que la inteligencia tomó sin duda prestada del sordo poder vegetativo del tiempo que desarrolla y destruye todo.

Venient annis secula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Neque sit terris última Thule.

«Vendrá un tiempo, allá en lejanos siglos, en que las barre-
«ras del Océano se salvarán; en que se descubrirá una vasta ex-
«tensión de tierra; en que el mar revelará nuevos mundos, y
«en que Thulo dejará de ser el límite del universo terrestre.»

No está demás, al hacer esta cita, agreguemos que, en la Biblioteca de Sevilla, existe un ejemplar de la obra de Séneca y al margen de ella se encuentra una nota escrita por el hijo de Colón, Fernando, que dice así: *Hœc prophetia expleta est per patrem meum, Cristophorum Columbum, anno 1492.*—«Esta profecía ha sido cumplida por mi padre el almirante Cristóbal Colón, el año 1492.

Y puesto que por un retorno íntimo, hacia los primeros estudios, hemos tropezado en nuestra reminiscencia con las palabras de ese hombre animado de todos los bellos sentimientos, que sólo pueden encontrarse en los que han alcanzado en lo posible la perfección de su naturaleza, tomemos otra del mismo autor, traída en sus *cuestiones naturales*, ó *investigaciones sobre la naturaleza*, que se relaciona con la tesis que discutimos: «Cuando el hombre, dice Séneca, espectador curioso del Universo, ha contemplado el curso majestuoso de los astros, y esa región del firmamento que ofrece á Saturno una vía de treinta años, entonces, tornando sus miradas de lo alto hacia la Tierra, comprende la pequeñez de su estrecho domicilio:—*¿ Qué distancia hay de las últimas riberas de España hasta la India?—El espacio de muy pocos días, si el viento es favorable al navío.*

¡Ah! cuán bellos nos parecen hoy todos esos relatos patéticos, que ayer en nuestra niñez, constituían el duro y severo aprendizaje, que nos hacía exhumar palabra por palabra, de esas lenguas que se dicen muertas, el Griego y el Latín, y que no obstante son la savia de muchas de las vivas, para darnos un soplo armonioso, sea de una imagen pastoral de *Virgilio*; sea de una de esas graciosas y encantadoras estrofas del maestro del arte poético, *Horacio*, ó de su rival *Anacreonte;* sea de uno de esos inimitables discursos de *Thucydides* que sólo se parecen á *Thucydides*; sea de una de esas varoniles y justicieras reflexiones de *Tácito*; sea de un período inagotable y sonoro de *Cicerón;* sea del juicio certero de *Strabón* en sus designaciones geográficas, muy semejantes á las de *Erastótenes*, cuando dice: «Si la extensión del Mar Atlántico no fuera un obstáculo, podríamos trasportarnos por mar de la Iberia (la España) á la India.»

Y á propósito de esta referencia, se lee en el mismo autor, algunas páginas más adelante, esta otra predicción que no ha debido ser ignorada por los navegantes contemporáneos ni por

los posteriores: «Nosotros no designamos como tierra habitada, sino esa porción de la Zona temperada en que estamos y nos es conocida. *Pero se concibe que, en esta misma zona pueden existir dos tierras habitadas, y acaso más de dos.*»

No nos adelantemos en el orden de nuestras ideas; ya llegaremos á esas costas de la Europa en que se reflejan los lejanos Alpes, delicias de los ojos del viajero, por una parte; y por la otra, á lo que son hoy ciudades opulentas y pueblos alegres, entrecortados por colinas de brumas que penetra un sol débil, que ilumina la desnudez de los árboles que duermen en la estación del descanso.

CAPITULO II

Los precursores de Cristóbal Colón.—Lo que se trataba de explorar.—El sueño del descubrimiento.—Expediciones que tornan á la izquierda.—Los beduinos.—Los Nómades.—Los Etiopes.—Los Trogloditas.—Islas habitadas por Gorillas.

Remontemos por una mirada retrospectiva á los tiempos de los precursores de Cristóbal Colón; á ese pueblo de navegantes intrépidos llamados Fenicios, que fueron hasta cierto punto los Ingleses del mundo antiguo, más dotado y más completo en su juventud que en su caducidad; y los Cartagineses descendientes de los Fenicios, que fueron con sus perfiles y contornos, los rivales de esos *Ingleses;* deseando ir en sus excurciones aventuradas, y en sus portentosos trabajos, más allá de los límites en que se había detenido el semi-dios de esa raza de seres, dotada de una libertad misteriosa, que vivía en la plenitud de su vida.

Sin embargo: tratábase de explorar un nuevo mar cuyas olas no había visto jamás el ojo del hombre; no se conocía su extensión, ni se sabían sus límites, ni aun si esos límites existían; nadie podía adivinar los peligros, los escollos, las tempestades, las tinieblas, los terrores; pero justo era presuponer los trabajos, los esfuerzos, las miserias, los sufrimientos,

la muerte.....Qué sorpresa!.....Cuántas emociones!.....Qué temblores!.....Espanto y curiosidad mesclados!.....Luz que deslumbra!.....Tinieblas que abisman!.....Mares diluvianos ocultando la tierra apenas acabada!.....

Pero, no importa!

El delirio del descubrimiento persistía; descubrimiento de las tierras ocultas por los mares; descubrimiento del Océano, que se confundía con el Cielo; descubrimiento del globo,—aún no se sabía que era globo,—pues la teoría general imaginaba con Homero, que la tierra estaba conformada como un disco ó como un broquel ó escudo arcilloso, plana y circular, que tenía por ribete el gran río del Océano, con un solo margen, extendiéndose por el costado opuesto en el infinito y el misterio.

Pero, no importa!

A pesar de todo: la felicidad de navegar, de descubrir tierras, de encontrar fortunas, se contaba por día y por semana; avanzaba á cada minuto;

¿Hacia adónde?

Acaso hacia la catástrofe final, la muerte.....!

No obstante. Vense salir expediciones que tornan á la izquierda, siguiendo las costas de la Libya, llamadas hoy del Africa, derrotero marcado por Cartago que enviaba la expedición.

Más lejos y siguiendo las riberas de esos solitarios mares, acompañados por la invencible aspiración y esa esperanza obstinada que todo lo sacrifica, encuéntranse los Beduinos, así llamados hoy, entonces Nómades, ó sean esas tribus errantes, salvajes, sin asiento ni habitación; y más adelante los Etiopes, no orientales sino occidentales; y los Trogloditas, viviendo como aún viven hoy en Granada los Gitanos, en las cuevas de Albaycín; y en fin, islas habitadas por *Gorillas*, hombres y mujeres peludos, de que nos habla el *Periplo*, ó sea lo que la leyenda mitad historia, mitad fábula, distingue con el nombre de Circunnavegación de Hannon, que no son otra cosa que una raza de monos grandes y formidables, que se encuentran en las costas occidentales del Africa.

CAPITULO III

El cercado de Box.—El viajero Himilcon.—Comparación.—Detalles interesantes de Herodoto.—Mención de los Gracos y los Scythas.—La ghispa del cerebro de Homero y de Herodoto.

Sigamos á otro atrevido viajero Cartaginés, que dirigiéndose hacia el norte, va á divisar el continente europeo; ese cercado de Box, y de piedras desnudas y secas, que serán más tarde la España, la Calabria, el Portugal, la Galia, la Sicilia, la Grecia; que el Sol del estío bajo un cielo puro, trasparente, hará aparecer al ojo del observador como tarascas de fuego en que la humanidad puede encender el haz de Mirto para cocer el pan con que debe alimentar á su prole.

Ese viajero se llamó Himilcon que visitó por primera vez las Islas *Œstrimnides*, habitadas por hombres valerosos, altivos, industriosos, que navegaban en embarcaciones de cuero cosido, semejantes á los bongos conque atraviesan los ríos nuestros llaneros de las pampas del Apure, é iban hasta las Islas sagradas (la Irlanda), vecina de la del Alfión ó *Albión*, que más tarde debían designar en sus mapas los geógrafos, por Islas Británicas.

Sobre esas y otras exploraciones debemos á Herodoto, el

padre de la historia, interesantes detalles traídos como en una dulce y amable conversación sobre la Persia, la Assyria y también sobre el Egipto.

Y ¿dejaremos de mencionar de paso, que hubo exploraciones y exploradores entre los Gracos y entre los Scythas?...

¿Y pasaremos por sobre esa chispa intelectual llamada pensamiento, salida del cerebro de Homero para iluminar la noche del pasado, describiendo con precisión el círculo de los países que por cierto no se extendían á más de cien leguas de radio?.....

¿Y la no menos brillante de Herodoto, que concibe, que imagina, que abarca un mundo tres veces más extenso en sus descripciones, sin dejar de confesar con ingenua sinceridad, su ignorancia respecto de los pueblos que existían en las extremidades de las tres partes de la tierra, Europa, Asia y Libya. (Africa.)

CAPITULO IV

El viajero griego Ctesias.—El pájaro que habla

Después de Herodoto, viene el viajero griego Ctesias, que nos describe la India, y sobre todo se detiene con admiración en el espíritu de justicia que caracteriza los hombres de ese pueblo.

Nos habla de la variedad de animales existentes en esa comarca, del pájaro que habla, vestido de un plumaje de variados colores, en el que no podemos dejar de reconocer el Papagallo ó nuestro Loro; y finalmente, el desprecio conque los hombres ven la muerte.

CAPITULO V

EUXENO, 600 AÑOS ANTES DE NUESTRA ERA.—LA DOTE DE UNA ESPOSA.—MASILIA.—LO QUE HIZO PHITÉAS.—LO QUE LOS INGLESES LLAMAN « ENGLISH CHANNEL ».—LA ÚLTIMA THULÉ.—LO QUE HAY MÁS ALLÁ DE THULÉ.—EL VALEROSO PHITHEAS EN MEDIO DE LA CONFUSIÓN PROLONGADA DE LA NATURALEZA.—EL MARINO RETROCEDE.—EL VIAJERO ATÓNITO.—REFLEXIONES.

Otro viajero griego, de nombre Euxeno, llegado á las costas meridionales de la Galia, 600 años antes de nuestra éra, que casó con la hija del jefe de la tribu del lugar, Nann, habiendo recibido de éste como dote de su esposa el golfo en que había tomado tierra, hizo el plan y puso los primeros fundamentos de esa gran ciudad que los franceses distinguen hoy con el nombre de *Marseille*, y que se llamó en su origen *Masilia*.

Doscientos años más tarde, un hijo de Masilia, Phytheas, hombre de inteligencia, instruido, geógrafo y astrónomo, bravo, intrépido, con el amor del genio y de las aventuras, sale de Masilia; pasa el estrecho de Gadés; toma á la derecha en el Atlántico; sigue las costas de la Iberia y de la Céltica y llega después de mil peligros y descalabros, en la frágil barquilla en que navegaba, al estrecho con sus corrientes de aguas

verdes, conocido con el nombre de *la Mancha* y que los habitantes de la famosa isla de Inglaterra, entrevista y designada por Himilcon como la tierra de *Al-fion* ó *Albion*, le dan el nombre de *English Channel.*

Phytheas llegó hasta los Orcades y la *última Thulé* (la última tierra) del costado del Norte, después de la cual, dice en la relación de sus viajes: «La noche en esas regiones es extremadamente corta y no dura sino dos ó tres horas. Más allá de Thulé no se encuentra ni tierra, ni mar, ni aire; tan sólo se percibe una especie de concreción espesa de los elementos, semejante á un *pulmón marino,* que llena el espacio y cubre el universo con su materia impenetrable».

¡Ah! necesario es contemplar el valeroso Phytheas en presencia de ese lúgubre espectáculo, de esa confusión prolongada de la naturaleza: vientos; ruptura de las cataratas del cielo derramando sus aguas sobre las aguas de la tierra; nubes que parecían en lucha perpetua con las brumas; oscuridad sin fin en medio de gigantescas montañas de hielo.

El marino retrocede ante esa desolación de los elementos y del clima; ante esa transformación aparente, sin poder interrogar al creador de la materia y de la inteligencia, sobre el misterio de ese fenómeno, que parecía haberse reservado como el más admirable y el más santo de sus secretos.

El viajero atónito, lleno de confusión y espanto, vuelve á surcar las ondas, describiendo la misma línea que había llevado hasta allí, como si hubiera oído el grito de la naturaleza en medio de ese vacío impenetrable que le decía: Deteneos, temerario, que estáis en los límites de las cosas inexplicables! Estáis al borde del abismo, y los sentidos y la inteligencia no pueden explicar lo que el Sér infinito ha querido hacer sobre-humano....! Contempla...! admira...! adora...! pero no pretendas explicar lo inexplicable, ni penetrar en el misterio de ese gran secreto...! Inclina tu frente y no interrogues el pensamiento de Dios...!

CAPITULO VI

EXPLORACIONES EN TIEMPO DE ALEJANDRO.—LIBRO DE PAUSANIAS.—JULIO CÉSAR EXPLORADOR.—EL FRAILE CHINO FAHIAN.—LO QUE QUIERE DECIR ESE NOMBRE.—LO QUE QUIERE DECIR « INDICOPLEUSTES ».—LA TOPOGRAFÍA CRISTIANA.—CONDENACIÓN DEL CLÉRIGO VIRGILIO EN EL SIGLO IV.—ERRORES APOYADOS POR LOS TEXTOS DE LOS PRIMEROS PADRES DE LA IGLESIA.—NEGACIÓN DE LOS ANTÍPODAS POR SAN AGUSTÍN.—IDEAS DE LOS FRAILES DE ALCALÁ EN EL SIGLO XV.

En tiempo de Alejandro el Grande, hubo también un célebre Almirante, que por orden del Emperador recorrió la costa meridional del Asia, explorando desde las embocaduras del Indus, hasta las fértiles llanuras del Eufrates. Esas investigaciones curiosas del Almirante Nearque, además de los interesantes descubrimientos que produjeron al imperio griego grandes beneficios, fué, según la opinión de los historiadores de la navegación, de mucha importancia para el mundo en general.

Por el libro que nos ha dejado Pausanias, lleno de indicaciones precisas, y de advertencias útiles, vemos que el inteligente viajero griego, visitó las costas de la Italia; las de la España; la Macedonia; el Asia Menor; la Syria; el Egipto y la Grecia toda.

Julio César, en la Historia romana, no sólo figura como

conquistador de aquel país, sí que como viajero interesado en reconocer las posiciones militares ventajosas de los lugares que exploraba.

Varios otros navegantes célebres, nos presenta la historia sobre cuyas exploraciones no podemos detenernos, ni aun brevemente, por temor de hacer demasiado largas estas pinceladas; citaremos no obstante algunos nombres interesantes, como el del fraile chino *Fahian*, que quiere decir *manifestación de la fe*, el cual principió su carrera de excursiones el año 399 de nuestra éra, y recorrió la Tartaria, el Thibet, la India, Ceilán, no sin grandes fatigas y grandes peligros; Cosmas, apellidado *indicopleustes* (*Ινδιχοπλευστες*), que se explica en griego por *navegante de la India*, primitivamente comerciante en Alejandría, y más tarde fraile egipcio después de sus excursiones como navegante, que principiaron hacia los años 535, durante las cuales recorrió la Ethiopia y el Asia hasta Ceylán; abrazó la vida monástica; y en el silencio del claustro escribió entre otras obras, la *Topografía Cristiana*, en la cual revela todas esas absurdas teorías, que por desgracia se impusieron en la edad media, tales como la de ser cuadrada la forma de la tierra en su base y cónica en la cima; que el Sol giraba alrededor de la tierra inmóvil que era de todo punto imposible la existencia de antípodas; y por último, que el cielo no podía existir debajo de la tierra.

Y de tal manera era peligrosa la oposición á estas ideas, que en el siglo IV fué condenado un clérigo llamado Virgilio, por haber afirmado la existencia de los antípodas.

Se concibe qué impresiones, qué ideas podían ampararse de la imaginación de los hombres, en presencia de esos errores sostenidos esencialmente con obstinación por el clero que se apoyaba en el texto de los primeros padres de la Iglesia Católica, San Basilio, San Ambrosio, San Agustín, San Justino, San Juan Crisóstomo, San Cesáreo, Procopo de Gaza, Severiano obispo de Gabala, Gregorio de Niera, Diodoro obispo de Tarso y otros que, no obstante la luz intelectual que iluminaba su fe, la antorcha de la ciencia había permanecido apagada para esos sublimes espíritus...!

San Agustín, el más admirable de los creadores de la

elocuencia sagrada, después de San Juan Crisóstomo, en su obra *La ciudad de Dios*, (lib. XVI, cap. IX), se expresa así: «No existe ninguna buena razón para creer en esa fabulosa hipótesis de hombres que pisan el otro lado de la tierra, donde el Sol se levanta cuando se acuesta para nosotros, debiendo en consecuencia tener los pies opuestos á los nuestros. Esta opinión no se funda en ninguna noción histórica». etc.

Trece siglos más tarde, el clero no había aún modificado científicamente sus opiniones en esta materia; y así vemos que los frailes de Alcalá y de Salamanca, opusieron á las ideas y demostraciones de Cristóbal Colón en el siglo XV, los mismos razonamientos que sirvieron en el siglo IV para condenar á Virgilio.

CAPITULO VII

El pasado del mundo.—Deuda que paga el corazón.—Soleyman y Abou-Zeyd Hassan.—Benjamín de Tudelo.—Lo que iluminará la luz del espíritu.—El genio precursor.—¿Quién fué Marco Polo?

Apurémonos en terminar este inventario preliminar é incompleto, de nombres que son para nosotros puntos que marcan distancias de tiempo en ese pasado del mundo, cuya expresión memorable debe siempre acompañar la posesión del fruto completo que la humanidad viene recogiendo de esos descubrimientos obtenidos por la fuerza de la atención guiada por el espíritu. No sería hacer justicia á esos muertos dos veces sepultados por el tiempo, si negásemos un solo soplo de nuestra alma que es *el recuerdo*, único que puede recorrer la distancia que nos separa, sin mutilar la impresión producida por la obra de su ingenio. Cuando el corazón ha contribuido á formar un tesoro que se lega á los sucesores, esa deuda de gratitud sólo puede pagarla el corazón, transfigurando realmente sobre la tela viviente de nuestra imaginación los hechos heroicos que la memoria hace vivir renovándolos sin cesar.

A principios del siglo IX, emprendieron sus excursiones dos célebres mahometanos, Soleyman y Abou-Zeyd Hassan, que recorrieron en dos años los mares y las islas del Sur del

Asia, la India y la China; y en el siglo XII, Benjamín de Tudelo, de origen español, dió principio á sus viajes, dirigiéndose de Zaragoza á Roma y de ahí á Constantinopla, á Bagdad, al Cairo de donde regresó á su país.

Marchemos aún sobre esas cenizas del pasado, en ese mundo de la edad media, en que el espíritu humano, que es como la imagen del astro de la luz material, va á presentar sus crepúsculos y sus auroras, y su luz radiante que deslumbrará las miradas del viajero matinal, é iluminará las cimas del Himalaya, de los Alpes, de los Andes, y su lluvia de luz se infiltrará hasta el fondo de las gargantas más tenebrosas, y ahogará con un raudal uniforme de claridad intelectual, un nuevo hemisferio, en medio de un antiguo Océano.

Ese crepúsculo; esa aurora; la representa el eminente viajero que, antes que otro alguno de los de la Europa, descubre la China y el Japón. Aún no tenía la edad de hombre; aún su cerebro de niño, blando todavía como la cera, sin haber principiado á endurecerse y ya sentía estremecer sus miembros que encadenaban el pulso inmortal iniciador, la fuerza de la idea que repercutía en otros cerebros fecundos y vigorosos.

Era Marco Polo, el genio precursor que debía unir al honor de sus descubrimientos, de las nuevas prácticas, de las enseñanzas indicadas en las relaciones sinceras de sus viajes, la gloria de haber estimulado, de haber exaltado, por decirlo así, la ardiente imaginación del Genovés Cristóbal Colón. Detengámonos, pues, en recorrer brevemente los rasgos más importantes, que la relación de los *Viajeros Antiguos* y la del *Maese Marco Polo, gentil hombre veneciano*, nos presenta acerca de él mismo, ó sea del Herodoto de la edad media, como ha sido calificado ya antes que nosotros.

¡ Marco Polo..... !—¿ Quién fué Marco Polo..... ?

—Hé aquí en dos palabras los perfiles morales de este hombre superior.

Un genio vario, pronto, flexible, fuerte, emprendedor, resuelto, fantástico como los pueblos que hablan su lengua, representante de una raza joven sobre un territorio antiguo; buscando la verdad, pero sumergido en la servidumbre del error, y en las rutinas del espíritu de su tiempo. El heroísmo producido por la fe, y la confianza, tocábanse por lo

grandioso de su carácter y hasta por las visiones orientalistas de su imaginación. El quietismo soñoliento no era, no, su defecto, ni adormecía su genio naturalmente inquieto y decidido. Era una de esas naturalezas semejante á la de los hombres de las colonias griegas del Asia, libre por la distancia, griego por el vigor de su carácter, pero latino por la imaginación y por los restos de una lengua que, en su grande ebullición, había formado la elocuencia y los oradores que precedieron á los poetas.

En fin, era uno de esos hombres que parece haber sido modelado por el aluvión de los siglos y la mezcla de las razas, para servir de aurora crepuscular al día en que debía brillar una gran verdad, que iba á dar á la escuela y al Santuario del Universo, nueva faz, nueva vida, y nuevo impulso al mundo de las ideas. En Marco Polo, el heroísmo de la protección no se encontraba mancillado por la ambición del conquistador; hé ahí la condición prodigiosamente rara del fecundador de la idea que sirvió de base al futuro descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colón.

CAPITULO VIII

ADVERTENCIA.—CIERTAS REGIONES ASIÁTICAS.—LA FAMILIA DE POLO.—POSICIÓN SOCIAL Y MERCANTIL.—VIAJE DE NICOLO Y MATEO POLO.—EXCURSIONES HASTA LA CHINA.—EL GRAN KHAN, SU MENSAJE PARA EL PONTÍFICE ROMANO.—REGRESO DE LOS HERMANOS POLO.—EL HIJO MAYOR DE NICOLO, MARCO.

PARA aquellos que conocen la *Historia de los Viajeros ilustres, antiguos y modernos*, podrán parecer superfluos ciertos detalles que la generalidad desconoce y que la ocasión pone bajo nuestra pluma, sin creernos autorizados para omitirlos, no sea sino por lo de, «quien no sabe todo no sabe nada»; en virtud de lo cual, remontaremos al origen de Marco Polo, de ese intrépido navegante que hizo llenar los diferentes vacíos que se encontraban en los mapas geográficos, de algo más de las tres cuartas partes del continente asiático, que habían permanecido en blanco; pues apenas sus antecesores, con más ó menos dificultades, frecuentaron las comarcas centrales y septentrionales de aquella región. Y poco debe admirarnos esto, y sí inquietar el espíritu de investigación, al pensar que, aun en medio de ese torrente de solícitos cuidados que los europeos vienen desplegando después de muchos años por la ciencia y por la historia, aún permanecen ciertas regiones asiáticas, de no poca importancia, conocidas tan sólo por el libro dictado por Marco Polo, de la relación de sus viajes; y si algo sabemos,

insuficiente para mitigar la necesidad del conocimiento de la historia de varias de las naciones de aquellas comarcas, es todavía un conjunto mitad fábula, mitad historia, mezcladas en sus detalles con algunas arengas que por cierto no garantiza, y que cuentan ya, sin que otras más sustanciales y verídicas hayan venido á colocarse por delante, la miseria de 600 años ó el caudal de doce generaciones.

Remontemos, pues, al origen de la familia Paolo ó Polo, establecida en Venecia á principios del siglo XI, (1.033) oriunda de la Dalmacia y en quien el fruto de las uniones conyugales, así de las personas como de los espíritus de diferentes climas, reveló siempre la fecundidad surgida en la naturaleza moral como en la material.

El comercio fué la industria predilecta de esa familia extranjera, que llegó á alcanzar una riqueza de consideración, y rango y distinciones entre las del país, conquistados por las cualidades de su inteligencia, de su carácter, y sobre todo de la bondad de alma que la colocó, si no en grado superior á las demás, á lo menos al nivel de las individualidades distinguidas.

Para fines del siglo XIII, sus intereses mercantiles habían crecido y extendídose en diferentes puntos de la Rusia, principalmente en Constantinopla, en Soldachia (*Sudac*) y en la extremidad meridional de la Crimea; el apellido Polo era tan conocido en la región glacial de Rusia, como en la zona templada de la Italia.

A la época de que hablamos, y por los años 1260, Nicolo y Matteo Polo, dos hermanos que se encontraban en los establecimientos que poseían en Constantinopla, se trasladaron de allí por el Mar Negro, con un rico surtido de prendas y joyas preciosas de un gran valor y de una belleza admirable en aquellos tiempos, á sus grandes almacenes que poseían en Crimea, y de ahí por las costas pobladas del Volga, á una de las ricas residencias de Barka, nieto de Gengiskan y Soberano entonces del gran pueblo de los Tártaros ó Tátaros occidentales, que con frecuencia se encontraban en lucha con los pueblos Tátaros orientales.

En momentos en que los dos ricos joyeros pretendieron retornar á Constantinopla, estalló una de esas frecuentes guerras entre los soberanos de ambos pueblos occidentales y orientales, y las vías todas infestadas de enemigos, obligaron á los comer-

ciantes á retornar á Constantinopla; luego por largos y penosos desechos, se trasladaron á Boukhara en el Asia central donde permanecieron tres años. De allí, con las riquezas que no habían podido colocar, continuaron sus excursiones aventuradas hasta el Norte de la China, en la que, como en todos los países que habían recorrido anteriormente, fueron muy bien recibidos, especialmente por el gran Khan ó Emperador de esa primogénita de las naciones, que, entre otras de las distinciones conque les honró, fueron encargados de un mensaje interesante para el Soberano Pontífice en Roma.

Nicolo y Matteo Polo no anduvieron presurosos en el cumplimiento de la misión de que fueron encargados por el Emperador de la China; y no fué sino después que las circunstancias de sus negocios se lo permitieron á su regreso de Europa, que cumplieron con aquel honroso deber. No conocemos las causas por qué unos hombres tan activos en todas circunstancias, vieron con negligencia el honroso encargo de aquel Soberano. No habían nacido, no, para políticos ni para diplomáticos los dos poderosos joyeros de Venecia.

Dos años más tarde, los hermanos Polo regresaron al país del gran Khan, por quien tenían mucha deferencia y en donde habían aumentado considerablemente su fortuna. Esta vez llevaron consigo el hijo mayor de Nicolo, Marco, que alcanzaba apenas la edad de diez y siete años, y revelaba ya las dotes de su naturaleza, por su imaginación viva, su carácter franco, emprendedor y activo, que agradaron al Emperador, y que le valieron la confianza que éste depositó en él, no obstante su tierna edad, confiándole una parte de la administración de sus finanzas, de cuyo hecho no tuvo ocasión de arrepentirse.

CAPITULO IX

NACIMIENTO É INTELIGENCIA DE MARCO POLO.—LAS CATAPULTAS. —ENGRANDECIMIENTO DEL CATHAY Ó CHINA.—MARCO POLO GOBERNADOR DE UN ESTADO.—APROVECHAMIENTOS DE MARCO POLO.—LA AUSENCIA DE 20 AÑOS.—REGRESO DE LOS TRES POLO.—NEGATIVA DEL EMPERADOR.—LA HIJA DE CUBLAÏ.—SÉQUITO DE LA PRINCESA, SU EMBARQUE, ENTRADA AL GOLFO PÉRSICO.

MARCO POLO nació en 1254, y dos años después de su llegada al país de los Tátaros, en 1273, ya sabía perfectamente las lenguas de esos pueblos nuevos, que aprendió muy pronto, y con facilidad se había amoldado á las costumbres de sus habitantes.

Para esa época, hacía ya cinco años que el Emperador sitiaba á Siang-yang-fu, que resistía á las armas imperiales; y tanto el joven Marco, como su padre y su tío, tomaron parte activa en ese sitio en favor del gran-Khan, prestándole servicios importantes que el Emperador les recompensó después.

Fueron ellos, y muy particularmente Marco, los que enseñaron al Soberano la construcción y el uso de las catapultas, maquinarias conque lanzaban sus saetas y piedras enormes, y que amedrentaron á tal punto los Mongolos habitantes de Siang-yang-fu, que las desconocían, que no tardaron en rendirse bajo una capitulación.

Después de esa victoria de un éxito trascendental para el

gran Khan-Cublaï, que le dió por resultado la duplicación de sus dominios, haciéndole señor y dueño del Mangi ó sea la China meridional, que unió á los estados que componían el Cathay ó China septentrional que él poseía anteriormente, parte obtenida por herencia de sus padres, parte conquistada en las luchas que con frecuencia tenía, ese vasto dominio fué dividido por el Emperador Tátaro en nueve estados, mandados particularmente cada uno por un gobernador, y Marco Polo que merecía toda la confianza del gran-Khan, fué elegido entre otros para gobernar uno de ellos. Este encargo que lo tuvo durante tres años, con los aplausos de las poblaciones que dirigía y la satisfacción de su Soberano, y el desempeño de otras misiones de mucha consideración que le fueron también confiadas, dieron al joven Marco, todos los medios y facilidades deseables, no sólo para explorar una parte de la China y de los países vecinos, si que para obtener de ellos productos de consideración y adquirir otros conocimientos de que hasta entonces carecía. Marco Polo no desdeñaba nada de lo que ofrecía la China; él sabía que ese país tenía la superioridad en la ciencia que recoge y que es la primera en descubrir los hechos; él sabía que ese país entre todos los del mundo conocido, tenía también la superioridad en la razón que es la que extrae de esa ciencia de los hechos, una gran sabiduría práctica, aplicable en todo caso, así en astronomía como en la náutica y la navegación, el comercio, la agricultura, la moral, la legislación, la política; y que las grandes invenciones de que se vanagloriaban algunas naciones, habían tenido su origen en el país de esa raza experimental, que es por excelencia, la que forma el pueblo más inventivo del universo.

Larga fué la ausencia de la patria de los tres venecianos, que no duró menos de 20 años, durante los cuales recorrieron casi todo el oriente de la Zona aproximada á la Europa, (1) y algunos de esos pueblos que pueden llamarse la tierra de los sueños, que tienen la superioridad en la imaginación, y que con razón se les ha llamado, la raza de lo maravilloso por excelencia.

Instados por Marco Polo, al fin su padre y su tío resolvieron regresar á la patria, no sin hacer violencia á sus sentimientos de gratitud por el país y por su Soberano que

(1) CHARTON, viajeros ant. y modernos.

los había colmado de distinciones y de fortuna. A su vez el Emperador se negaba á la separación de sus tres amigos, y no fué sino con gran pena que pudieron obtener el permiso para separarse. Pero ellos eran italianos, y el italiano es por esencia el amante de lo bello, y la Italia el conjunto de todas las bellezas, de que se encontraban privados hacía ya cuatro lustros.

Convenida, pues, la separación de los venecianos, el Emperador Cublaï, aprovechó esa ocasión para exigir á los amigos acompañasen á una de sus hijas que debía trasladarse á Ormuz, donde tendría lugar su matrimonio con un príncipe Tártaro mongolo, soberano de la Persia, á quien le había sido prometida por él. El día llegado en que debía tener lugar la partida, un gran séquito presidido por los venecianos, que escoltaban á la Princesa, entraron en dos grandes y majestuosas embarcaciones que mandaba Marco Polo. Los buques atravesaron primeramente el mar de la China; luego hicieron rumbo al estrecho de la Sonda que pasaron sin peligro. En seguida, se dirigieron al Océano Indio, en el cual tuvieron durante la travesía algunos contratiempos, y por último abordaron cerca de la entrada del golfo Pérsico en Ormur, donde se encontraba el príncipe Persa que había sido prevenido con anticipación, y en manos del cual pusieron el precioso tesoro que les fué confiado por el Emperador.

CAPITULO X

LAS BODAS DEL PRÍNCIPE PERSA.—LOS VIAJEROS CONTINÚAN SU MARCHA.—JUICIO SOBRE MARCO POLO.—LLEGADA Á VENECIA DE LOS TRES VIAJEROS.—EL CUENTO DE BAGDAD.—LO QUE ES LA HUMANIDAD.—MARCO POLO CENTRO DE LA SOCIEDAD VENECIANA.—DISERTACIONES SOBRE VARIAS MATERIAS.—RIQUEZAS DEL GRAN KHAN.—LA CORTE DE CUBLAI-KHAN.

Las bodas del príncipe Persa con la Princesa China tuvieron lugar inmediatamente después del reposo necesario para el descanso de las fatigas del viaje, y los viajeros italianos apenas permanecieron pocos días en el palacio de los príncipes, y luego se trasladaron por la vía terrestre á Trevisonda; de ahí á Constantinopla, y en fin, contentos y satisfechos, con esa doble satisfacción que proporciona la riqueza y el buen éxito de una gran empresa, llegaron á Venecia, después de veinticuatro años de ausencia, el mes de agosto del año 1295.

Por último, lo que hemos dicho, y ya hemos dicho casi todo lo que con relación á Marco Polo nos han trasmitido los historiadores y nos ha trasmitido él mismo en la relación de sus viajes, excepto las anécdotas, cuentos y arengas de que no tenemos para qué ocuparnos en todos sus detalles, Marco Polo, si bien estaba dotado de cualidades recomendables, no era propiamente un hombre de genio; él poseía en parte

algunas de las cualidades que componen la naturaleza de los hombres de genio, ó sea de los que en la línea de sus inclinaciones pueden llamarse grandes hombres; y éstos desde su principio, se revelan como focos de entusiasmo, que se entibian con su propio fuego.

El verdadero genio es inseparable de la pasión, que se conmueve al más pequeño contacto de cada uno de los registros, que la hacen vibrar; la elevación de las ideas es uno de esos registros, y testifica la sensibilidad del espíritu, como la ternura testifica la sensibilidad del corazón. De la acción combinada y simultánea de esos dos registros, resulta el más noble de todos los sentimientos, que es lo que llamamos la grandeza de alma; y la grandeza de alma es, por decirlo así, el héroe del espíritu y del corazón; él les ordena, los otros obedecen. En Marco Polo no existían propiamente esos excesos de la naturaleza, que con frecuencia hacen morir jóvenes á aquéllos que si hubieran vivido, habrían sido grandes hombres. En resumen, y para servirnos de una comparación militar, diremos que Marco Polo no era propiamente un Jefe, pero sí un buen oficial.

A la llegada de los tres viajeros á la ciudad de Venecia, dice Marco Polo en su relación, les costó trabajo para hacerse reconocer de sus conciudadanos, que los creían muertos después de mucho tiempo. La fisonomía de la cara de cada uno de ellos, alterada por las fatigas de todo género, había tomado una forma extraña, que se alejaba completamente de su expresión primitiva; la costumbre de no hablar sino las lenguas orientales, les había hecho perder casi por completo el acento veneciano; y el mismo andar, era más bien el del hombre que sueña despierto, que el del que camina dormido. Las crónicas refieren además sobre ellos, algo que tiene todo el matiz de esos relatos quiméricos que flotan en la imaginación trasparente de los orientales, sea como la luz fosfórica en las ondas del mar en una noche oscura, sea como el humo del *narghilo* en un cielo sereno. Tomemos, pues, el cuento como si viniera de Bagdad.

«A su entrada en la ciudad colocaron intencionalmente sobre los vestidos que llevaban, otros muy gruesos y de aspecto muy pobre. Cuando se presentaron en sus palacios en

la parroquia de San Juan Crisóstomo, la familia, viéndoles en tan miserable estado, los recibieron con frialdad y hasta con desconfianza; pero los tres viajeros invitaron á sus parientes y amigos para un suntuoso festín: entonces principiaron á reconocerles. Luego que se encontraron en la mesa, tomaron cada uno un cuchillo y rasgaron los vestidos sucios y viejos con los cuales se habían presentado, y aparecieron con otros excesivamente ricos, de los cuales se veían caer rubíes, zafiros, esmeraldas, carbúnculos y gran cantidad de otras piedras. Entonces ¡y así es la humanidad! fueron reconocidos por la familia.»

«A cada servicio cambiaban de traje y se mostraban vestidos con un esplendor cada vez superior. ¡La ternura de los parientes y el número de éstos, crecía también del mismo modo!.....Besábanles las manos llenas de riquezas!.....Los lisonjeaban hasta hacerlos superiores á la Divinidad!.....En fin, fué con lágrimas (acaso de envidia), que los parientes recibieron al tomar los postres, los magníficos presentes distribuidos por los viajeros entre todos los miembros de la familia.»

Desde ese momento, necesario es suponer cuántos no deberían ser los halagos de una sociedad interesada, casi siempre movida por la ambición y por la intriga, como los Narses de la antigüedad.

Marco Polo se hizo el centro de la sociedad veneciana; sus salones frecuentados por la nobleza y por los hombres de letras, prestaban ciertamente un magnífico contingente á la actividad del genio, así en las ciencias, como en la poesía, en las artes. Tan pronto era el Cielo motivo de disertaciones para los astrónomos, los mares para los navegantes; las montañas, los ríos y los bosques para los criadores y agricultores; el uno refería las anécdotas de los pastores de sus montañas; los otros el producto magnífico del labrador de sus planicies; los poetas referían algo de los poemas épicos de los siglos anteriores, y pasaban, por decirlo así, lista de las obras imperecederas ó secundarias de los genios de toda la Italia, cuyos nombres debían grabarse en columnas de bronce para testificar sus glorias intelectuales y la inmortal fecundidad de su suelo; los políticos hablaban de la rivalidad

entre las ciudades capitales, tales como Roma, Florencia, Nápoles, la misma Venecia, Milán, Turín, Génova, Verona, Ferrara, Ravenna, Boloña, Pisa, teniendo todas y cada una á su turno, un pasado cuasi fabuloso; un presente triste; un porvenir siempre pronto á renacer; y una juventud llena de esa sangre italiana, noble é hirviente que olvidada de su pasada grandeza, corría hacia la decadencia.

Entre todas esas reminiscencias de la tertulia, Marco Polo se camplacía en referir á los circunstantes, las riquezas del gran Khan, su protector y amigo, que las contaba por millones de barras de oro, y mandaba también á millones de individuos; y por el estilo, fábulas de grandezas ó grandezas fabulosas, pero que se encuentran confirmadas por las relaciones dadas posteriormente por Raschid-Eddin, Du-Halde, y las de los franceses é ingleses que han tomado parte en diferentes expediciones hechas á la China, como la que refiere en uno de sus detalles sobre las cuatro esposas de Cublaï-Khan, que tenían cada una diez mil personas de Corte ó sean cuarenta mil personas las cuatro emperatrices.

Esos relatos de las riquezas de Cublaï-Khan, hizo que se diera á Marco Polo el sobrenombre ó apodo de *messer Milione*, y á la plazoleta en que se encontraba su gran palacio, se le llamaba *el patio del Millón.*

CAPITULO XI

GUERRA ENTRE GÉNOVA Y VENECIA.—VENECIA VENCIDA.—SUERTE QUE CORRIÓ MARCO POLO.—ENCUENTRO DE POLO CON RUSTICIANO.—MARCO POLO DICTANDO COMO HERODOTO.

Poco tiempo después de la llegada de los tres viajeros á Venecia, y de su nueva y ostentosa instalación, Mateo Polo, tío de Marco, fué nombrado magistrado de Venecia; y en esa posición de fortuna y de poder, se conservó por algunos años la familia Polo. Después sobrevino una guerra entre Génova y Venecia, y Marco Polo, entusiasta y patriota, tomó una parte activa en defensa de su país, prestándole el contingente de sus intereses y de su persona. Venecia fué vencida y Marco Polo que mandaba personalmente una de las galeras de su propiedad, fué herido, apresado y trasladado rigurosamente á una de las prisiones de Génova, donde encontró y se hizo amigo de un ciudadano de Pisa, de nombre Rusticiano, á quien refirió detalladamente todo el curso de sus viajes, sus exploraciones, descubrimientos y mil otras circunstancias, que divierten y dan importancia á la relación. Rusticiano escribía, dictándole Marco Polo, todas las aventuras de sus viajes mezclando sus relatos, como lo hacía Herodoto, con arengas y hasta con cuentos, que Marco Polo tenía la honradez de no garantizarlos.

Como no es nuestro propósito dar cuenta exacta de los viajes de Marco Polo y de los incidentes que en ellos se le presentasen, citaremos antes de terminar este preámbulo ó introducción, algunos de los más curiosos, y que han sido después ratificados, sea por los hechos que han tenido lugar por consecuencia del progreso de la ciencia, sea por otros viajeros que posteriormente tomaron los mismos rumbos, ó algunos de los que él tomó.

CAPITULO XII

Lo que era la sociedad de Marco Polo después del año 1299.—Cómo pasa el entusiasmo secular.—Excursiones de la imaginación.—Lo que se experimenta al llegar á Italia.—Los maestros del divino arte.—Cita poética de La Martine.

El año 1299, Marco Polo fué puesto en libertad y regresó á Venecia. A partir de ese tiempo, la sociedad poco numerosa que frecuentaba su palacio, era más bien un círculo de navegantes y exploradores, que de hombres de letras y de la aristocracia, fuesen de Roma, ó de Nápoles, ó de Florencia, pero que se encontraban en Venecia. Las conferencias enteramente reservadas sobre la política, ó alusivas á las cosas del tiempo, eran más bien consultas en voz baja, como la opinión de los médicos en la gravedad de los enfermos, á causa de la asombradiza vigilancia de la policía, que la daban más el aspecto de un diálogo de muertos, que una conversación de vivos. Apenas, de tiempo en tiempo, y como por indiscreción inconsciente, recaía alguna conversación enteramente sobre la preeminencia que cada comarca de Italia podía reivindicar sobre las otras rivales.

Había pasado ya en tan corto número de años, el entusiasmo secular de aquellos concurrentes que desarrollaban como si hubieran sido libros colocados delante de los ojos, las citas presen-

tes en la memoria, de observaciones fuertes y finas; de proyectos equilibrados; de concepciones razonadas; en fin, de la ciencia presente, y del pensamiento italiano de los tiempos anteriores, representados no por círculos ó senáculos de hombres olvidados por los otros hombres, sino por todos aquellos monumentos de la antigua Italia, que lanzan en un verdadero vértigo de admiración á todos los que los contemplan.

En efecto: ¿quién puede llegar á cualquiera de esas grandes é históricas ciudades de la Italia, principalmente á Roma, á Nápoles, á Venecia, sin que haga en un momento esa larga y elocuente excursión á través de todas las edades, en presencia de esos admirables monumentos, que revelan también nombres de grandes inteligencias, iluminadas siempre por el disco rojo de un Sol resplandeciente, rodeado de algunas brumas sangrientas como los vapores de esos campos de batalla, que parece el guardián hasta de esas mismas ruinas que vegetan roídas por el tiempo?.....

Al contemplar esos grandes monumentos de la Italia, medimos la vida del alma del pasado de ese país, por las sensaciones que experimentamos; nos parece que el velo del mundo material y del mundo moral, acaba de desgarrarse de improviso delante de nuestros ojos y de nuestra inteligencia, que no acierta, por decirlo así, á darse cuenta de lo que le pasa; el espíritu siente una especie de sórdida explosión que hace vibrar todas las fibras del sér moral, que en medio de una brisa fresca y melodiosa, se eleva como el vapor de un gas más liviano que la atmósfera.

Apenas ponemos los pies en el suelo italiano, no son sólo los monumentos que hablan á nuestro espíritu, y las sensaciones como la voz del alma, es también la melodía, expresión del corazón la que constituye el lenguaje italiano, que la brisa nos trae como murmullos sonoros que deleitan nuestro oído. No es sólo el arte bello de Rossini, de Donizzeti, de Bellini, de Mercadante, y más recientemente el de Verdi y otros, el que ha trasportado al universo todo ese lenguaje que nos encanta, que nos admira, que nos cautiva en Norma, Lucía, Otello, el Barbero, Moises, Favorita, Tancredo, Nabuco, Hernany, Trovador, y otras y otras obras maestras del genio; son también esos hombres nacidos bajo ese bello cielo italiano, que crecen sobre

aquellas colinas, su suelo alfombrado de innumerables flores que esparcen sus matices color de nieve y de rosa sobre las campiñas, al lado de pirámides de almendras que humedecen con el jugo de la viña; esos hombres cuya palabra, como dice el poeta francés, «es la vibración viviente y notada de todos los sentidos de esa tierra de sensaciones; sensaciones que ninguna otra lengua puede rendir con palabras; y en tan alto grado sus lirismos interiores van más allá de lo que saben expresar las lenguas habladas, *que lo que no pueden decir lo cantan.*»

CAPITULO XIII

Los viajes, la Biblia y el Cristianismo.—La lengua italiana transformada.—Lo que produjo los relatos de Marco Polo.—Visita á las dos Armenias, la Persia y otros pueblos.—Reflexiones del navegante.—Referir con honradez.—Edad y muerte de Marco Polo.

Volvamos á Marco Polo.

Hemos dicho, aceptando las crónicas y los historiadores de los viajeros antiguos, todo lo que se relaciona con la educación, la familia, los intereses y algo de las aventuras en los viajes de este personaje, á una época en que se creía demasiado en lo sobrenatural; más propias para cantar las epopeyas heroicas, que para aumentar el interés, la universalidad y el progreso de las ciencias. Los viajes, la Biblia y el Cristianismo, constituían la gran fuerza de aquellos tiempos: diríanse que en general se habían apartado ó puesto á un lado los sublimes modelos de la antigüedad: las mismas lenguas, el Latín, el Italiano, el Francés y el Castellano, se encontraban en los momentos de una transformación en la idea como en la expresión. La poesía y la prosa principiaban á modelarse en la originalidad literaria de la moderna Europa. En la poesía era el Cristianismo quien la inspiraba, y la fe la que cantaba; en la prosa era el celo el que hablaba, y el eco el que repercutía el germen de las nuevas ideas; el Cielo pagano y el fabuloso mundo olímpico no inspi-

raban ya los genios; la historia principiaba á desprenderse sensiblemente del lirismo griego de Herodoto, Thucydides y Mytileno, para entibiarse con el calor del tabernáculo cristiano, que había inspirado á los Santos Padres, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Basilio, los libros sagrados llenos de sus creencias y no de la imaginación de lo que otros imitaban.

La lengua italiana, había abandonado ya la flojedad langurosa que se nota en el latín de *Phedra*, para hacerse majestuosa como la profecía perfumada por el incienso que se prodigaba en los tabernáculos sagrados; armoniosa como la música que mezcla en el templo sus melodías con la poesía; en fin, se había transformado en la lengua bíblica y poética del Cristianismo.

Fué, pues, en un período de esa época, del año 1269 á 1295, en que Marco Polo regresó á Venecia cargado de riquezas, como hemos dicho anteriormente, que recorrió en sus viajes un gran número de países; de los cuales nos refiere en sus relatos, que sirvieron más tarde para deslumbrar la imaginación interesada de Cristóbal Colón, una multitud de detalles, sobre la geografía de esos países; la historia natural, la botánica y la historia propiamente dicha de cada uno de ellos, sin detenerse en el origen ó fuente en la cual él tomaba las leyendas, los cuentos, las arengas, con frecuencia inverosímiles, pero no faltos de verdad.

A lo que parece, él principió por visitar las dos Armenias, ese país en que los días son siempre como los del Otoño, indecisos como los de las medias estaciones, entre la melancolía y el esplendor del Sol, pero abundantes de perfumes y de frutas; después, recorrió la Georgía, donde sopla siempre el viento del medio-día para refrescar los cedros y hacer gemir las palmeras; en seguida, el Mossoul, Bagdad y la Persia, esa tierra de maravillas, de luchas, reducida más tarde al último grado de servidumbre, por reyes tiranos y ambiciosos; y sucesivamente el desierto de Lop, el Tangut, el país de los Tátaros, el Tibet, el Mangi y el Catay ó sea la China meridional y septentrional; el Zipan-gu ó Zipun-gou, que equivale á decir el país del Zipun ó Zapon, al cual damos hoy el nombre de Japón.

¡Cuántas veces el atrevido navegante, al atravesar de un

país á otro, de una á otra región, ha debido contar las convulsiones y sacudimientos de las velas en los grandes mástiles de su navío! Cuántas las arfadas de su barco, sobre las elevadas ondas de la mar, como si quisiera mostrarle la profundidad de sus abismos....! Cuántas el hervor de la espuma del agua que choca contra la popa, para caer deshecha perdiéndose en la superficie, como se deshacen los copos de nieve al contacto de un suelo tibio! Cuántas, en fin, el silbido agudo del viento como si fuese un quejido, al encontrarse dividido por el cordaje de su velero!...

Durante esos veinticinco años de ausencia del suelo de la patria, de la casa paterna, de su habitación cotidiana, de sus afecciones, de sus costumbres, de las planicies, de las ciudades, de los ríos, de las montañas, de los bosques, de los mares y de las islas de ese bello y privilegiado país de Italia!....

Marco Polo narra los hechos con la sinceridad del hombre honrado, sin echar sobre sí la responsabilidad de la inexactitud de lo que él no ha sido testigo, advirtiendo, como lo acostumbraba Herodoto, cuáles habían sido presenciados por él, y cuáles le habían sido referidos.

Necesario es suponer, qué cúmulo de historietas, episodios, cuentos, fantasmagorías bizarras de la imaginación ha debido encontrar en los países del Asia y la China, fecundos por su imaginación, depositarios de las tradiciones más remotas de la humanidad; de esos hombres árabes de las fronteras de la Persia; de los habitantes de Bagdad, esos soñadores quiméricos en quienes la esencia de la adormidera, eleva la imaginación como los vapores de la tierra en un cielo sereno; esos cantores populares del Tangut y del Tibet, y de los poetas del desierto de Lop, también hijos de esa raza de lo maravilloso por excelencia, destellos de la inteligencia de la especie humana.

Nada falta en la referencia que hace de la mayor parte de los usos y costumbres de los chinos, ni nada sobra en esos recuerdos dictados en el sombrío recinto de su prisión.

Apesar de la distancia del tiempo recorrido en tantos siglos, los usos se conservan; y otros exploradores posteriores

y aun los más recientes, ingleses y franceses, confirman la exactitud de sus aseveraciones, muy especialmente de aquellas en que describe la magnificencia y las maravillas del palacio del Emperador en la gran ciudad de *Khan-baligh* (cambalu), que los modernos llaman PEKIN.

Marco Polo vivió setenta años, á juzgar por la fecha de su testamento firmado el 9 de Enero del año 1323, y tuvo tres hijas, Fantina, Bellela y Moretta á quienes constituyó sus herederas.

CAPITULO XIV

RAREZAS DE LAS COPIAS DE LOS RELATOS.—ATRACTIVO PARA LOS ESPÍRITUS INTERESADOS.—UN PÁRRAFO TEXTUAL.—CÓMO SE VERIFICA LA ELECCIÓN DE UNA ESPOSA.—LO QUE EXIGE LA HIJA DEL REI CAIDU, PARA ACEPTAR UN ESPOSO.—LA PROVINCIA DE LA OSCURIDAD.—DESCRIPCIÓN DE LA RUSIA.—UNA ISLA HABITADA POR HOMBRES, OTRA POR MUJERES.—LA ISLA ANGAMAN.

DURANTE ese período de 24 años trascurridos de la época en que Marco Polo dictó en su prisión á Rusticiano la relación de sus viajes, hasta su muerte y después de ésta, algunas copias que más tarde se hicieron muy raras, circularon en Venecia y en una que otra ciudad de Italia.

Para los espíritus interesados, la parte más bella de esa narración, era sin duda la descriptiva de prodigalidad de riquezas ofrecidas por la naturaleza en esos países del Oriente, sea de los perfumes, de las especias, del oro, de las piedras preciosas, y otros, de todo lo cual el Emperador Cublaï-Khan y sus mujeres, eran las partes vivientes que, en sus personas, en sus trajes y en sus hogares reunían mayor cúmulo de maravillas y de riquezas. Puede juzgarse de la esplendidez de ese poder y de esas riquezas que brillaban entre la más extensa multitud de un pueblo ó nación, por algunos de los detalles que nos da el viajero sobre ese Soberano.

Después de hacernos el retrato del gran señor, continúa:

«Tiene cuatro mujeres que trata como sus legítimas esposas, y el mayor de los hijos habidos en ellas, debe ser el señor del imperio cuando muera el gran Khan. El título común conque se les distingue es el de emperatrices, pero cada una tiene un nombre particular, así como tienen también una corte particular y más de trescientas señoritas de las más bellas y muy bien avenidas; numerosos criados ó mozos de servicio; otros tantos escuderos, y un gran número de hombres y de mujeres, de tal manera, que la corte de cada una de esas emperatrices es, más ó menos de diez mil personas, ó sea un total de cuarenta mil individuos de corte para las cuatro emperatrices».

«Cuando el rey ó el príncipe heredero,—añade el mismo Maghalanes en su *Nueva relación de la China*,—quiere tomar una esposa, el tribunal de las ceremonias escoge en Pekin, niñas de catorce y quince años, las más bellas y perfectas que puedan encontrarse, sean hijas de grandes señores ó de gentes de bajo nacimiento, lo que es indiferente; sirviéndose ese tribunal de mujeres de edad y de buenas costumbres que hacen la elección de veinte de las niñas que juzgan más perfectas...Durante algunos días permanecen á la vista de la reina madre, que las hace correr para reconocer si no tienen ningún defecto ó exhalan algún mal olor».

Varias descripciones que hoy no tendrían mucho interés, ocupan largos capítulos en su obra, que lejos de hacerla desmerecer, dan hasta cierto punto atractivo é interés á la imaginación ; tales son, por ejemplo, la de la joven atleta hija del rey Caidu, que decide aceptar como esposo, no á uno de los príncipes hijos de reyes de otros países, sino al joven príncipe ó gentil hombre que lograra derribarla en la lucha personal de cuerpo á cuerpo, pagando, caso de no salir victorioso, un tributo de mil caballos. Esa joven la llamaban los Tátaros, *Aigiarm* ó *Argial-hucor*, que quiere decir Luna Brillante, y Marco Polo le dedica un capítulo que titula: *De la hija del rey Caidu como ella es fuerte y valiente.* Otro en que da los detalles sobre la gran *Rosie* (la Rusia), ó sea la parte que confina con el polo, que él distingue con el nombre de *La provincia de la Oscuridad*, porque «en todo tiempo, dice, está oscura, y no hay ni Sol, ni Luna, ni estrellas, y es tan oscura como entre nosotros el crepúsculo.

Los habitantes de esa provincia no tienen señor, viven como animales y no están sometidos á ninguna persona,» etc., etc.....

Describiendo *la provincia de la Rusia* y sus habitantes, dice:

«Rusia es una grandísima provincia hacia el Norte: los habitantes son cristianos y los rigen las leyes griegas; hay varios reyes y cada población tiene su dialecto particular; son muy sencillos; todos son bellos, hombres y mujeres; y todos son blancos y rubios».....

También habla de dos islas que se encuentran en el Océano Indu, la una frente á la otra, habitadas separadamente una por hombres y la otra por mujeres. «Todos los años, dice, los hombres van á la isla de las mujeres y permanecen con ellas tres meses, se divierten con sus familias; después los nueve meses restantes, se consagran á su comercio.....Las mujeres no se ocupan en otra cosa que en criar sus niños y coger las frutas que produce la Isla».....etc.

Más adelante, después de entrar en algunos detalles sobre la naturaleza de las tierras, sus producciones, las aves y otros animales, continúa: «En la isla llamada *Angaman*, todos los hombres tienen una cabeza como la del perro; los ojos y los dientes como los de ese animal; el conjunto todo de la cabeza, semejante á la de un gran perro mastín.» Aquí es necesario traducir lo que Marco Polo ha querido decir al describir ese zambo-rondón que sin duda sorprendió la imaginación del viajero que no esperaba encontrarse con hombres en quienes las partes de la fisonomía, ofrecieran una identidad tan notable en la faz de aquellos perros.

CAPITULO XV

FISONOMÍA DE LOS NATURALES DE ANGAMAN.—HORRIBLE COSTUMBRE DE LOS DAGRAIANES —MARCO POLO EN COMPARACIÓN CON HERODOTO.—SERVICIOS PRESTADOS POR M. POLO.—EL CARBÓN MINERAL. —LA VEJEZ DE MARCO POLO.

En efecto: los exploradores modernos que han descrito con más precisión geográfica y científica las diferentes regiones del Asia, de la India y del Africa, se encuentran acordes al decir que los habitantes ó insulares de la parte oriental del golfo de Bengala, donde se encuentra la Isla de Andaman ó Angaman, tienen el color de la cutis negra cuando no la tiñen con un ungüento rojo, que preparan con las semillas ó flores de algunas plantas, siendo además de una extremada feúra; la parte superior del labio remilgada hacia la nariz completamente chata con agujeros circulares, y el labio inferior caído sobre la barba, enteramente idénticos á los de los naturales de la *Nueva-Guinea.*

La relación de una horrible costumbre de los habitantes de otra Isla que él llama *Dagraïan*, viene después á contristar el espíritu, al contemplar por qué imbecilidad y barbarie ha pasado una parte de la humanidad, durante ese torrente incalculable de días y de noches en el globo terrestre, que han servido para la renovación de generación en generación, y de raza en

raza en la especie humana. Oigámosle: «Cuando uno de los habitantes de la Isla, hombre ó mujer, se encuentra enfermo, los parientes hacen venir los magos y le preguntan si el enfermo puede curarse. Aquéllos, consultando sus encantamientos ó hechizos, contestan si debe vivir ó morir.» ¡Cuántas veces pudiendo vivir, dirán que deben morir! «Entonces, si el enfermo está condenado, los parientes le ponen alguna cosa sobre la boca para tapársela, y le ahogan. Luego, una vez muerto, le cocinan y todos los parientes del muerto vienen á comerlo, y devoran hasta la médula de los huesos, con el objeto de que nada quede; pues dicen que si algo resta, vendrían los gusanos y no encontrando con qué alimentarse, morirían, y sería un gran pecado para el alma del difunto. Después de comerse toda la carne, cogían los huesos y los metían dentro de un bello cofre que iban á colgarlo fuese en las cavernas de las montañas, fuese en otros lugares donde estuvieran á salvo de todo accidente. Cuando ellos pueden coger extranjeros, lo hacen; y si el prisionero no puede rescatarse, se lo comen. Dejemos, pues, ese pueblo y sus detestables costumbres».....

Tal fué, en breves pinceladas, Marco Polo, en quien, á la época en que vivió, debemos reconocer la superioridad privilegiada inherente á su profesión de navegante; menos crédulo á las quimeras de la fábula, y más avanzado que sus contemporáneos y que muchos de los que después le sucedieron. No fué un hombre de inteligencia desarrollada en las letras ni en la historia como Herodoto, pero en cambio era un hombre sincero que huía del charlatanismo y en quien podía tenerse fe en lo que afirmaba. La navegación le debe incontestablemente mucho; la geografía moderna tuvo en él el primer ojo lejano que abarcó mayor cantidad de tierra y de mares; el Asia tuvo quien la revelase más completamente á la Europa; la China, quien mostrase el esplendor de sus riquezas, con la multitud de descubrimientos personales de que nos habla Marco Polo, tales como las minas de diamantes, que más tarde describió Víctor Jacquemont, que no son otra cosa que minas de carbón; el mismo carbón de piedra, dicho carbón mineral, que no deja por eso de tener su origen en la vegetación; pues es formado por los grandes depósitos de bosques antediluvianos, al cual le consagra el viajero todo un capítulo que titula: «*De una especie de piedra que arde como leña.*»

La vejez de Marco Polo fué una vejez oscura, debilitada por la molicie, que hacía olvidar al héroe victorioso siempre de las tempestades; él se contentó al fin con ser el veterano retirado de los mares, sin llegar siquiera á imaginarse que su gloria más perdurable, consistiría en haber despertado con sus relaciones, el interés y la ambición de otros viajeros más célebres, y sobre todos uno, que medio mundo agradecido debería llevar su nombre:

COLOMBIA.

CAPITULO XVI

ENGAÑO DE LA IDEA Y DE LA PROFESIÓN.—LA OTRA FAZ DE LA OBRA DE DIOS.—TENACIDAD DEL DESTINO.—UN ASALTO AL ESPÍRITU Y Á LA INTELIGENCIA.—LA VOZ DEL TITÁN.

Sí, Colón! Ese hombre extraordinario con quien no puede compararse el más renombrado de sus predecesores, Marco Polo, ni el más grande de sus sucesores, Sebastián Cabot. Colón, ese personaje culminante, atado indisolublemente por la naturaleza á su profesión de marino que lo engañó tristemente hasta el punto de morir creyendo que había corrido hacia el continente asiático; hacia ese famoso país del oro, de las piedras preciosas, de las especias, el Mangi, el Cathay y el Zipan-gou, cuando por el contrario se encontraba inconsciente hacia una nueva región, hacia una nueva porción del globo terrestre, desconocida por los habitantes del antiguo hemisferio.

Colón! decíamos, atado también indisolublemente por el destino al poste de la desgracia, que no sólo le conduce á arrastrar durante algunos años de su vida el fardo pesado de la miseria, si que después de haber mostrado la otra faz de la obra de Dios y hecho conocer la redondez del globo terrestre, le lleva cargado de injustificables cadenas, que serán siempre un eterno recuerdo de ingratitud y deslealtad de los hombres de aquel tiempo que tan injustamente correspondieron á los desve-

los, trabajos y sufrimientos de todo género del ilustre Genovés, hasta morir en un pobre y estrecho aposento de una miserable ranchería.

La tenacidad del destino en perseguir con la desgracia ese gran carácter, valeroso, constante, intrépido como no había ningún ejemplo en las leyendas anteriores á su tiempo, aun en los más remotos, no le abandonó, sin embargo, después de su muerte; pues siendo él propiamente el que encontró, como se dice hoy, *El Nuevo Mundo*, fué no obstante Américo Vespucio quien, por el hecho de haberle dado á conocer al mundo indicando la parte descubierta en sus cartas geográficas, *inmortalizó* INDEBIDAMENTE *su nombre* que ha podido quedar, todavía menos que el de Marco Polo y Sebastián Cabot, reflejando su propia gloria, y no las glorias ajenas.

Pero, lo repetimos, la fatalidad persiguió á la gloria verdadera de Colón; con asalto á la imaginación y al espíritu de los hombres del antiguo hemisferio, arrebató al mártir, la más bella flor de su corona de gloria, y sólo una voz autorizada en nombre de la Soberanía de la Patria, de la justicia y de la gratitud, á quien también la fatalidad persiguió, acaso por haber contrariado la voz del destino que debe oírse en silencio sin contradecirla jamás, protestó en el hecho contra esa ligereza; contra esa liberalidad inconsulta; esa violencia del derecho legítimamente adquirido; esa expropiación de algo que pertenece á una tumba; esa burla á la imagen del dolor que los tiempos, lejos de borrarla como al resto de las otras cosas, dignificará cada vez más, y rendirá siempre magnífico testimonio de admiración y de grandeza.

Esa voz fué la voz de un héroe de que hablaremos al fin de esta obra, que quiso restituir en parte, lo que la fatalidad había logrado consumir, mostrando al mismo tiempo la gratitud de un pueblo reconocido.

CRISTÓBAL COLÓN

CAPITULO XVII

La Colombiada, epígrafe.—La promesa providencial.—Los códigos modificadores.—Vuelo del pensamiento y sus representantes.—El espíritu del siglo XIII prepara un germen.—La repercusión de una idea.

« No hazaña canto de inhumana gente,
Mas la de aquel varón esclarecido,
Que de Occidente á descubrir la tierra,
Atravesó el Atlántico temido.
.....
Astros, constelaciones celestiales,
Sed á Colón segura compañía ;
Si nunca visteis un valor tan raro,
Dadle vuestro favor, prestadle amparo!...»

(Salazar, *La Colombiada ó Colón ;* cant. 1º, V. 1, 76.)

En presencia de ese gran trabajo que no es sino la promesa providencial de la elaboración lenta del espléndido cortejo de los conocimientos humanos, que la antigüedad preparó y que los modernos tiempos han desarrollado, la física, la geometría, la química, las artes mecánicas, las artes liberales, marchando en admirable acorde con las ciencias con-

CRISTOBAL COLON

DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO

jeturales hacia un objeto común á través de aparentes contradicciones que con frecuencia no son sino un medio para escapar de los peligros del tiempo;

En presencia, 1º, de esas ciencias morales y políticas, fuentes del equilibrio administrativo de naciones y corporaciones, que han venido sirviendo para el crecimiento considerable de la riqueza y las industrias de los pueblos, códigos modificadores de las ideas de la familia humana, y la familia es la molécula constitutiva de lo que llamamos la patria, como la patria es el pensamiento colectivo que se hace potente, que inspira confianza en sí y fuera de sí, que impone consideración y respeto, que forma la razón pública, que intimida la audacia inmoderada particular, el concilio laico permanente de los intereses de la nación;

2º En presencia de ese vuelo extraordinario y general del pensamiento, después del renacimiento, representado en la filosofía por Condillac, Helvetius, de Holbach; filosofía que rompió violentamente con la escuela Cartesiana y el espiritualismo cristiano de los siglos XVI y XVII;

3º En política por Maquiavelo, ese abominable preceptor de los tiranos que oxidó todos los resortes de la buena fe en la diplomacia, pasando sus sutilezas á los sistemas económicos y hasta las administraciones políticas y judiciales;

4º En los sistemas economistas, el inglés Adam Smith, Quesnay, los franceses Turgot, Necker, y sucesivamente en la razón por Pascal, y los publicistas como Montesquieu, Rainal, Mably, Mirabeau, Linguet; en el egoísmo por Helvetius;

5º En la ironía por Voltaire, en el sentimiento por Rousseau;

6º En el deísmo por Morellet y Galiani;

7º En el ateísmo por Diderot;

8º En el sensualismo por Condillac;

9º En el materialismo por Holbach.

10. En presencia, en fin, del descubrimiento de los nuevos principios de legislación, y de todo lo que la filosofía pueda abocar á la inteligencia y á los sentidos, se presenta un hecho que el espíritu del Siglo XIII había preparado ya en germen, y que el valor inmenso de un hombre, apoyado por una fe profunda en sí mismo, su orgullo y su interés,

realizan como la obra gigantesca del Siglo XV, que iba á dar al mundo nueva faz en su porvenir, nuevas generaciones, nuevas enseñanzas, nuevos medios mecánicos en las artes, nuevos tesoros, nueva naturaleza que reemplazara á la antigua ya debilitada, nuevos horizontes que iban á dilatar el límite de los sentidos.

Ese hecho fué el descubrimiento de una gran parte de la esferoide terrestre ignorada por los antiguos, y que el acaso ó la casualidad, por no decir la Providencia, reservaba á Cristóbal Colón, no como galardón ó premio de su maravillosa fe y de su admirable valor; ni como recompensa de la virtud de su actividad impaciente y de su vigor natural que lo inclinaba á pulsar todo lo que era difícil, sino como una consecuencia de la repercusión de una idea, producida por la lectura de las descripciones y relatos de Marco Polo, y del Plano de Carpin, que lo conducirían en vida al crisol de las torturas y del martirio, y después de su muerte, á la gloria de su nombre, colocado en el solio más elevado de la historia y de la fama.

CAPITULO XVIII

La obra de Cristóbal Colón.—La historia y los historiadores.—Los poetas, cita de la Colombiada.—Nuestro Boccacio.—Lirismo inverosímil de Schiller.—Razonamiento de Colón.—Error de la geografía antigua.

La obra de Cristóbal Colón, considerada bajo un golpe de vista rápido, y comparada con todas aquellas que ha producido el ingenio humano, y que han hecho la celebridad del nombre de sus autores, es bien superior por su esencia y por sus consecuencias. La historia, por ejemplo, ese conjunto que puede considerarse como una escuela dogmática que discute, que cuenta, que instruye, que conmueve, que razona, que testifica, que perdura, que representa sean sectas, sean teorías, sean sistemas, no es sino la historia, que no puede ocupar sino el segundo rango en las cosas humanas, pues que la humanidad ocupa el primero. ¿Qué es Macaulay, el renombrado historiador de la Gran Bretaña, junto á Cristóbal Colón, el creador, por decirlo así, de un mundo nuevo, de una nueva humanidad conque dotó al antiguo hemisferio y á su humanidad que no había soñado siquiera en la existencia de esa mitad del gran todo?.....Es un personaje de segundo orden divinizado por sus compatriotas, como lo fueron lord Byron y Shakspeare, que produjeron y producen con sus versos vértigos á la imaginación. ¿Qué son Gœthe, Klopstock y Schiller poetas de la Alemania, al lado

de Cristóbal Colón?.....El primero puede compararse á los genios de Orfeo y Horacio condensados en una sola inspiración; los dos últimos, el uno el Homero de la *Mesiada*, el otro el Eurípides de la escena Alemana, que no alcanzan ni aun en su desgracia á igualar la de COLÓN.

COLÓN y su obra han servido de tema á la poesía y al romance ó la novela; pues no se puede calificar de historia esas leyendas fantásticas en que se aparta lo razonable para dar campo á lo maravilloso; y en que los efectos del error, producidos por la alucinación de la fe y de la confianza, se toman como la inspiración del genio sublime que adivina la existencia de un nuevo continente, y que marcha directamente hacia él. Entre los poetas, los unos se han preocupado de halagar la frivolidad de las imaginaciones vulgares con frases sonoras; los otros han cantado la realidad de la historia, como lo hace nuestro poeta Salazar en su *Colombiada ó Colón*:

.....¿Quién osó nunca con tan corta armada
Ir á explorar el fin del Oceano,
Cuya extensión sin meta señalada,
Fué siempre exenta del imperio humano?
.....

No sea más el *Tirio* ponderado,
No el Argonauta en la feliz hazaña,
Ni el Fenicio en los mares afamado
Que fundó puertos que el de Iberia baña;
La palma cede el Portugués osado
A COLÓN, y á los hijos de la España;
Animo, amigos, que jamás el mundo
Vió arrojo como el vuestro sin segundo. (65 y 66 del c. I)
.....
.....

¡Qué países tan bellos, encantados!
¡Qué verjeles cubiertos de verdura!
¡Cuántas aves que en tonos no enseñados
Al aire dan sus notas con dulzura!
¡Cuántas flores y frutos variados!
¡Cuánta diversidad, cuánta hermosura!
¿No serán éstas muestras y señales
Que anuncian las comarcas orientales?.....[137 C. II]
.....
.....

¡ Qué apreciable Oceano ! en su ribera
La concha abundante que la perla cría ; (1)
¡ Cuánta selva variada ! por doquiera
Aroma de la India nos envía.
¡ Cuánto la fantasía es lisonjera !
Todo es Oriente, así COLÓN decía,
Y aun percibió mil pájaros cantores,
Trinos de melodiosos ruiseñores. (145. C. II.)

.....

Tal es la verdad histórica contada y cantada á grandes rasgos por el trovador serio y épico de nuestro país; nuestro *Boccacio* que extrae el jugo de la historia para derramarlo puro en sus ritmos y cadencias sonoras, á diferencia de otros poetas que olvidando la gravedad del sujeto y la circunspección de sus glorias literarias, se dejan arrastrar por las formas teatrales, figuras de retórica mal traídas, y un lirismo inverosímil, que más que enaltecer, rebaja su propia producción:

« Valor ! grita Schiller (el poeta alemán), valor bravo navegante !
Esa ribera que *tú has adivinado*,
Te aparecerá brillante y espléndida !.....
Si ese mundo no existe, *él surgirá*
De las olas expresamente para tí :

«Existe un lazo eterno entre la naturaleza y el genio, y *la una cumple siempre lo que el otro promete.*»

Aquí podemos repetir con el poeta francés, «esto es *razonar* como una lira.

Nada más inverosímil, ni menos adecuado al sujeto que inspira el canto, que esa rimbombante y falsa figura presentada por el poeta, haciendo que de las *olas surja expresamente un mundo para* COLÓN. Diríase que el gran Schiller había escrito dormido ese pasaje de su obra.

Pero oigamos á COLÓN en su razonamiento, propio de un hombre que posee los conocimientos de su tiempo, dominado por una idea especulativa propia de un Genovés: «Navegando siempre al oeste, se decía, debe concluirse según toda apariencia, por encontrar el continente Asiático; todos esos ricos países de que habla Marco Polo; el Zipan-Gou, el Cathay, el Manji, tan abun-

(1) La Isla de Margarita en Venezuela, visitada por Colón.

dantes en oro, en piedras y en especias.» Idea que repite Salazar cuando dice:

.....

«Desde que vuestra corte oyó mi intento,
Por singular tenido, y por extraño,
De abrir un nuevo paso hacia el Oriente,
La región explorando de Occidente. [25 C. I.]

Idea bien prosaica por cierto, pero con muy justo título más interesante para nosotros por el hecho de ser verdaderamente histórica; pues ella nos da la clave, de cómo un error de la geografía antigua ha podido conducir inconsciente al ilustre navegante, al descubrimiento de otras regiones que darían mayor ensanche á la geografía moderna.

CAPITULO XIX

ASPIRACIÓN DE COLÓN.—LA VÍA TERRESTRE Y LA VÍA MARÍTIMA.—EL OLEAJE DE IDEAS Y DE ILUSIONES.—LA IDEA PERSISTENTE.—ISLAS AFORTUNADAS.—ILUSIONES Y QUIMERAS.—CITA.

COLÓN, sin embargo, no entreveía ni presagiaba las dificultades y los peligros que iban á poner en juego su vida con la muerte. ¡Qué le importaban los elementos en furor, por vía que él alcanzara lo que su imaginación febril había soñado; lo que las descripciones y relatos de Carpín y Marco Polo ofrecían á su ambición, la realización de su secreto designio, de encontrarse en medio de las grandezas de los títulos, de los honores!..... Nada de lo que le esperaba al valeroso viajero, pudo siquiera presagiarlo. Su alma acostumbrada á las impresiones fuertes, al heroísmo de la conciencia, no estaba aún templada con el heroísmo del martirio. Todo concurría providencialmente á la realización del destino, y jamás esta expresión se vió más singularmente verificada, que con relación á COLÓN.

Para ir á los países de que hablaban Carpín y Marco, llenos de oro, de piedras preciosas y de especias, se conocía la vía por tierra, larga para atravesarla, penosa por las privaciones de todo género que debían soportarse, y además llenas de dificultades para emprenderla y de peligros para realizarla; en tanto que por la vía marítima, se decía, navegando hacia el occidente,

las brisas del oeste nos llevarán más rápida y directamente á los mismos países visitados por Marco Polo.

El sabía las prodigalidades y la confianza que en tiempos anteriores, el Emperador Cublaï-Khan, había otorgado á los tres venecianos que permanecieron largo tiempo en sus dominios y á quienes había colmado de riquezas y de distinciones; ¿por qué no encontraría él otro Soberano tan generoso como Cublaï-Khan, que le ayudase en su buena fortuna á recoger riquezas para él y sus dos grandes reyes Isabel y Fernando?

Hé ahí el oleaje de ideas y de ilusiones que se agitaba en el mar proceloso de la imaginación de COLÓN, que, como quien no dice nada, apenas se equivocaba en la pequeñez del espesor de dos continentes, y en la bagatela de un Pacífico.

El oro!.....las piedras preciosas!.....las especias! ¡qué fuente tan inagotable de ganancias, de riquezas! Hé ahí la idea persistente, inseparable de la imaginación de COLÓN que le conducía al acaso; que le interrumpía cuando bebía el vaso de agua, como cuando se le escapaba un suspiro arrancado por el mismo anhelo: jamás pasó por su imaginación ni inquietó los registros de su espíritu, el deseo de descubrir un nuevo mundo, *ignoti nulla cupido*, ningún deseo se experimenta por las cosas de que no se tiene conocimiento.

Si la ventura le llevó por las islas que en su origen fueron llamadas «Afortunadas,» hoy *islas Canarias*, que la gente del continente europeo consideraba como el término del orbe habitado, COLÓN se creería llegado al fin de su peregrinación, ó á la tierra prometida, á las costas del Asia, para él la India, donde se produce perpetuamente el veribí; donde el aire es puro, hermosas las praderas, alegre el cielo y flores alfombrando la inmensidad del suelo.

¡Es el Mangi! exclamaría; ¡es el Cathay, el Zepan-gou! que habían entrado una vez en su mente para no salir jamás; que habían deslumbrado su imaginación, y cuyo recuerdo conservado durante su vida, sería el único tesoro que le acompañaría á la tumba, única recompensa del Cielo por su extraordinaria fe, que sólo igualaba su valor.

Por eso en admirable verso lo interpreta nuestro poeta Salazar, cuando dice:

.....
.....
« Así las ilusiones y quimeras
Forja la fantasía seductora,
Imágenes falaces y ligeras
Y más admira mientras más ignora.»
.....(Salaz : ob : cit : cap : II., v. 81.)

CAPITULO XX

PERSEVERANCIA, FE Y VALOR.—SAGACIDAD DE COLÓN.—LA RAZÓN DE ENARBOLAR EL ESTANDARTE DE LA FE.—ALFONSO V.—PETICIÓN SIGILOSA DEL MONARCA DE PORTUGAL.—OTRA VIVEZA DE COLÓN.

Si la idea de la ventura, de la especulación y del gaje, fué la primera que inquietó la imaginación del Genovés, su perseverancia, su fe y su valor igualaron al ardor de aquellas almas guerreras é intrépidas que se lanzan en la carrera de la gloria; y la gloria es enfrentársele al ímpetu violento de los elementos, para ir lo más lejos posible á sondear los secretos de la naturaleza, añadiendo al combate de la vida que lucha con el infortunio, la inmortal virtud del sacrificio sin la desesperación, de la muerte sin recriminación.

Colón tenía la suficiente sagacidad para comprender que debía dar á su empresa particular, el matiz de un interés general, y ningún otro podía convenir mejor en aquellos tiempos de efervescencia religiosa, que el servicio de la religión cristiana, que no podía dejar de tener eco, sobre todo en el diapasón del clero tan potente en aquella época, para disuadir ó comprometer el espíritu de la nación.

En efecto, los príncipes católicos de España, Isabel y Fernando, á quienes Colón, tentando un último esfuerzo para llevar á cabo su intento, se había dirigido, acogieron el pensa-

miento con un disfraz de bellos colores, bajo el cual iban á ocultar su sed de conquistas, de riquezas, para satisfacer su natural ambición; y uniendo su interés al interés de Colón, enarbolaron el estandarte de la fe, que les prometía arrastrar á su agrado la opinión de las multitudes, formular leyes, imprimir el terror, tornar y retornar las esperanzas, las agonías, y por último, presentarse como una misericordiosa providencia, enjugando las lágrimas hechas derramar por ellos á ese mismo pueblo. El mundo conoce la conducta observada más tarde por los conquistadores, con los hombres, ó diremos mejor, con la débil é indefensa humanidad del *Nuevo Mundo*, tratada con ese odio instintivo del vicio contra la inocencia, de la iniquidad contra la justicia, de la tiranía contra la libertad.

Por los años 1471 á 1474, época en que, por consecuencia de la lectura de las copias manuscritas de la relación de Marco Polo sobre las riquezas del Asia oriental, se había despertado un verdadero ardor entre los viajeros, y excitado las imaginaciones á forjarse gran número de buenas fortunas que sólo esperaban la voluntad de ir para recogerlas; las lecturas, las crónicas y los comentos que se sucedían como una corriente que todos tenían que atravesar, habían llegado sin duda hasta el conocimiento del rey Alfonso V, demasiado buen portugués para dejar pasar desapercibidos los detalles de los atractivos interesantes que la naturaleza de aquellas privilegiadas tierras, ofrecían al viajero inteligente y acucioso que las visitaba.

Una circunstancia enteramente accidental, hizo sabedor á Colón de que el monarca de Portugal, había hecho pedir sigilosamente al astrónomo Toscanelli, de Florencia, por el órgano del Canónigo de Mercedes, Fernando Martínez, una relación circunstanciada y minuciosa, sobre la vía más breve por la cual pudiera llegar á la India, siguiendo siempre el rumbo del Oeste. Este fué un alerta demasiado importante para Colón, que, preocupado de la misma idea de buscar los medios de abreviar la vía del Este, más allá de los mares del Africa, le hacía cuasi convencerse sin detenerse en nuevas reflexiones, de que él había resuelto el problema discutido y estudiado por los exploradores hacía más de un siglo.

Seguro Colón de que el sentimiento de la patria común obraría mucho en su favor, en el ánimo del sabio florentino, le hizo una larga correspondencia, en la cual trasparentaba todas las ideas que después de mucho tiempo había venido prohijando y sustentando con el estudio y las informaciones susceptibles de poderse obtener en esos tiempos, y además testificándole la resolución en que se encontraba de intentar por cualquier medio su traslación á la India, siguiendo la vía directa del Occidente.

CAPITULO XXI

CORRESPONDENCIA DE COLÓN CON EL ASTRÓNOMO TOSCANELLI.—COPIA DE UNA CARTA DE TOSCANELLI Á FERNANDO MARTÍNEZ.—TOSCANELLI ABREVIA LAS TINIEBLAS DEL VIAJERO.—SEGUNDA CARTA Á COLÓN.

El astrónomo Toscanelli correspondió fraternalmente á los deseos de Colón trasmitiéndole sus ideas y apoyándole sus observaciones; pero la oscuridad que obsecaba la imaginación del astrónomo abreviaban más las tinieblas en que se encontraba el Genovés. Fué en 1474, que el Florentino y el Genovés cruzaron esa correspondencia, y el primero, para probar más su buena voluntad en favor del segundo, le remitió una copia de la carta que había dirigido al Canónigo Fernando Martínez.

Hé aquí la versión literal de la carta dirigida á Colón:

«Veo, le dice á Colón, que usted tiene el noble y grande deseo de ir al país en que nacen las especias, y, en contestación á su carta, le envío copia de la que dirigí hace ya algunos días á un amigo que forma parte en el servicio del serenísimo rey de Portugal, de quien había recibido la orden de escribirme sobre ese mismo sujeto.....Podría, con un globo en la mano, demostrar lo que se desea; pero prefiero para inteligencia de la empresa, marcar el camino sobre un mapa, se-

mejante á las cartas marinas, en que he designado toda la extremidad del Occidente, desde la Irlanda hasta el fin de la Guinea hacia el Sur, con todas las Islas que se encuentran en ese camino. He colocado vis-á-vis (costas de la Irlanda y del Africa), directamente al Oeste, el principio de las Indias, con las Islas y los lugares en que usted puede abordar. Usted verá también á cuántas millas podrá usted alejarse del polo ártico hacia el ecuador, y á qué distancia llegará usted á esas regiones tan fértiles y tan abundantes en especias y en piedras preciosas.»

Dadas las condiciones de la categoría y de la reputación de sabio de que gozaba generalmente el astrónomo Toscanelli, ese hombre de audacia y de ciencia, propio también para soñar la conquista del globo; ese hombre de genio descriptivo, que vió tantas veces las tempestades sobre su cabeza, el rayo derribando los mástiles de su barco, salvando á nado del furor de las olas, su vida perecedera y su vida inmortal; no se necesitaba de más, como acabamos de decir más arriba, para abreviar las tinieblas en que se encontraba el ilustre viajero, que la oscuridad obsecada en que estaba el astrónomo; y que resaltará con más admiración del que lea, al ver los términos de la segunda carta que dirige á Colón, que dice así:

«Usted habrá visto ya que el viaje que usted quiere emprender, *es menos difícil que lo que se piensa.* (Nos hemos permitido subrayar esta parte.) Usted se encontraría persuadido *de esta facilidad*, si como yo, hubiera tenido ocasión de tratar un gran número de personas que han estado en esos países,» (se entiende de la India.)

CAPITULO XXII

GOLPE DE GRACIA DADO Á LA IMAGINACIÓN DE COLÓN.—LA FIEBRE DEL ENTUSIASMO.—COLÓN DIRIGIÉNDOSE Á LOS REYES DE ESPAÑA.—PALABRAS TEXTUALES.—OCUPACIÓN DEL PADRE DE COLÓN.

Ese fué el último golpe de gracia dado á la imaginación de Colón. Desde ese momento su idea se hizo la soberana de su naturaleza, obligándole á no tornar sus miradas ni á empeñar sus esfuerzos sino en la ejecución del plan premeditado ya, esperado, indispensable por decirlo así, después de todo lo que se había hablado y se hablaba en Italia y en Portugal, mezclándose al estudio serio que de la cuestión se hacía, cierta especie de burla que provocaba en unos la hilaridad, en otros la indignación.

Colón por su parte sentía la necesidad de acción; su espíritu inquieto con el deseo de lo desconocido; la esperanza de la realización en muy breve tiempo de una inmensa riqueza; la quimera de los honores más que la noble aspiración á la gloria, empujaba á ese hombre que no sabía retroceder delante de ninguna dificultad, y en quien la fiebre del entusiasmo capaz de realizar las más grandes cosas, se había apoderado completamente de él.

Fué á esa época del año 1474, á 1476, para la cual tenía Colón 40 años, que él dirigió varias cartas bien razonadas, á

los reyes de España Fernando é Isabel, haciéndoles la más bella pintura de sus lisonjeras esperanzas, y dándoles á conocer al mismo tiempo, que poseía á más de la instrucción que había recibido en la Universidad de Pavia, la práctica de muchos años de navegación en distintos mares.

«Yo he navegado, les decía en una de sus cartas, durante veintitres años, en diferentes regiones; yo he visto todo el Naciente, el Occidente y el Norte; he visto la Inglaterra; he ido varias veces de Lisboa á la costa de la Guinea, etc;» y en otra les añadía: «Desde mi más tierna edad principié á viajar por el mar, y no he cesado de navegar hasta hoy. Cualquiera que se entregue á la práctica de este arte, desea saber los secretos de la naturaleza de aquí abajo; van, pues, ya cuarenta años que yo me ocupo de ello, y todo lo que se ha navegado hasta ahora, lo he navegado yo también.»

En efecto: en todos esos detalles Colón no faltaba á la verdad, y llevaba con ellos cierto perfume de valor, de conocimientos y de constancia, que no podía dejar de agradar á los dos monarcas. Hijo primogénito de un fabricante de telas de lanas, que tuvo suficientes recursos para dar á sus hijos una instrucción muy superior á la que la mayor parte de los hijos de artesanos podían recibir en aquel tiempo, Colón era realmente un hombre de alguna instrucción. Nacido en Génova hacia el año 1436, tenía catorce años cuando abandonó sus estudios en la Universidad de Pavia, para seguir la carrera de marino; de modo que para la época de los grandes descubrimientos geográficos que tuvieron lugar por los años 1492, Colón podía tener, como dice en su carta, veintitres años más ó menos, sobre el cristal inmenso de los mares.

CAPITULO XXIII

GÉNOVA, SU ASPECTO.—ANTIGÜEDAD DE GÉNOVA.—VICISITUD DE LA ITALIA.—TESOROS QUE GUARDA GÉNOVA.—SU HISTORIA ESCRITA CON SANGRE.—SUS MAGISTRADOS.—GÉNOVA, PATRIA DE COLÓN.—CITAS HISTÓRICAS SOBRE PRECURSORES DE COLÓN.—LUGAR EN QUE NACIÓ COLÓN.—EL PUEBLO DE COGOLETO.—LOS PADRES DE COLÓN.—LOS HERMANOS DE COLÓN.

Es el momento, antes de ocuparnos de las excursiones del principio de la carrera de marino del que debía ser más tarde gran Almirante y Virrey de las Indias, que, como un homenaje rendido al ilustre viajero, recordemos su país natal, consagrándole, así como á su familia cuyo nombre honró, algunas líneas que no se encontrarán demás en esta relación.

Sábese que Cristóbal Colón fué natural de Génova, de esa ciudad que contiene grandes palacios de mármol, algunos de una antigüedad respetable, reflejos expresivos de las grandezas de la que fué antígua República, que guarda en su seno inestimables tesoros de los más gloriosos genios de la Italia, y también una larga historia en cuyas páginas se cuentan tántos y tántas escritas con sangre.

Al contemplar los severos palacios que se encuentran en esa ciudad, en sus escalonadas y tortuosas calles, pendientes y estrechas, incómodas para los transeúntes, no puede uno dejar de pensar en la antigüedad de esa ciudad en que abunda el

mármol de Carrara, en muchos de los edificios que revisten el aspecto de moradas regias, como el que en otro tiempo fué palacio Ducal, y el de Doria ocupado hoy por el Municipio de Génova.

La antigüedad de Génova, hace recordar necesariamente la antigüedad de la Italia, y las épocas en que se ha encontrado dividida, debilitada, humillada, afligida, maniatada aquí, corrompida allá, dominada en todas partes, pero siempre la Italia, es decir: el pueblo de una raza de héroes; noble por la sangre de reyes que corre por sus venas; de un pasado cuasi fabuloso; de un porvenir que no envejece por la eterna juventud de su genio, y la dignidad de ese gran pueblo, que ha sobrevivido á la degradación de su fortuna, guardando siempre, como tesoro sacrosanto del Universo, las glorias de Petrarca, del Dante, del Taso, del Ariosto, de Miguel Angel, de Rafael, de Benvenuto Cellini; como Génova á quien le han dado el sobre nombre de *la Soberbia*, conserva en su palacio Pallavicini, los recuerdos de Rubens, de Alberto Durero, de Van-Dick, de Guercino; y en los de *Durazzo*, *Doria-Turti*, *Spinosa*, *Adorno*, *Brignole-Sale*, las obras de Leonardo de Vinci, de los dos Palmas, Tintoreto, Jordán, etc.

Génova, esa antigua ciudad, conmovida como toda la Italia, en otras épocas por memorables acontecimientos, en uno de esos largos períodos que forman las noches tormentosas de los pueblos, agotó no sólo su fortuna, si que sus fuerzas y la sangre de sus hijos derramadas en bárbaras guerras intestinas, y en sostener su rivalidad, como en otros tiempos Atenas y Esparta, con la que fué *Serenísima y poderosa República de Venecia.*

Génova, la patria de Andrés Doria, el legislador prudente, tuvo como Venecia sus Cónsules, sus aristocráticos Condes, sus Magistrados de elección popular, sus renombrados *Doges*, que la gobernaron despótica y tiránicamente, cuando no sufría el yugo de extrañas naciones.

Génova, como toda la Italia, luchó heroicamente por su libertad; y en el siglo XVIII, siguiendo la suerte de las demás repúblicas de Italia, llegó á un período de triste decadencia de que no debemos ocuparnos ahora.

Génova, en fin, fué la patria de los predecesores y de

gran Colón; pues en un registro [documento] de *Juan de Camerana*, hecho el 3 de Mayo de 1311, del cual se encuentra un extracto en el legajo del Notario, [1] hace conocer que Giacomo Colombo, [lanero] comerciante en lanas, hijo de un tal Guglielmo [Guillermo], habitada *extra portam S. Andreœ*, fuera de la puerta de S. Andrés; y por un convenio ó convención publicado por los S. S. Académicos, tomado del año 1489, dice que, Domenico Colombo [el padre de Cristóbal Colon] poseía una casa con bodega, fuente [pozzo] y jardín, *nella contrada di Porta S. Andreœ* [en la extención ó planicie de la puerta S. Andrés, lo que equivale á decir *extra portam*, siendo así que, antiguamente el cercado ó muros de la ciudad de Génova, se terminaba en la planicie de S. Andrés, donde aún se ve el arco de la puerta.

Se asegura igualmente, que Domenico Colombo tenía una casa en el vínculo de Mulcento, inmediata al Monasterio de San Stefano. No puede asegurarse en cuál de estas dos casas nació Cristóbal Colón, [2] y menos aún, cuando en *Cogoleto*, pueblecillo situado en la orilla del Ferrocarril que se ha abierto paso hasta Génova, á pesar de los obstáculos cuasi insuperables que le oponía el Apenino Septentrional, disputa á aquella ciudad la gloria de ser la patria de Colón; y en él existe una humilde casa, en cuyo frente se encuentra una inscripción latina antigua, que asegura que allí vió Colón la luz por primera vez.

Sin embargo, hay generalmente la certeza moral de que Colón nació en la parroquia de S. Stefano, en la cual se encontraban las dos casas pertenecientes á sus padres, como lo asevera la antigua tradición, confirmada por el P. Ferrari, en la *Ligunia triunfante*, del histórico Casoni, y la del erudito notario Piaggio.

Los padres del ilustre genovés, fueron Dominico Colombo, y Susanna, á quien Casoni le da el sobrenombre ó apellido de *Fontanarrossa*, todavía notorio en Génova, hecho constatado en el acto del convenio arriba citado, el cual la presenta como nacida en *Santi* ó (*Sori*), ciudad de la Ribera del Naciente, donde los antiguos Colombo poseían una casa, según

[1] Ms. Berio, vol: 3 part: 2, fol: 22.
[2] Cod: Dip:, Gén: 1823.

aparece del inventario de los bienes de Oberto Colombo, hecho por su viuda Bensevega, testora de su hijo menor, en acto de 9 de enero de 1238.

Domenico y Susana tuvieron cuatro hijos, tres varones y una hembra. El primogénito fué llamado Cristóbal, [nuestro héroe] para recordar ó sustituir en él, el nombre de un miembro de la misma familia, que vivió en Génova por los años de 1440, según noticia manuscrita tomada del célebre Senador Federici; el segundo génito se llamó *Bartolommeo*, y Giacomo el tercero, que le llamaron en España *Diego*. Ignórase el nombre de la hermana que fué casada con un tal Giacomo Bavarello.

CAPITULO XXIV

PRIMERAS EXCURSIONES.—INTREPIDEZ DEL CARÁCTER DE COLÓN.—HONRADEZ DE COLÓN. — EXPEDICION Á TUNIS .— EL REY RENÉ D'ANJOU.—PALABRAS CITADAS POR FERNANDO EN EL CAPÍTULO IV.—LISBOA, CENTRO DE LOS PROGRESOS MARÍTIMOS.—COLÓN, SU TRASLACIÓN Á PORTUGAL.—EL CARDENAL MEDINA CŒLI.—LO QUE HIZO FERNANDO, REY DE ARAGON Y DE SEVILLA.

Ya hemos dicho anteriormente qué educación había recibido Colón y la edad en que se dió á navegar.

En el principio de las excursiones navales que había hecho bajo la dirección de uno de sus parientes, llamado *Colón el Mozo*, sin duda para distinguirlo de *Francisco Colón*, tío de aquél, que había servido como capitan en las armadas navales del rey de Francia Luis XI, tuvo ocasión de aprender y conocer máximas y prácticas del uno y del otro de sus antecesores, aplicables á su arte, que podían, segun él, encontrar siempre muy útil aplicación; y éstas unidas á la intrepidez de su carácter que le inspiraba siempre la idea de enfrentársele á las dificultades; algunos principios generales que había estudiado sobre economía, fueron sin duda los que le hicieron distinguir de los hombres de su profesión, por aquellos que le conocían.

Colón era un hombre honrado, incapaz de una supercheria, ni en sus hechos ni en sus ideas; y ese sentimiento antes

que todo otro, debía llevar sus esfuerzos ó buen fin, dándole al mismo tiempo seguridad en su individualidad, á su conciencia y á su pensamiento.

Joven aún, y bajo la dependencia de su pariente, se había hecho distinguir por lo metódico de sus economías, y por la sobriedad de sus palabras, de que uno se apercibe cuando habla de su viaje á Chío, en el que vió recoger el mastique; de sus aventuras en una guerra con los venecianos, en la cual él mandaba las galeras genovesas, cerca de la isla de Chipre; de su expedición á Tunis en favor de los intereses del rey René D'Anjou; señor de Provincia y rey de Nápoles, que no supo defender su reino, de las armas y de las estrategias de Alfonso de Aragón, que se enseñoreó del reino, dejándole á René D'Anjou, como un recuerdo, el título de rey. Este particular se encuentra en una carta escrita por Colón al rey de España el año 1495, de la cual Fernando su hijo, en el capítulo IV, refiere estas palabras:

«A mí, á quien el rey René [que Dios tenga en descanso] «me mandó á Tunis para que apresase la Galera Fernandina, «ya cerca de la isla de San Pedro en Cerdeña, me fué dicho «que se encontraban con la dicha Galera dos naves y una ca«rraca, lo que intimidó á la gente que iba conmigo, y deci«dieron no seguir más adelante y retornar directamente á Mar«sella en solicitud de otra nave y más gente; y viendo yo que «no podía sin algún artificio forzar la voluntad de aquellos, «aparenté consentir en lo que querían; y viendo la punta de «la brújula hice desplegar las velas al viento, siguiendo así «toda la noche. Al día siguiente, á la salida del Sol, nos encon«trábamos cerca del cabo de Cartagena; teniendo todos co«mo cosa cierta que íbamos para Marsella.» Estas y otras prematuras sutilezas incompletas, le hicieron obtener por sus resultados, un gran concepto entre sus camaradas.

El año 1470, vino á Lisboa; esta ciudad era á la sazón el centro en donde se discutían los progresos marítimos del renacimiento geográfico, y sus ideas, aunque obtuvieron alguna popularidad, no le dieron resultado alguno; en todas partes encontraba ciegas hostilidades á su invariable pensamiento.

Poco después fué á residenciarse á Portugal, hacia los años 1471 á 1472, en momentos en que el sucesor de Pablo II, Francis-

co de Albexola ocupaba la silla pontificia, bajo el nombre de Sixto IV, y el compadre Tristán l' Ermita enlutaba las familias del pueblo francés en el reinado Luis XI, y Federico III, ejercía la más oprobiosa tiranía en el imperio de Alemania.

Fué en esos años de 1472 á 1476 en que Colón habitaba el Portugal, que el Cardenal Medina Cœli, continuando la obra de su predecesor, del engrandecimiento de la autoridad tan poderosa ya de la Inquisición, sedujo á Fernando, que era ya el rey de Aragón y de Sevilla, á decretar en permanencia el odioso Tribunal, que ejecutó las iniquidades más atroces en un grandísimo número de familias laboriosas que residían en sus estados, y que se encontraban en posesión de todas las industrias y del trabajo que es el que glorifica á la humanidad. La mala fe por una parte, el fanatismo por la otra y el deseo de apropiarse algunas fortunas, determinaron á Fernando, dicho EL CATÓLICO! á poner fuera de la ley más de *diez mil desgraciados*, que en menos de OCHO DÍAS! sucumbieron bajo el peso horroroso del acero de sus soldados.

Detengámonos un poco en algunos detalles de la inquisición, pues eso pondrá de relieve el inmenso valor de Colón, que no le intimidó tan abominable como horroroso peligro.

CAPITULO XXV

El Santo Oficio y Tomás de Torquemada.—Los instrumentos de suplicio.—Edito de gracia de Fernando el Católico.—El rey perjuro y sacrílego.—La delación.—Las cuatro estatuas huecas.—El auto de fe.—Concejo de la suprema.—El Pàpa Sixto V, y sus bulas.—El Código inquisitorial.—El artículo 4º—El artículo 6º—Continúen los artículos.—Lo que era el quemadero.—Los muertos tildados de heregía.—Colón impedido de buscar protección.

Esa carnicería bárbara é injusta no hizo más que aumentar la rabia implacable del tirano; y como no se atrevía á continuar solo la ejecución de sus sanguinarios proyectos, por temor de excitar al pueblo contra él, Fernando estableció en Sevilla el Tribunal Supremo de la Inquisición, que tomó por nombre el *Santo Oficio,* el cual hizo que lo presidiera el Prior del convento de Domínicos, el célebre *Tomás de Torquemada,* grande inquisidor general.....!

Torquemada se comprometió á convertir todos los infieles ó á depurar, como decía él, el suelo de las Españas, y cumplió su palabra. Los familiares del Santo Oficio le segundaron bien y supieron emplear los caballetes, los brodequines, las ruedas, los ganchos, los anafes, las tenazas, las cuñas de hierro, el agua, en fin todos los instrumentos de suplicio que pudo inventar la perversidad, y en breve millares de millares de perso-

nas, israelitas y católicos, acusados de heregía, salieron de Aragón buscando refugio en las tierras del Duque de Medina Sidonia, del marqués de Cádiz, del Conde de Arcos y de algunos otros grandes señores.

«Durante nueve meses, dice el historiador, las prisiones del *Santo Oficio* se llenaron y se vaciaron *once veces;* pero en lugar de aplacarse esos tigres con faz humana, el olor de carne quemada y la vista de miembros jadeantes, les hacían más feroces. Desde que principiaron á ver la disminución del número de sus víctimas, se dieron prisa á buscar nuevos culpables, y con tal objeto, *Fernando el Católico*! publicó un decreto, titulado EDITO DE GRACIA, por el cual Su Majestad ordenaba á los heréticos que se habían salido fuera del reino, se constituyesen voluntariamente prisioneros del *Santo Oficio*, ofreciéndoles solemnemente, SOBRE EL CUERPO DE CRISTO!.....que les devolvería la libertad bajo esa condición y les reintegraría sus propiedades.»

«Un gran número de esos infortunados, llenos de confianza en las promesas de un soberano, vinieron á entregarse voluntariamente á sus verdugos; y aprendieron, aunque tarde, que los hombres no deben jamás creer los juramentos de los reyes.»

«Ese medio de poblar de nuevo los calabozos de la Inquisición, se encontró bien pronto insuficiente; y como no se presentaban ya más víctimas, Torquemada ocurrió á la delación. En el espacio de seis meses, más de *diez y nueve mil* delatados como heréticos, fueron entregados por el terrible Tribunal á los inquisidores y jueces. El número de los condenados al suplicio del fuego se hizo tan considerable, que Torquemada, imaginó, para dar evación al trabajo de quemar, hacer levantar en la plaza de las ejecuciones, cuatro inmensas estatuas huecas, en las cuales se encerraban á los pacientes, y el día de las ejecuciones se construía una hoguera al rededor de las estatuas, y las víctimas morían en una horrible agonía consumidas por el fuego!.....Esto era lo que Sacerdote y seculares llamaban AUTO DE FÉ!

«Esas primeras explotaciones de los inquisidores, aumentaron enormemente el Tesoro de *Fernando el Católico* y lo determinaron á regularizar la acción de los tribunales de la inquisición, creando, en consecuencia, un consejo real para ello, al cual le dió el nombre de *Consejo de la Suprema:* Torquemada mereció de derecho el honor de presidirlo, y le fueron adjuntos cuatro

eclesiásticos para consejeros; estos últimos no tenían voz deliberativa sino en las cuestiones civiles, pues las cuestiones religiosas estaban enteramente sometidas á la voluntad del grande inquisidor.»

«El Papa Sixto V dió bulas de autorización para el establecimiento de esa institución, y permitió á Torquemada que convocase una junta de todos los inquisidores de España, que decretaron el horrible código inquisitorial. Ese monumento de la ferocidad sacerdotal de aquella época, estaba dividido en veintiocho artículos principales, de los cuales los tres primeros eran concernientes á las reglas que debían seguirse para la instalación de los tribunales y las diferentes maneras de proceder para obtener denunciaciones. El artículo cuarto prohibía formalmente á los jueces dar absoluciones definitivas, aun cuando los acusados se convirtieran, á fin de que pudieran ser obligados á comprar indulgencias á la corte de Roma. Por el sexto se especificaba que el nuevo cristiano, aunque reconciliado con Dios, se encontraría privado de todo empleo honorífico, con prohibición de llevar sobre sus vestidos, ni oro, ni plata, ni perlas, ni seda, ni lana fina, siendo la corte de Roma la única que podía vender las rehabilitaciones para esas penas. Los artículos séptimo y octavo imponian un castigo pecuniario á los acusados que habían hecho una confesión voluntaria, y declaraban sus bienes confiscados en provecho del rey. Los artículos siguientes eran relativos á las penas aplicadas contra los acusados convencidos de herejía, y la más leve de esas penas era la detención perpetua en los calabozos horribles de la Inquisición.» Los artículos doce y trece, autorizaban á los inquisidores á condenar como falsos penitentes los nuevos convertidos, de quien ellos sospecharan el arrepentimiento simulado. El catorce instituía que el acusado que insistiera en decirse inocente, sería condenado como herético obstinado, debiendo aplicársele diferentes torturas, á las cuales se iría aumentando la violencia hasta que hiciera la confesión de la heregía; y desde que se reconociera culpable, estaba ya dicho, que se le haría subir sobre el *quemadero*, que era el cadalso en que se encontraban las cuatro estatuas destinas á los condenados. Así, de todos modos, inocente ó culpable, no podía escapar á *la justicia* de esos terribles inquisidores. El ingenio humano no puede concebir las palabras propias para comentar tal ferocidad.

«Dos artículos estaban consagrados á la forma del procedimiento, y le era prohibido á los jueces comunicar á los prevenidos los testimonios llevados contra ellos, ni aun confrontarlos con los acusadores; debían solamente interrogarlos y recoger sus confesiones mientras sufrían la aplicacion de la tortura. El diez y nueve y el veinte condenaban como herético todo acusado que no se hubiera presentado delante del *Santo Oficio*, después de haber estado asignado en las formas; y aun contenian los mismos artículos que, si se probaba por escritos ó por testimonios que una persona ya muerta, había sido tildada de heregía, su cadáver debía ser exhumado, juzgado, condenado y quemado, y sus bienes confiscados, mitad en provecho del principe, mitad en provecho de los inquisidores. Los cuatro últimos artículos eran relativos al procedimiento que los inquisidores debían observar entre sí y con relación á sus subordinados.»

Tal era la situación que atravesaba la España, por virtud de la Inquisición, en momentos en que la Francia, la Inglaterra, la Hungría y la Polonia, se encontraban con guerras que las desolaban, y que impedían el que pudiera Colón pensar en llevar sus proyectos á esas naciones en busca de protección para realizarlos.

CAPITULO XXVI

Colón en Lisboa, nueva pasión.—Colón se casa con doña Felipa.—Ocupación de Colón.—Viaje á Islanda.—Los tres jóvenes italianos.—Olgiati historiador y héroe.—Los soldados son los enemigos naturales del pueblo y de la libertad.—Olgiati en la tortura.—La respuesta sublime de Olgiati.—Época histórica de los dolores de un pueblo.—Valor extraordinario de Colón.—Los nombres ensalzados y los nombres malditos.—Los hebreos desconocían la esferoicidad terrestre.—La Iglesia y las opiniones de Moisés y de los profetas.—La ciencia griega rechazada por los padres de la Iglesia.—Las palabras de San Pablo.—Palabras de San Agustín.

La Italia se encontraba también preocupada por las ideas de emancipación, que propagaban hombres valerosos que no desesperaban de la salud del pueblo que quería derribar la tiranía.

Durante la permanencia de Colón en Lisboa, á la vez que sustentaba su pasión por los viajes, estimulado por el interés y la gloria, otra nueva pasión vino á apoderarse de su corazón y de sus sentidos, era la del amor por doña Felipa, hija de un noble italiano que se había hecho notable anteriormente en varias excursiones á las órdenes del Principe de Portugal, don Henrique.

Casado ya con doña Felipa que no poseía ninguna fortuna,

se fué á Portugal siempre con la esperanza de hacer valer sus proyectos á los ojos, á la razon y á la ambición de aquel monarca, para conseguir su protección.

Durante ese lapso de tiempo de 1472 á 1476, Colon se vió obligado á hacer y vender libros y pinturas; construir globos geográficos; dibujar mapas y trazar planos para subsistir.

Por los años 1477, tomó parte en varias expediciones enviadas á la costa de la Guinea, é hizo un viaje hasta la Islandia.

A la misma época 1478 á 1482 en que Colón hacía sus excursiones, y la Italia luchaba por recuperar su libertad perdida, la crónica nos trae la relación conmovedora de un horrible drama que por ser un insigne ejemplo para la juventud, creemos que cometeríamos doble falta si lo suprimiéramos.

Tres jóvenes italianos, Milaneses, que habitaban la ciudad de ese nombre, llamados Olgiati, Lampuguani y Visconti, resolvieron concluir con el opresor de su patria, Galéas Sforza, en pleno día y en medio de una fiesta solemne. Así sucedió; Sforza fué muerto y dos de los jóvenes cayeron también en el mismo acto, víctimas de los esbirros del tirano. El tercero, Olgiati, valeroso como sus compañeros, es á la vez el historiador y el héroe; él refiere:

«Yo no me había atrevido á presentarme á la casa de mi «padre por no comprometerlo, y me había asilado casa de un «amigo. Desgraciadamente la mañana del mismo día que yo «había fijado para hacer una tentativa en favor de la libertad, «oí las vociferaciones de la soldadesca que arrastraban por el «lodo el cuerpo de Lampugnani, y que se aproximaban al lu«gar de mi escondite. Comprendí entonces que había sido ven«dido; no tuve valor para huir; el horror con que fuí sorpren«dido, hiela la sangre en mis venas y me priva de la facultad «de ver y de oir.» Ahí se detiene la relación de Olgiati. «Los «soldados, añade la crónica, *esos enemigos naturales del pueblo y «de la libertad*, arrebataron al valeroso apóstol de la libertad y «le arrastraron por los cabellos hasta el palacio de los inquisi«dores asediándole con golpes y con insultos.»

Una vez en poder del *Santo Oficio*, Olgiati fué condenado á ser atenaceado con las pinzas candentes y cortado vivo en pedazos. En medio de esas torturas atroces, los Sacerdotes que des-

empeñaban las funciones de *verdugos*, le exhortaban á que se arrepintiera y pidiera perdón á Dios de su crimen.

«No, jamás, respondía: secuaces de los tiranos, yo no me «arrepiento, no: si Dios me hubiera dado diez vidas en lugar «de una, yo respondería de la misma manera, aunque tuviera «que perecer diez veces bajo los mismos tormentos!».....

Cuando fueron á arrancarle la cutis del cráneo y de la cara por disposición del *padre inquisidor*, lanzó un grito muy agudo de dolor.

—«¡Ah! tú imploras, pues, misericordia?» le dice uno de los Sacerdotes.

—«No, respondió el mártir, yo pido solamente que le dejen «á este miserable cuerpo alguna fuerza para poder gritar sobre «el cadalso: ¡MUERAN LOS TIRANOS!!!..... ¡VIVA LA LIBERTAD!!!...»

Así pereció Olgiati á la edad de *veintidos años*, víctima del amor por la patria.....Pueda esa noble acción encontrar imitadores,.....y pueda la suerte de Galéas, hacer temblar á los déspotas dentro de sus alcázares.....

Hé ahí los tiempos en que Colón lanzaba, comprometiendo su vida, una idea que chocaba con las tinieblas de la ignorancia, y con la obsecación fanática del clero que movía todos los resortes de la administración del Estado, y que calificaba de herejía, todo lo que desmentía los absurdos de la ignorancia. Aquella fué la época histórica de los dolores de un pueblo, en las circunstancias más supremas para el pueblo mismo; y hay lugar para interrogarse ¿cómo después de haber sido oído por los reyes y sus cortes, la Inquisión no se apoderó de él, y pudo al fin, aunque con mucha pena y á pesar de la iniquidad y de la desgracia que hiere á veces á un pueblo, conseguir el favor de la España?

Según ese código que hemos citado más arriba, para que se comprendan los peligros y el valor de ese hombre extraordinario, es evidente que Colón podía ser considerado como herético en geografía, con el mismo expediente con que Galileo lo fué en astronomía, y merecía también ser condenado por haber demostrado la existencia de los antípodas, como éste por sostener la rotación de la tierra. Pero la posteridad es como la justicia; ella tiene, entre otras, la misión de glorificar los oprimidos

y castigar los opresores; por eso la justificación y la gloria, como el galardón y el castigo, ambos se encuentran en la historia; por eso los nombres de Colón y Galileo son ensalzados por la historia, y los de los inquisidores como Torquemada, Pedro Arbues (canonizado Santo!) son execrados y malditos por el pueblo.

«No puede dejar de decirse que los Hebreos no habiendo conocido, ni teniendo la más remota idea de la esferoicidad terrestre, sus libros debían necesariamente, llevar la enseña de esa ignorancia radical; de suerte que si se admite como absoluta su autoridad, es necesario reconocer que la esferoicidad de la Tierra es una fábula; y si se admite, por el contrario, que la esferoicidad es real, débese por una consecuencia no menos necesaria, reconocer que la autoridad de esos libros no es absoluta, y que la imperfección humana se traiciona en ellos.»

«Constatemos solamente, sin que entremos aquí en la exposicion de las doctrinas geográficas de la Iglesia, que la religión católica, haciendo deribar del Antíguo y del Nuevo Testamento todo el conjunto del conocimiento humano, no llegó á tener jamás, sobre la forma de la Tierra, otras opiniones que las de Moisés y las de los profetas.»

«Los primeros Padres de la Iglesia, arrastrados por la severidad de su lógica y de su fe, debieron rechazar como contraria á la ortodoxia, la ciencia de Platon, de Aristóteles, de todos los filósofos más ilustrados de la Grecia, y deificar sin restricción opiniones que ellos consideraban como expresadas por la propia palabra del Espíritu Santo.»

«La Tierra fué, pues, universalmente considerada como una superficie plana, rodeada en toda su circunferencia por el Océano, y sosteniendo el cielo extendido sobre ella como una tienda de campaña: el Tabernáculo levantado por Moisés en el desierto era, según ciertos pasajes de la escritura, la representación simbólica del mundo: *το αγιον χοσμιχου*, dice San Pablo».

«Cualquiera que fuera el desacorde que hubiera entre los fenómenos y el sistema, eran los fenómenos los que debian humillarse delante de la majestad de los textos santos».

«Es necesario recordar las palabras de San Agustín con motivo de las dificultades suscitadas por los físicos, relativa-

mente al Océano colocado por el Génesis sobre el firmamento: *Quoquo modo autem et quælibet aquæ ibi sint, esse eas ibi minime dubitemus; major est quippe Scripturæ autoritas quam omnis humani ingenii capacitas*». (In. Gen: II. 9). (*Encyclopedie Nouvelle.* Colón).

XXVII

LO QUE DICE HUMBOLDT.—CONJETURA SOBRE LAS LECTURAS DE COLÓN. —CITA DE ARISTÓTELES SOBRE LA REDONDEZ DE LA TIERRA.— LA PRUEBA DE LOS ELEFANTES.—LA IDEA DE COLÓN NO ERA NUEVA.—LA OBRA DE LA CASUALIDAD Y NO DEL PENSAMIENTO.— LA IDEA ESPECULATIVA.—LO QUE ERA NECESARIO.

DURANTE los años trascurridos antes y después de su matrimonio, Colón no había cesado de instruirse; de tomar datos relativamente á su idea; establecer correspondencia con personas de superioridad reconocida; vió y estudió los papeles del abuelo de Doña Felipa que hicieron crecer sus conocimientos cosmográficos y marinos; tuvo ocasión de consultar y esclarecer muchos puntos con el famoso navegante Pietro Correa, casado con una hermana de Doña Felipa; y en fin, «es probable, como dice Humboldt, que fuera durante su larga estadía en Portugal, de 1470 á 1484 (nosotros decimos de 1474 y traemos la cronología), de edad de treinta y cuatro á cuarenta y ocho años, que él rehizo, por decirlo así, sus estudios.

El ha debido leer y releer todo lo que los antiguos autores podían traer, sea con relación á los lugares asiáticos, á la India, la China, las costas del Africa, y los escritos de los mismos romanos al referir la guerra de los cartaginenses; y ésto con tanta más razón, cuanto que la idea de Colón

de «buscar el Oriente por el Occidente y pasar por la vía del Oeste á la tierra en que nacían las especias», no era una idea absolutamente nueva, surgida de la ignorancia ó de la inteligencia del Genovés, sino traída de la antigüedad y repetida por los griegos, que creían que la extremidad oriental del Asia, no se encontraba á una distancia considerable de la extremidad oriental de la Europa, si que por el contrario cerca; de manera que podía irse, fuese directamente por mar, fuese invirtiendo más tiempo por tierra, de la una á la otra.

Hé aquí lo que, después de un bello cuadro trazado por Aristóteles, en su obra titulada el *Cielo*, dice: «Así, pues, todos esos hechos, (las observaciones astronómicas), demuestran evidentemente, no sólo que *la tierra es redonda*, si que también el de que su circunferencia no es demasiado grande; pues en tan pequeña distancia (del Egipto y de Cypre á las comarcas más septentrionales) no producirían tan pronto una diferencia tan sensible. Hé aquí como, los que creen que *los países situados hacia las columnas de Hércules tocan con los países de la India*, y que de esta manera no existe sino un solo mar, no parece que proponen una idea que no pueda sostenerse. Citan entre otras pruebas, los elefantes que se encuentran tanto en la una como en la otra de esas dos regiones extremas, lo que parece indicar que, si la misma especie de animales existe en ambas, es que esos países se unen entre sí».

Colón, pues, en su pretensión, ni estaba mal fundado, ni presentaba una idea nueva, que no pudiera sostenerse. De resto, como ya lo hemos dicho, Colón no pretendía dirigir sus miradas y sus esfuerzos hacia un hecho que fué la obra de la casualidad y no del pensamiento; y que para fijarse en él, debía necesariamente preceder el conocimiento del carácter y de los limites ó extensión del más vasto y de las más trascendentales consecuencias de los acontecimientos de la historia moderna.

No, la idea de Colón no llevaba en sí la grandeza de un objeto que encierra la generosa de la tentativa del aumento del mundo material, y del renovamiento consecuente del mundo intelectual, moral y político. Era absolutamente una

idea especuladora, que iba á favorecer en primer término sus intereses, en segundo los de los dos monarcas que le habían prestado apoyo, suministrándole recursos para la realización de su empresa.

Sin duda que se hacía necesario para cointeresar al pueblo, ó mejor dicho, á las clases superiores, hacer ver que esos proventos, que esas riquezas que iban á recogerse en el *Oriente*, se hacían extensivas á todos; era necesario que el fanatismo del beneficio material, inflamado por el egoísmo material de las clases privilegiadas, inflamase también el del Clero, que aumentaría sus proventos con el aumento de los creyentes; era necesario, en fin, que ese interés personal, inspirara en sus primeros síntomas, la superioridad colectiva del Estado. Era, pues, con el concurso de todos que él podía llegar al hecho que deseaba, el de descubrir el camino más directo, para trasladarse de un mundo conocido á otro mundo también conocido.

XXVIII

CITA DE LA RELACIÓN DE CRITIAS.—IDEA PERSISTENTE DE COLÓN.—CITA DE CHARTON.—DESCRIPCIÓN DE LA ITALIA POR ARISTÓTELES.—COLÓN, HÉRCULES DE LA VOLUNTAD.—COLÓN COMPARADO CON EL ORESTES BÍBLICO, SAUL.—EL DEBER DE LAS ALMAS NOBLES.—SENTENCIA FILOSÓFICA-MORAL.

Colón ha debido conocer las leyendas de los hombres eminentes, de la Grecia, en las que se encuentran diseminados datos que han podido servirle para conjeturas. Platón es el primero que hace mención de la Isla Atlántida situada al poniente del océano, más grande que el Asia y el Africa, según la relación de Critias, hecha bajo la fe de Solón. En esa leyenda se encuentra el pasaje siguiente: « Existía más allá del estrecho llamado *las Columnas de Hércules*, una isla de mayores dimensiones que la Lybia y el Asia. De esa isla podrá fácilmente pasarse á las otras islas, y de aquéllas á todo el continente que circula la mar interior; pues lo que está más allá del estrecho de que hablamos, es semejante á un gran puerto con la entrada muy estrecha, mas es sin embargo, un verdadero mar; y la tierra que lo rodea, un verdadero continente. En esa isla Atlántida, reinaban reyes de un grande y maravilloso poder; tenían bajo sus dominios, la isla entera, varias otras islas y algunas otras partes del continente. Además, del otro lado del estrecho

reinaban también en la Lybia hasta el Egipto, y en Europa hasta Tirrhenia. Andando los tiempos, sobrevinieron grandes terremotos, y la isla Atlántida desapareció bajo las aguas de los mares. Desde entonces, la mar se hizo inaccesible y cesó de ser navegable, por la gran cantidad de *limus* que la isla confundida habia dejado».

Esas lecturas han debido dejar en el espiritu impresionable de Colón, una resonancia, cuyas vibraciones esparcidas después de mucho tiempo en su imaginación, se confundieron junto con sus teorías en un solo pensamiento, el de «buscar el Oriente por el Occidente y pasar por la vía del Oeste á la tierra en que nacían las especias».

Charton, hablando en su obra *Viajeros antiguos y modernos*, sobre las islas que los antiguos colocaban en el Océano Atlántico, llamaba *Antilia* (Antilla) descubierta según Aristóteles por los cartagineses, dice: «La indicación más antigua de esa isla imaginaria, que en definitiva dio su nombre á las Antillas, según el ejemplo de Pedro Martir, de Anghiera, en 1493, parece ser la del Atlas veneciano, de Andrea Bianco en 1436, que la representa colocada á 240 leguas marinas al Oeste de las costas del Portugal, por los 27° 55′ de longitud occidental de París, y por los 38° 20′ y 38° 31′ de latitud.

Su largo es como el de Portugal é Inglaterra; y al norte de la *Antilia*, se encuentra la isla de la mano de Satanás».

Y Aristóteles la describe así: «Más allá de las columnas de Hércules, los cartaginenses encontraron, dícese, una isla desierta, abundante en maderas, regada por ríos navegables y rica en frutas; ella se encuentra á varios días del Continente; y los cartaginenses no sólo la visitaron con frecuencia, si que establecieron también algunas colonias. Pero celosos de esta posesión, hacían morir á todos aquellos que pudieran hablar de ella».

Es el momento en que debemos citar todos esos hechos que referidos por los antiguos, encarnaron en la imaginación de Colón, la idea fija que debía dar por resultado, no una de esas obras que se desprenden del genio, como la fruta madura cae del árbol en la hora en que termina su madu-

rez, si que como un raro y misterioso incidente, acaso preparado por la Providencia como instrumento coincidente de buena y de mala fortuna, surgido del ardor perseverante y heroico conque el ilustre genovés, desde temprana edad, hace de ella el interés único de su vida; desprecia peligros inminentes conque las circunstancias le amenazan; olvida que la ingratitud es el resorte gastado que mueve la humanidad en general, y que la tragedia es casi siempre el fin de los iniciadores de un gran pensamiento, y emprende contra todos los obstáculos una lucha admirable.

Colón, el hércules de la voluntad, inmortalizó su temeridad, por la grandeza de sus resultados; esa fe que viene del carácter y del corazón, que debía darle tanta gloria más tarde, como amarguras le prodigaba en seguida; esa constancia invencible que dignificaba el soplo que venía de la imaginación mezclado con el error; ese abismo de la mediocridad de su época, que se abría en todas partes para impedirle su paso; esa frialdad conque en general eran oídas sus reflexiones por los poderosos; esa miseria que tocaba á su puerta en las horas de la necesidad imperiosa; esas peripecias increíbles á las extremidades de su destino; esas imperdonables sospechas, mezcla de deslealtad y de injuria, que podían tornarse contra aquellos á quienes inmediatamente servía, bastarían no sólo para los elogios de la historia, si que para la perpetua gloria de su nombre.

Aun cuando el fin trágico de Cristóbal Colón no estuviese lleno con solo su catástrofe;

Aun cuando los grandes motivos de lágrimas y de terror, semejantes á los del Oreste bíblico, *Saúl*, no interesaran lo bastante el corazón y el pensamiento;

Aun cuando el descubrimiento hecho, previsto ó no, no tuviese un gran peso en la balanza de la fama;

Aun cuando la ingratitud no hubiese sido para él la más horrible catástrofe en lo físico y en lo moral;

Aun cuando los supremos dolores de la virtud, no se hubieran agotado en él con las últimas pruebas;

Aun cuando el sentimiento público, corrompido ó debilita-

do, no se hubiera mostrado indiferente á la ingratitud y frío desdén conque se le arrojó á las sombras del olvido;

Aun cuando los misterios de eso que se llama alta política, según Machiavelo, perfidia según nosotros, hubiese obligado á los Soberanos á quienes Colón servía, á convertirse en malos órganos de sus deberes, la posteridad no puede dejar de levantarle un monumento de gratitud y de admiración en el corazón de todas las almas nobles. *Y desgraciado el historiador que amnistía la ingratitud y la perfidia de aquellos que han debido sonrojarse de ver en ellos el poder y la religión olvidar hasta el pudor del reconocimiento, haciendo rodar el polvo de sus zapatos, sobre la desgracia del que cae.* (*1*) «El genio, dice Lamartine, debe ilustrar la ingratitud pero no absolverla,.....juzgando siempre las acciones de los hombres por estas tres faces: *la intención, los medios y los resultados.*»

---

[1] Al escribir estos conceptos, nosotros sabíamos que firmábamos la sentencia de desaprobación de la Real Academia Española, en el certamen del Centenario de Colón; pero el deber de historiador nos lo imponía. Parece que las únicas *tres obras* de este género que fueron presentadas, cometieron todas el mismo pecado. NO HUBO LUGAR Á PREMIO! [Nota posterior.]

CAPITULO XXIX

Lo que vió Pedro Correa.—Referencia de los habitantes de las Açoras.—La isla de San Brandan.—Referencia del Gigante Mildum.

Continuemos las referencias históricas en que apoyamos nuestra disertación, y en ellas encontraremos los resortes de la idea de Colón, tenida por muchos de sus contemporáneos como un delirio de su imaginación, sin pensar que, cuando vemos una locura en un hombre de inteligencia, es necesario no dudar el que de ella surja un gran acontecimiento.

Charton, en sus *Viajeros antiguos y modernos*, refiere que, Pedro Correa, cuñado de Colón, había visto cerca de la isla de Madera, un trozo de palo escultado, de un estilo desconocido en Europa, venido del Oeste; pinos de una especie distinta; pedazos de caña de un grueso y de una dimensión extraordinarios, que hacían recordar los bambús de la India citados por Ptolemeo, que habían sido vistos flotando en esos lugares, lo que prueba que la tierra occidental no podía encontrarse á una gran distancia; y como el trozo de madera estaba escultado, eso probaba que la tierra occidental estaba poblada. El rey de Portugal hizo mostrar varias especies de cañas á Colón, que, de un nudo al otro podían contener nueve garrafas, (botellas grandes) de vino.

Los habitantes de las Açoras, contaban que, cuando los vientos soplaban del Oeste, la mar botaba, sobre todo en las islas Graciosa y Fayal, troncos de Pinos enormes, de una especie desconocida. Sobre los bordes de la isla de Flores se habían encontrado un día, los cadáveres de dos hombres cuya fisonomía y rasgos diferían enteramente de la de los habitantes de la Europa y del Africa. La gente, en fin, del campo de la Verga (sin duda en las Açoras), manifestaron á Colón, que habían visto *almadias* ó barcas cubiertas, llenas con una especie de hombres de los cuales ellos no habían oído hablar.

En uno de los textos que contiene el artículo Colón, en la *Nueva Geografía general*, se lee: «Se está de acorde en admitir que las islas *Fortunadas* eran Madera, las Canarias y las Açoras; los Cartaginenses podían en efecto conocerlas, pues ellos tenían establecimientos de comercio importante en las costas opuestas á las del Africa; pero algunos autores han sostenido también que una de esas islas que Ptolemeo designaba bajo el nombre de *Aprositos*, es decir, de *inaccesibles*, era la isla de San Brandan ó de las Siete Ciudades.» (1)

En el mismo artículo y á propósito de la Isla de San Brandan y de las Siete Ciudades, se encuentra otro texto, curioso por la candidez de la narración y el carácter inverosímil de su contenido. «Según una piadosa leyenda, en el siglo IV, un fraile escosés de nombre San Brandan á Borandan, acompañado de su discípulo San Maclón ó San Malo, se puso en solicitud de las islas del Pararíso (islas Afortunadas), para convertir los infieles. Un gigante bautizado con el nombre de Mildum, refirió á los dos Santos, que exitía en el Océano una isla fortificada con muros de oro, brillantes como el cristal, pero que no tenía entrada. Por exigencia de ellos, el gigante emprendió conducirles y se lanzó al mar tirando por un cable, el barco en que iban aquéllos; pero desgraciadamente un huracán les obligó á retroceder y poco después el gigante piloto murió.

La isla de San Brandan se ve sobre el globo terrestre de Martin-Béhaïm, trazado en 1492, y sobre la mayor parte de los mapas del tiempo de Colón.

---

[1] Washington Irving, *Vida de Cristóbal Colón*, T. IV. Apéndice, Nº 23.

CAPITULO XXX

LOS SIETE OBISPOS Y LAS SIETE CIUDADES.—TRATADO DE FERNANDO DE ULMA CON LA CORONA DE PORTUGAL.—UNA CONJETURA RACIONAL. —CREENCIAS FUNDADAS POR LAS TRADICIONES.—CITA DE DIODORO DE SICILIA.—DESCRIPCIÓN DE UNA ISLA.—DESCRIPCIÓN DEL MAR QUE BAÑA Á ESA ISLA.

OTRAS tradiciones análogas se refieren á la pretendida isla de las Siete Ciudades.

Cuando la invasión de los Moros en España, hacia el año 912, dícese que siete Obispos, acompañados de sus ovejas, se embarcaron, y después de haber bogado largo tiempo sobre el Océano, abordaron á una isla desconocida, en la cual edificaron *siete ciudades* magníficas. Como en otros tiempos Agatocles, los Obispos quemaron sus naves, para hacer perder á los fieles toda esperanza de retornar. Más tarde varios navegantes portugueses, llegaron igualmente á esa isla, pero no pudieron salir de ella porque los sucesores de los Obispos se lo impedían.....

El mismo texto que hemos citado más arriba, refiere que «Fernando de Ulma, capitán de la isla de Terceira, hizo un tratado con la corona de Portugal, depositado en los archivos de *Torre di Tombo*, por el cual él se comprometía á emprender á su costa el descubrimiento de las islas, ó del continente que se suponía ser la isla de las Siete Ciudades, á condición de que él y sus here-

deros, tuvieran derecho de jurisdicción sobre esas tierras, pagándole al rey el diezmo de las rentas.»

Aquí podemos introducir como paréntesis, el de que las pretensiones de Colón con los reyes de España, respecto á la jurisdicción que para él y sus descendientes estipuló en sus condiciones, no tenían nada de extrañas, y acaso se fundó en las de Ulmo, para hacer y exigir como éste.

Ya veremos más adelante respecto de otras condiciones por las cuales se ha pretendido censurar á Colón.

«Ulmo se asocia para esta empresa con Juan Alfonso del Estreito, y según los términos de su compromiso, debían partir en marzo de 1487, es decir, un año después del descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, por Bartolomé Díaz. Ignórase cual fué el resultado de esta expedición.»

«Mucho tiempo se estuvo creyendo en la existencia de las islas de San Brandan y las de las Siete ciudades, y esta creencia de la Edad-media, se encontraba hasta cierto punto legitimada por las tradiciones de la antigüedad sobre la *Antilia*, sobre la *Atlantida* y sobre las islas *Afortunadas*.»

Sin duda que Diodoro de Sicilia, que sobre tantas cosas de la antigüedad nos ha dejado nociones claras y verdaderas, refiriéndose probablemente á la Isla *Antilia*, referencia que sin duda era conocida por Colón, se expresó así: «Del lado de la Lybia, se encuentra una isla de una extensión considerable, situada á lo largo del Océano, al Occidente y alejada de la Lybia de varios días de navegación. Su suelo es fértil, montañoso y de una gran belleza, regada por ríos navegables y se ven en ella numerosos jardines sembrados de árboles frutales, cruzados por corrientes de agua dulce. Se encuentran también casas de campo suntuosamente construidas, cuyos patios están adornados con emparrados y calles de flores, en donde los habitantes van á pasar la estación del estío, gozando voluptuosamente de los beneficios que el campo les suministra con abundancia. La región montañosa está cubierta con espesos bosques y árboles frutales de toda especie; y la residencia en las montañas se encuentra embellecida por deliciosos Valles y numerosas fuentes. En una palabra, toda la isla está bien regada con aguas dulces, que contribuyen no solamente al placer de los habitantes, si que además á su salud y á su fuerza. La cacería les suministra

numerosos y diversos animales con los cuales se proporcionan comidas suculentas y suntuosas. La mar que baña esa isla contiene una multitud de especies diferentes de peces, pues el Océano es naturalmente muy abundante de esos animales. En fin, el aire es tan temperado que las frutas de los árboles y otros productos, crecen en abundancia durante la mayor parte del año. En una palabra, esa isla es tan bella, que parece ser con más propiedad la feliz residencia de algunos dioses, que el albergue de los hombres.»

CAPITULO XXXI

DETALLE REFERIDO POR PLUTARCO.—LAS ISLAS BIENAVENTURADAS.—DESCRIPCIÓN.—LOS CAMPOS-ELÍSEOS DE HOMERO.—LA EXTREMA MAURUCIA.

OTRO pasaje de las leyendas antiguas, ha debido llamar la atención de Colón, atribuyendo siempre á las regiones orientales esos privilegios de la naturaleza que daban motivo á tan bellas descripciones, tal es el curioso detalle referido por Plutarco, en *la vida de Sestorius*, 8, que parece haberla tomado de un libro de Salustio, del cual no quedan sino fragmentos.

«Sestorius, dice Plutarco, después de haber sido vencido en tierra y mar, atravesó el estrecho de Cádiz, donde encontró algunos marinos que venían de visitar las islas Atlántidas, que son dos, separada la una de la otra por un pasaje muy estrecho; su distancia del Africa es de diez mil estadios, (cerca de 500 leguas) y les dan el nombre de islas Bienaventuradas; las lluvias son raras y poco abundantes; no soplan sino vientos dulces y ligeramente húmedos, que fecundan el suelo y lo hacen adecuado al cultivo. Muchas frutas se producen naturalmente y alimentan sin escasez un pueblo feliz. La temperatura y las estaciones conservan un aire sano.....,y la creencia de que esas

islas son los Campos-Elíseos de que habla Homero, se esparció hasta en los pueblos más bárbaros.» (1)

Homero en la Odisea IVº χαὶ πείρατα-γαίης (563) coloca evidentemente aquí, los campos Elyseos ó las islas Afortunadas, es decir, á la extremidad occidental del mundo conocido de los antiguos, un poco hacia el Oeste de la España; y Strabon citando ese pasaje, añade en forma de comentario, «que la isla de los Bienaventurados, se encontraba situada al Oeste de la extrema Maurucia, (la costa de Marruecos,)» Sin embargo, y reasumiendo, puede decirse que las primeras nociones más ó menos ciertas sobre la existencia de las islas Afortunadas, al Occidente de la Europa y del Africa, no remonta más allá del siglo de Augusto.

---

[1] MALT-BRUM. *Geogr: Univ.*

CAPITULO XXXII

REFLEXIÓN PRELIMINAR.—LA HISTORIA RECHAZA LAS QUIMERAS FANTÁSTICAS.—SEVERA IMPARCIALIDAD.—JUSTICIA.—LA PROVIDENCIA OCULTA BAJO UNA APARIENCIA.—CONFESIÓN GENUINA Y PROFUNDA.

SUSPENDAMOS las citas, que sin duda contribuyeron en el concilio secular de la razón del Genovés á formar ese centro de ideas que daba á su acción la fuerza irresistible que le impedía temblar al abordar tan peligrosa empresa. El hecho solo de referir los rasgos más esenciales de ese acontecimiento extraordinario aunque imprevisto; de esa explosión, diremos así, que traería más tarde la transformación social, política y religiosa de un inmenso continente, nos hace experimentar la necesidad, no de buscar la belleza de la fraseología propia para cantar un poema, sino la luz del genio patético de la historia, que rechaza las quiméricas fantasías ó las maravillas de la imaginación, para asociarse con el discernimiento del espíritu, á las escenas majestuosas ó terribles de los hombres ó de los pueblos, que deben ser siempre trazadas con un corazón probo y una pluma severa, sin confundir el entusiasmo con la fantasía, la verdad con la quimera, haciendo al mismo tiempo, la debida separación entre la moderación y el exceso, la virtud y el vicio, la libertad y la licencia.

Ensayemos, pues, referir los hechos de la atrevida empresa

de Colón, que con justicia han atraído la atención de sus contemporáneos y de la posteridad, sin halagar sus debilidades y sin debilitar sus acciones, único medio de restaurar la verdad en el ánimo del lector. Asociémonos á la repercusión de su fama y á la gloria de su nombre bien merecidas, por las luchas infinitas, con la miseria, con la malevolencia, con la envidia, con las preocupaciones, con los peligros, con las discordias, con las tempestades, con los desengaños, con la persecución, con el martirio de su muerte; pero no disimulemos el interés, ni excusemos el error á veces inhumano, debido acaso á su carácter práctico y positivo; pues eso sería ver con desdén imperdonable la única pasión de la conciencia, el más divino de los órganos de la humanidad, y esa pasión es la *Justicia.*

Remontemos á la filiación de los hechos, á veces oscuros en su origen, pero guiados siempre por una providencia que iba á ocultarse bajo la apariencia de la casualidad después de haber suministrado sucesivamente todos los elementos que debían servir á los nuevos hechos científicos para confundir las ignorancias tradicionales.

Digámoslo una vez por todas, para que no se ponga en tortura nuestro más genuino y profundo sentimiento, por lo que la justicia y la severidad de la reflexión nos obligue á decir en cumplimiento de un deber sagrado. Colón es el personaje más culminante en la historia de los héroes; formado para luchar con todo género de infortunios; la imaginación no podría representárselo, sino presidiendo la gloria de los héroes del mundo, y los siglos no harán sino hacer crecer más y más la admiración, el respeto y la gratitud por un hombre á quien otro no podrá ya igualar.

CAPITULO XXXIII

UN ECO DE LA POSTERIDAD.—EL RESURREXIT DE LA GLORIA DEL PRIMERO DE LOS HÉROES.

NADA es más justo que referir los hechos históricos de un hombre ó de un pueblo, en circunstancias excepcionales ó supremas, sea que éstas impriman el carácter de elevación ó de decadencia, de fortuna ó de desgracia, de gloria ó de iniquidad.

La circunstancia de encontrarnos próximos al cuarto centenario del inmortal Colón, ha puesto la pluma en nuestra débil mano; y, emocionados y conmovidos al mismo tiempo por tántos trabajos y penas que se proporcionó este hombre excepcional y extraordinario, para ir á correr múltiples aventuras, exponerse á tántos peligros, comprar tántos sufrimientos y soportar tántos desengaños, creemos que, en uno de los muchos ecos de la posteridad,—y la posteridad es como la justicia, que le gusta defender los débiles y vengar los perseguidos,—nos toca nuestra parte en la justificación de su gloria en la historia, y en la admiración de la excelsitud de sus hechos, en la apoteosis de su nombre.

Es el momento en que la campana de víspera toca para la reunión de los hombres de la GRAN COLOMBIA!.....de ESPAÑA y de ITALIA por no decir de la Europa, que se congre-

garán bajo un mismo pensamiento, bajo una misma inspiración, con un mismo propósito; no es el *Tocsin* del peligro, es el repique de la *Aleluya*, del RESURREXIT.....de la gloria del primero de los HEROES, á quien los publicistas ensalzarán con sus opiniones; los poetas harán brillar más con su entusiasmo; el entusiasmo confundirá las imaginaciones, y la imaginación gozará.

CAPITULO XXXIV

RELACIÓN DE COLÓN AL MONARCA JUAN II.—REUNIÓN DEL CONSEJO DEL REY.—NEGATIVA AL PROYECTO DE COLÓN.—EL OBISPO DE CEUTA CALIFICA Á COLÓN DE IMPÍO.—EL OBISPO CARADILLA PONE EN PELIGRO LA VIDA DE COLÓN.—EL REY DE PORTUGAL CONCIBE LA IDEA DE DESPOJAR Á COLÓN.—EL DESTINO BURLA LA MALA FE DEL MONARCA.—COLÓN SE VA Á GÉNOVA.—GÉNOVA NO ACOGE EL PROYECTO DE SU HIJO.—LA ITALIA INCONSULTA.

ATEMOS de nuevo la relación de los hechos, en el mismo punto en que nos desligamos de ellos, para dar cabida á las citas necesarias á la inteligencia del lector, para mejor comprender el error en que se encontraba Colón, y que servía de base á su proyecto ó plan definitivamente resuelto.

Desde su separación de Lisboa, para ir á residenciarse en Portugal, había alimentado la esperanza de que el monarca Juan II le ayudaría á llevar á cabo su tan soñada empresa; y con tal fin, pidió y obtubo del rey una audiencia, en la cual hizo la relación fundada de su proyecto, que parece oyó el monarca ostensiblemente favorable, pero sin dar al navegante ninguna decisión definitiva.

Como consecuencia necesaria á la revelación y exigencia hecha por Colón, el rey reunió un consejo en que se puso en tela de discusión, la idea principal del peticionario, es decir, si había probabilidades de encontrar ó ir á las Indias por el Occi-

dente, ó si no sería mejor tratar de darle la vuelta al Africa, lo que no entraba en el plan propuesto por Colón. (1)

La mayor parte de los miembros del Consejo, después de largas discusiones, se pronunciaron en contra de la idea de tomar una vía directa; y el Obispo de Ceuta, Caradilla, apasionado y enteramente sometido á las tradiciones de la Iglesia ó conceptos de sus Santos Padres, con más vehemencia que ningún otro de sus colegas, no sólo declaró la pretensión de Colón como quimérica, sí que además la calificó de absurda é impía.

En ese Consejo la mayor parte de las voces pertenecían á la alta jerarquía de la Iglesia Católica; Colón también era cristiano, y sin embargo, todos se mostraron intolerantes; y en su unidad, puede decirse que evidentemente dieron á conocer que no tenían corazón. No basta llegar á ser grande, es necesario ser bueno; no basta saber, es necesario comprender y amar; el Obispo Caradilla, puso en peligro la vida de Colón con su declaratoria de impiedad!.....

El rey de Portugal, pérfido y egoísta, deslumbrado por la perspectiva de riquezas, de posesiones, de poder que Colón le había desplegado por decirlo así sobre su mesa, al extender los mapas para indicar los puntos á los cuales quería referirse, concibió la idea de despojar al Genovés del fruto de sus vigilias, de sus estudios, de sus trabajos de toda una vida, en fin, de lo que pudiera tocarle de riquezas y de poder, al llevar á cabo sus planes; y al efecto, sin que se apercibiera Colón y sus consejeros, ni ninguna otra perso-

---

[1] El Maffei, escritor apasionado, dice que el proyecto de encontrar el Nuevo Mundo, fué presentado por el Genovés al rey Lusitano antes que á ninguna otra potencia; circunstancia que no se lee ni en el Goes, ni en Barros escritores portugueses más antiguos que Maffei, contradicha también por el consentimiento cuasi unánime de los antiguos, que pone en primer término el gobierno de la República de Génova,—como lo consideramos natural y lógico,—y antes que al monarca de Portugal á los reyes de Francia y de Inglaterra, como lo dice Mr. Geraldini, amigo y protector de Colón, que da el orden siguiente á las gestiones del Almirante cerca de los Príncipes Ultramontanos de Francia, Inglaterra y Portugal. Y con este orden concuerda una carta de Colón, citada en la historia de Fernando, Cap. XII, que dice entre otras cosas: «por servir á vuestra Alteza [habla del monarca de España] no he querido comprometerme con la Francia, ni con la Inglaterra, ni con el Portugal. [Cod. Dip., Intr., p. XX y XXI.]

na, (1) hizo salir sigilosamente una Carabela que aparentando ir para las islas de *Cabo Verde*, siguiese rigurosamente la dirección é instrucciones secretas indicadas por Colón en su *memorándum*; es decir, hablando en buen idioma de Castilla, el rey de Portugal Juan II no se hacía ningún escrúpulo en estafar de una manera villana, todo lo que poseía Colón, que era su idea y la manera de realizarla. ¡ Y un Obispo !... un Obispo fué el consejero de esa acción ! ! !...

Es la pasión por la verdad la que nos hace expresarnos así; pues el que la sabe y la calla, no solamente traiciona á la verdad y á su conciencia, sí que también á la fe del lector que se une con el pensamiento al que escribe, cediéndole la mejor parte que es la de su confianza. El destino burló la mala fe del monarca, y evaporó el objeto de su codicia. Un temporal que aterrorizó á los pilotos después de muchos días de estar navegando, los hizo ir á recalar á Lisboa en la Carabela toda averiada y mal trecha.

Colón se impuso inmediatamente de la conducta desleal que el monarca había observado con él; nada tenía que esperar de una corte que le era hostil; sus tiernos hijos huérfanos ya por la muerte de Doña Felipa su esposa, carecían de los cuidados y atenciones necesarios de la madre; la prudencia le aconsejaba retirarse de aquel país, para preservar á sus hijos y preservarse él de otra catástrofe mayor.

Resolvió, pues, irse á Génova, su patria, y tentar allí nuevos esfuerzos. Pero la hora de la opción, escrita acaso sobre la tierra y sobre los mares con caracteres de vida y de muerte, aún no era llegada. El más heroico y el más legal de los acontecimientos de toda la historia moderna, distaba todavía de algunos segundos en el cuadrante de la creación; faltaban sin duda algunas revoluciones á la tierra, algunos crepúsculos á la naturaleza, algunas sombras y algunos resplandores, algunas armonías y algunas vibraciones, soplos lentos y vaporosos, para fijarse el iris, ese círculo trazado por el dedo de la Providencia, que dice unas veces hasta

(1) Barros calla esta circunstancia deshonrosa para el rey Don Juan II; y bien que se dice por algunos que nadie tenía conocimiento de lo que pensaba hacer el rey, parece fué el Obispo y Doctor Caradilla el que aconsejó el rüín procedimiento del monarca. (Obra cit. p. XXIII).

aquí llegas; y otras, aquí principias!.....Sigue, Colón.....y sigue precavido y firme defendiendo tus proyectos que encierran territorios desconocidos, riquezas escondidas, razas y vidas independientes que pueblan un mundo que bendecirá mañana tu nombre y tu memoria!.....

Génova no acogió el proyecto de su hijo!.....El Senado de esa República á quien él se dirigió, *no se dignó dar una contestación á su mensaje!*.....¡Error funesto de Génova que mereció más tarde el *acerbo reproche* de Mr. Giovio en su elogio á Colón!

Venecia le negó su cooperación; era pobre y carecía de títulos, eso bastaba para que no le escuchasen, pero era muy poco para tratarlo de visionario. (1)

La Italia no meditó un momento, al mostrarse tan indiferente á la idea de Colón, ni en los intereses exteriores de la nación, ni en el puésto que ella ocupaba en el mundo, ni en su importancia relativa sobre el globo, ni en el peso específico que podía adquirir en el equilibrio de las potencias europeas, ni en dilatar sus límites, sus mares, su geografía en fin.....¡qué ceguedad!

Necesario es que digamos siempre, aquí como en todas partes, lo que pensamos con independencia y patriotismo; ella no comprendió la gravedad de esos intereses que no son cosas de un día y para un día, sino para la eternidad de un país; intereses muy superiores por su grandeza y por su duración, á los tiempos y á las vicisitudes de los poderes. La región del *Nuevo Mundo* que se le ha dado un nombre impropio, que los hijos de este suelo deberían rechazar, para llamarse COLOMBIANOS, ha debido pertenecer á la Italia y no á la España; nuestra lengua ha debido ser la del Taso, la del Dante y nó la de Cervantes; pero el destino es el destino y lo que debe suceder sucede. No es nuestro ánimo

---

(1) Sobre la negativa de Venecia hay una antigua tradición traída por los caballeros Rossi y Stigliani que dice: el viajero anduvo

« Richiedendo favor per tale acquisto
« Avari Re, e Repubbliche di Cristo ».

entrar aquí en el análisis de consideraciones que se alejan del carácter esencial de la materia que nos ocupa, ni mucho menos creernos desmejorados al pertenecer á la noble y heroica raza española, pero es necesario que la crítica llene los vacíos dejados por la ausencia de lógica y del buen sentido.

CAPITULO XXXV

SEPARACIÓN DE COLÓN DEL REINO DE PORTUGAL—RASGOS FISONÓMICOS DE COLÓN.—OTRAS DESCRIPCIONES.—SU VIAJE DE VENECIA Á ESPAÑA.—SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA.—IMPRESIÓN QUE CAUSÓ EN EL PRIOR.

La separación de Colón del reino de Portugal la verificó á fines del año 1484, acompañado de su hijo Diego; y después de haber pasado por Génova y Venecia, como decimos más arriba, llegó á España á principios de 1485, siempre con el propósito de dirigirse á los soberanos de ese país para que le ayudasen en su empresa.

Ninguno de los varios historiadores de Colón, saben cómo ni de qué manera pasó ese año de 1485; y es de estrañarse que ni en la relación de Don Fernando, ni posteriormente la historia de Washington Irving, no digan una palabra sobre ese lapso de tiempo; pero sin duda alguna que ha debido ser luchando contra la pobreza, puesto que en 1486 se encuentra reducido á una extrema indigencia, tocando á las puertas de un convento para pedir un pedazo de pan y un poco de agua.

A esa época, en que Colón sólo tenía cuarenta y ocho años, su aspecto le daba la apariencia de un hombre de una edad más madura. Había sufrido ya mucho, y á pesar

de sus marchas á pie, su talle esbelto y elevado se conservaba derecho, y su cabeza flexible sobre su cuello, presentaba el aspecto noble del busto de Filippo; el conjunto de sus miembros robustos y bien formados, se avenían perfectamente con los rasgos de su fisonomía que eran regulares; su frente alta; sus ojos pardos claros; su cara más bien larga que ovalada; su tez fresca y un poco roja, estaba salpicada de pecas; su nariz aguileña como la del antiguo tipo hebreo; sus labios deprimidos y ligeramente gruesos; sus carrillos un poco pronunciados, aunque sin barba, esa base del carácter y de la gravedad, semejante á la de los antiguos druidas, no desmejoraba el completo conjunto más importante que agradable.

No era difícil comprender por aquella fisonomía, que aquel hombre, á pesar del aspecto algo más que modesto de su traje, aspiraba á la grandeza y á la gloria. Su golpe de vista melancólico, se inflamaba no obstante con facilidad; la rareza de una sonrisa triste, todo indicaba que á esa edad había pensado y sufrido mucho; su juventud se había evaporado antes de tiempo, dejando á su acción, á su marcha y á su conversación, cierta gravedad meditativa que le daba más el aspecto de un pontífice que de un marino.

Algunos autores nos presentan un retrato muy limitado de Colón, vamos á traer algunas referencias.

Su mismo hijo Fernando apenas nos dice: «Mi padre en la juventud tenía los cabellos catires, pero ya á la edad de treinta años estaban blancos;» detalle que omitimos intencionalmente más arriba, para darle aquí la importancia que él tiene.

Otro autor que ya hemos tenido ocasión de citar, Washington Irving, refiriéndose á los detalles dados sobre la fisonomía del gran navegante, dice: «Colón era alto, bien formado, robusto y de una compostura noble y levantada. Tenía la cara larga, ni llena ni flaca; el tinte vivo, más bien un poco rojo y algunas manchas en la cara. Su nariz aguileña y los huesos de sus mejillas un poco sobresalientes. Sus ojos eran grises claros y se inyectaban con frecuencia; vestía sencillamente».

Gomara, describiendo el físico de Cristóbal Colón, se con-

tenta con decir: «Era un hombre de bella estatura, de músculos fuertes, cara alargada, fresca y encarnada, llena de manchas rojas». Todos estos detalles á la vez que son deficientes, no hay en ellos una rigurosa exactitud, desmejorando el físico del Genovés. Nosotros con ayuda de algunos delineamientos que hemos podido recoger de crónicas y cartas de algunos escritores ingleses, restauramos los perfiles que damos más arriba, que se acuerdan con los que presenta el busto que se tiene como más auténtico. (1)

Sin embargo, necesario es decirlo, Colón no fué amado ni compadecido por los suyos y por los extraños.....

¡Qué destino!.....

¡Colón el único en la historia, en razón de su obra y en razón de sus sufrimientos; su gloria es única porque permanecerá eternamente sin poder ser imitada!.....

Todo el trayecto de su viaje de Venecia á España lo hizo Colón á pie acompañado de su hijo que apenas tenía diez ó doce años. A cierta distancia de una población conocida con el nombre de *Palos de Moguer*, pequeño puerto de Andalucía, en una de las noches del mes de Febrero de 1486, dos viajeros que caminaban á pie y que estaban vestidos cuasi de harapos, se detienen.....Eran Colón y su hijo!.....

¡El niño cayó extenuado de fatiga!.....

¡Colón contempla un momento á su hijo desmayado!

—¿Tú sufres, hijo mío? le dice.

El niño no responde; un vahido causado por la fatiga, le había turbado su sentido.

Colón levanta como Job los ojos al Cielo en el exceso de su dolor de padre; y recriminando amargamente esa injuria de la fortuna que le priva hasta del sustento para su hijo, corre en espacio de pocos segundos de tiempo, la distancia que le separa de un convento de Franciscanos, dedicado á Santa María de Rabida, que se encontraba (como se encuentra hoy) á media legua de distancia del pequeño puerto de Palos, situado sobre la costa de Andalucía.

---

(1) Vease el busto á que aludimos, ejecutado en Génova el año de 1823, que se encuentra en el segundo volumen.

Toca á la puerta y en nombre del Dios de las Misericordias, pide un pedazo de pan y un poco de agua para aquel niño á quien las fuerzas abandonaban.

El Prior ó Guardián del monasterio, Juan Pérez de Marchena, admirado de ver en aquel hombre tanta resignación que es el sacrificio meritorio ante la Suprema Voluntad, le abre las puertas y le da la hospitalidad, ofreciéndole, después de haberle oído, hacerse cargo de cuidar y educar al niño, mientras él verificaba su viaje.

Tal fué la impresión que causó en el Prior la erudición de Colón en materia de geografía, que le dio una carta de recomendación para el confesor de la reina Isabel, Fernando de Talavera, con la cual dice: « le serán á usted abiertas también las puertas de Palacio ».

CAPITULO XXXVI

RECOGER DE LOS EXTRAÑOS LO QUE LA PATRIA LE NIEGA.—UN HOMBRE PREDESTINADO.—COLÓN LLEGA Á ESPAÑA.—EXPOSICIÓN DEL PROYECTO.—EL CONFESOR DE LA REINA OYE Á COLÓN CON DESAGRADO.—EL SOBERBIO QUE DEBÍA SER HUMILDE.—NUEVA DECEPCIÓN.—COLÓN SE VA Á CÓRDOVA.—EL MARINO Y EL ARTISTA.

COLÓN se resuelve de buena voluntad á las indicaciones del P. Marchena, y recibe con alegría la carta de recomendación, tomando como providencial el incidente de su hijo, que le había proporcionado de paso, recoger como los vientos del desierto que llevan la buena semilla, ese nuevo punto de partida, para la realización de su idea.

¡Vé Colón!.....recoge en tu viaje, de la liberalidad de los extraños, lo que la patria te niega!.....

Vela con solicitud por la realización de tus planes que la probidad de tu alma no reprueban; pero aprende no obstante, que el porvenir reserva á veces, grandes cosas que al hombre no le es dado prever.....!

¡Vé! sí, que un hombre predestinado, no es otra cosa que el resumen viviente de las grandes transformaciones, que cambian las faces de los pueblos, como cambian el espíritu de su tiempo. Él se adelanta como la antorcha que ilumina el sendero por donde deben marchar las cosas y los hombres!

Hé ahí por qué se le hostiliza y á veces se le persigue; y hé ahí también por qué la gloria de un hombre es al mismo tiempo y con muy justo título, la gloria de su patria !!!

Colón, confortado por ese nuevo cálix de esperanza, continúa su viaje, y llega á la corte de España, favorecido por la carta de su protector, en la primavera del año de 1486. Expone su proyecto, sin la pretensión de hacer brillar su inteligencia, sino con la elocuencia sobria del que tiene la persuasión en sí mismo, que se destila del alma más que de los labios para persuadir á su auditorio.

Hace valer el ejemplo de las riquezas de su predecesor Marco Polo, y los proventos que se obtendrían, al traer de esas tierras privilegiadas, los objetos más valiosos y más solicitados por el comercio europeo.

El confesor de la reina, diferente al Padre Marchena, escuchó con desagrado aquel hombre que, con una mala capa puesta sobre sus espaldas, revelando en sí mismo el cuadro de su propia miseria, y con un lenguaje mal depurado, semejante al de un aventurero, venía á ofrecer á los reyes, mayores reinos y riquezas incalculables de que él mismo no sabía darse cuenta.

El proyecto fué rechazado por Talavera como impracticable, viendo la recomendación y el recomendado con un desprecio indigno de su posición y de su carácter sacerdotal. Colón tuvo que devorar en silencio y en la soledad, la amargura de esa nueva decepción, que debilitaba su perseverancia, pero que no la agotaba; y, después de meditar detenidamente sobre lo que más convendría á su situación y á su proyecto, resolvió esperar nuevas circunstancias más favorables, y con tal fin se dirigió á Córdova, donde como en Portugal, se dedicó á dibujar mapas y hacer globos geográficos, para ganar algo menos que modestamente la vida.

Relegado por su posición á las últimas gradas del círculo social, pasaba desapercibido y completamente desconocido, en medio de esa multitud de hombres y de mujeres que se cruzaban en las calles de Córdova, aguijoneados unos por la ambición, otros por los negocios, otros por los placeres, subiendo y bajando libremente, interrumpidos sólo por el rüido de sus

pasos, el eco de una sonrisa, ó las miradas de través de los unos para los otros.

Colón, alejado hasta cierto punto de esa multitud que se agitaba en la oscuridad de sus preocupaciones, se aproximaba más de su pensamiento, que las llamas del hogar conservaban más en ebullición. Olvidado como marino, encontró en la laboriosidad del artista el sustento de la vida: su política y su filosofía lo preservaron para llenar su misión.

CAPITULO XXXVII

CONDUCTA OBSERVADA POR COLÓN.—LOS DOS PROTECTORES.—LA REINA Y EL REY OYEN Á COLÓN.—EL GENOVÉS HACE BRILLAR LA EXPRESIÓN DE SUS IDEAS.—REFUTACIÓN DE LA EXPOSICIÓN.—CITA DE CHARTON.—ACUSACIÓN DE HEREJÍA.—EL DOCTOR HOEFER.—EL PSALMO 103 Y 104.—TEORÍAS ANTIGUAS.—MANUSCRITO CITADO POR SANTAREM.—EL NAVEGANTE CONVERTIDO EN POLÍTICO DISCRETO.

La vida del Genovés se pasaba entre la soledad, el trabajo y la idea que se había convertido en una debilidad que debía morir con él. Ni un día, ni una hora se pasaba, sin que el pensamiento interrogara á su idea, y la idea á sus teorías y á sus prácticas. En su conversación con las pocas personas con quienes trataba; en su correspondencia familiar ó sobre su negocio, no faltaba nunca una frase, un fragmento histórico, una forma que revelase la preocupación de su pensamiento en la realización de su proyecto, ó del milagro de sus sueños; aquello no era el fenómeno de la visión fantástica de la imaginación que no tiene realidad, sino el sentimiento de la realidad que dilataba su esperanza.

Aspiraba y ponía todos los medios posibles para procurarse en el espíritu de la población, del Clero, de las personas relacionadas en la Corte, y aun de los miembros de la nobleza,

cierta consideración que le sirviese para apoyar y justificar su idea.

En efecto: la ocasión se presenta, y por uno de esos esfuerzos supremos que producen los milagros de la voluntad, Colón logra interesar á su favor y constituirse en sus protectores al Duque de Medina-Celi, y á Don Pedro González de Mendoza, gran Cardenal de España; este alto personaje era á la vez Arzobispo de Toledo, á quien Fernando é Isabel acordaban toda su confianza, y estaba siempre al lado de ellos, en paz y en guerra.

Desde que el prelado se encargó de presentar á Colón á la reina Isabel y al rey Fernando, él comprendió que los motivos combinados del interés y de la religión, darían á su empresa un valor de mucha consideración, interesando en ella la piedad de los reyes y la concupiscencia disfrazada con un bello ropaje.

La reina y el rey oyeron á Colón, y convocaron en Salamanca en el Convento Dominicano de San Esteban, profesores de matemática, de astronomía, de teología, frailes la mayor parte, con dignatarios de la Iglesia y otros hombres inteligentes.

Colón presenta su idea; fija los medios de desarrollarla llevándola á su feliz resultado, y apoya la ejecución de su plan con razones á su entender irreprochables, en que la severidad de su carácter y el conjunto de sus experiencias, se avenían perfectamente con la rectitud de sus sentimientos religiosos. Hace brillar la expresión de sus ideas adaptadas á la fe de su conciencia que le proporcionaría su salud para el Cielo y su bienestar sobre la tierra. «Un vivo sentimiento religioso viene á mezclarse con los argumentos científicos; él se cree como un enviado del Cielo, y ve el descubrimiento que él medita anunciado por las Santas Escrituras, é indicado á grandes rasgos en la revelación mística de los Profetas». (1)

Todos esos motivos fueron combinados con tal naturalidad y elocuencia, que la exaltación de los reyes fué llevada por un esfuerzo supremo de su voluntad, hasta donde sus facultades se lo permitían, por haber de asegurar en esa ocasión, acaso

(1) WASHINGTON IRVING, Vida de Cristóbal Colón.

única que la suerte le presentaba, la probabilidad de llevar á efecto su proyecto.

La exposición del Genovés, fué toda refutada con argumentos sacados de los textos bíblicos, autores sagrados y la práctica de navegantes circunscrita á las nociones generales de la época. «Los unos, dice Mr. Charton, (1) negaban, como Lactancio y San Agustín, la forma esférica de la Tierra y la existencia de los antípodas; los otros aun admitiendo la esferoicidad del planeta, contradecían la posibilidad de comunicar con un hemisferio opuesto, en razón, fuese de la calor, fuese de la longitud del viaje por mar, fuese en fin, porque, si se llegaba á descender del otro lado del círculo, no podría jamás volverse á remontar.

Esta era, evidentemente, la fe fija en la letra de los libros santos que formaban la base de su argumentación; y esto tendía nada menos que, á insinuar contra el gran navegante, la terrible acusación de herejía».

Para penetrarse del carácter y de la esencia de la argumentación conque se refutaba á Colón la teoría de sus ideas, dejemos hablar antes de continuar, al Doctor Hoefer, en su *Nueva geografía general:*

«Según la Biblia (Psalmo 103 y 104) la tierra es una superficie plana, suspendida milagrosamente en el espacio, y sostenida por la voluntad de Dios. En la geografía de Homero, la tierra es un disco plano rodeado por el Océano. Leucippe enseñaba que la tierra era plana. (En esas teorías, las más antiguas de todas, aún no era cuestión de la tierra de los Antípodas: Pomponius Mela, Macrobio, Isidoro de Sevilla, fueron los primeros que hablaron). Pero si la Tierra era un disco ¿qué forma le daban? Según los unos, el disco era redondo; según los otros, el disco era cuadrado; otros, en fin, por conciliar esas dos opiniones, daban á la Tierra la forma de un círculo inscrito en un cuadro. Posidonius la creía ovalada. Había quien la representara bajo la forma de un manto antiguo llamado *Chlamyde.* Según un manuscrito del siglo VII, citado por M. de Santarem, *la Tierra tiene la forma de un cono ó de un trompo, por manera que su superficie va, según ese sistema, elevándose del*

(1) *Viajeros antiguos y modernos.*

mediodía al norte, quedando en la parte septentrional la cima del cono, y detrás de éste el sol se oculta durante la noche».....

Tales eran las fuentes en que habían tomado la inspiración los contendores de Colón para combatir toda su argumentación, y no se necesitaba más, para hacer que el gran navegante rompiera con los escrúpulos de su conciencia, obligándole á protestar contra todas esas cenizas frías de la ignorancia, y hasta sublevarse contra esa ostentación de una pasión fanática que pretendía nada menos que ahogar la verdad de los hechos y de las experiencias. Pero el Genovés flexible en medio de su firmeza, político discreto, evade con arte y con prudencia los escollos de la discusión en los cuales se pretendía hacerle zozobrar; y para responder á ese cúmulo de falsas teorías, él no titubea un momento en dar principio á su réplica, con una protesta enérgica de su profundo respeto por los textos sagrados; luego, procurando excitar su inspiración por tanto tiempo reprimida, elevándose por decirlo así sobre sí mismo, alega á su vez, el contenido de muchos otros textos, recogidos en diferentes lugares (1), añadiendo que, en las diversas profesiones científicas ó artísticas á que los hombres se destinaban, la práctica ó sea la experiencia, tenía también sus legítimos derechos, que era necesario respetar.....

---

(1) En la Biblioteca Colombina en Sevilla, se encuentran las notas atribuidas á Cristóbal Colón.

CAPITULO XXXVIII

ULTIMO ESFUERZO DE COLÓN.—VENCE EL PROFESOR DEZA.—COLÓN SE SALVA DE LA INQUISICIÓN.—SITUACIÓN DE ESPAÑA.—LA PARADA Ó EL ENVITE.

TRATÁBASE nada menos que de someter á la razón y á la verdad, cortesanos atrafagados de importancia, por un hombre de la más humilde condición de la vida humana; todo sin embargo, parecía conspirar en aquella discusión contra el proyecto del Genovés, cuando emocionado en apariencia por el calor del debate, y el embarazo que le imponía la presencia de aquellas grandes dignidades que le contradecían, dirigiéndose hacia el personaje que las miradas de los contendores le designaban como el de las influencias en aquel consejo, Don Diego de Deza, entonces profesor de filosofía, después Arzobispo de Toledo, refiere todas las observaciones hechas por él mismo en distintas épocas y en diferentes lugares en sus numerosos viajes; las de otros navegantes que le habían precedido, y algunos de esa misma época; y por último, reuniendo como en un cuadro histórico, semejante al cuadro poético de la aparición Apocalíptica, un cúmulo de hechos, de inducciones, de cálculos, de proporciones, de referencias, logra desquiciar en su base algunos de los miembros de la asamblea, entre otros el profesor Deza.

Colón acababa de obtener un triunfo pero no una decisión; había logrado herir las tinieblas de la preocupación, sin domar sus resabios; la mayor parte de aquellos hombres, convencidos ó no, aparentaron ostentar fidelidad á las preocupaciones teológicas, y el estudio del proyecto quedó diferido indefinidamente.

Colón había obtenido un triunfo, hemos dicho, y no puede juzgarse menos el hecho de haber escapado á las garras terribles y formidables de la Inquisición, que más de una vez pretendió tenderle lazos para apoderarse de él. Derrotado, pero no vencido, él podía, á pesar de sus cincuenta años, dar tiempo á esas cosas que la paciencia funde como el metal sobre el fuego, y que gasta las dificultades como el uso los resortes de una máquina. Por otra parte, la situación jadeante de la España, preocupaba los reyes católicos que querían lanzar fuera del país los Moros, y terminar con la religión musulmana.

En esos momentos, y sobre todo en España en que la Inquisición derramaba la sangre á torrentes, no se pensaba en la inviolabilidad mutua como base de la paz sobre la cual deben reposar los pueblos. Violar esa base, parecía no ser entonces una iniquidad; hacer la guerra y derramar la sangre humana á manos llenas, sea con el pretexto del derecho, de la opinión, de un sistema como lo hacía el gobierno; sea con el pretexto de religión, para expropiar y arrebatar las fortunas, ó el de la fantasía y la vanidad, como lo hacía la Inquisición, era una bagatela que no repugnaba ni á los legos, ni á los hombres constituidos en ministros del altar.

Los reyes Isabel y Fernando resolvieron la cruzada contra los Moros, que concluyó por la toma de Granada; y Colón que tomó parte en ese juego de sangre humana en que *la parada ó el envite*, como dicen *los artistas de esa profesión*, es la vida de las criaturas, «vió colocar sobre la Alhambra la Cruz de Cristo, y obtuvo de los dos soberanos victoriosos, por su denuedo y valor, una atención más simpática, más continua y más eficaz».

CAPITULO XXXIX

INSISTE COLÓN EN SU IDEA CON LOS REYES.—NOMBRAMIENTO DE UNA COMISIÓN.—BASES DEL CONVENIO.—LAS EXIGENCIAS DE COLÓN SE DECLARAN INADMISIBLES.—INSISTENCIA HONROSA DE COLÓN.

Colón quiso aprovecharse de la buena disposición en que se encontraban los reyes para con él, en virtud de su comportamiento en la guerra y toma de Granada, é insistió de nuevo en la realización de su proyecto. En esa vez las cosas marcharon de distinta manera; pero poco faltó el que fuese Colón el culpable del fracaso de la idea.

Los reyes nombraron una comisión que se entendiera con él, y estipularan las bases de sus compromisos.

Colón principió pidiendo la investidura de los títulos y privilegios de Almirante y de Vi-rey de los países que descubriera; él no reflexionó que esa proposición era una batalla librada por él y contra él mismo, en que dejaba entrever sentimientos poco liberales, con visos de ambición al parecer poco justificables, al poder y á la grandeza.

Otra de las proposiciones que seguía á la anterior, era la décima parte de todos los beneficios de la empresa. Esta proposición aisladamente, no nos parece desmesurada, atendidos los grandes y peligrosos inconvenientes conque probablemente

iba á tropezar antes de encontrar las tierras que se prometía; y más luego, las dificultades para recoger esos mismos beneficios. Pero ella, no obstante, al lado ó en seguidas de la primera, parecieron ambas extraordinarias, y así fué declarado que: «Semejantes proposiciones que envolvían grandes pretensiones de parte de un extranjero, sin nobleza, pobre, no teniendo ningún otro título que un proyecto muy contestado, eran exorbitantes y en consecuencia inadmisibles».

Tratóse de modificar las condiciones en términos más moderados y honrosos para ambas partes, según la opinión de la generalidad de los cortesanos; pero Colón sostuvo obstinadamente las bases propuestas por él, considerando toda modificación *como vergonzosa é indigna de la grandeza de su empresa.*

Había, en verdad, algo de profundo respeto, algo de veneración de la parte de Colón por su obra, que mezclándose con su interés, lo que acaso en su imaginación no se operaba sino como un homenaje de respeto debido á su providencial misión, tenía toda la apariencia de una desmesurada ambición; y prueba incuestionablemente lo primero, es decir, el gran respeto que tributaba él á la realización de su obra, que á riesgo de continuar hasta el término de sus días la vida de afrentas y de disgustos que llevaba hacían ya tántos años, y dejar al fin sin ejecución su gran proyecto, rehusó con noble entereza, suscribir las modificaciones propuestas, como indignas de su obra y de su personalidad.

Colón, dícese, se retiró un tanto desagradado; se despidió de la Corte, y se fué de Granada.

CAPITULO XL

COLÓN RESUELVE IR Á FRANCIA Ó Á INGLATERRA.—IMPRESIÓN PROFUNDA DE LOS AMIGOS DE COLÓN.—COLÓN EN EL CONVENTO, Y EL PRIOR EN GRANADA.—EL CONSEJO DE ESTADO.—LOS TRES DEFENSORES DEL GENOVÉS.—ISABEL SE DECLARA PROTECTORA DE LA EMPRESA.—A LO QUE SE REDUCÍA EL EQUIPO DE LA EMPRESA.—REINA ÚNICA EN LA HISTORIA.—CORREO ENVIADO POR ISABEL.—COLÓN HACE MAYORES EXIGENCIAS.—LO ESTIPULADO EN EL CONTRATO.

Luego que Colón salió de Granada, cualquiera otro hombre, dada las circunstancias por las cuales había atravesado, habría experimentado oscilaciones, inquietudes, dudas, temor de rivalidad; la meditación habría encontrado anomalías en su conducta; todo lo contrario sucede en ese hombre extraordinario, un exceso de impulsión, un exceso de resistencia le hacen resolver ir á Francia á ofrecer á Carlos VIII, ó á Inglaterra á Henrique VII, lo que los reyes de Aragón y de Castilla habían rehusado.

Esta determinación de Colón, no carecía de fundamento, y aun era lógico su pensamiento, toda vez que él había recibido del rey de Francia, precedentemente, una carta muy honrosa en la que aquel soberano le animaba á seguir con perseverancia su proyecto.

Al circular la noticia del fracaso de la empresa de Co-

lón, y la negativa de los reyes, el sentimiento de sus amigos fué profundo, y muchos corrieron á implorar de los monarcas la continuación de aquel negocio, glorioso para la corona, provechoso para el país, y que presentaba al mismo tiempo todas las probabilidades de un éxito feliz.

El Genovés se dirigió al Convento de la Rabida, sin duda para decir á su protector el Prior, el término que habían tenido las cosas, y tomar su hijo Diego para ir con él á Francia. Pero el guardián, Fray Juan Pérez de Marchena, religioso de una verdadera virtud y de un noble corazón le detuvo mientras él iba á hablar con la reina y persuadirla de la grande importancia que era para España la realización del proyecto de Colón. Con tal objeto se fué, pues, inmediatamente á Granada, habló con la reina exponiéndole las ventajas y beneficios que traería al reino y á la religión el descubrimiento de un nuevo hemisferio; é Isabel, princesa de un entendimiento viril, sintió inmediatamente el peso de las razones expuestas por Marchena, y le exigió que condujese de nuevo á Colón á la corte, donde reuniría el Consejo de Estado, para considerar otra vez las proposiciones singulares del marino extranjero.

Apoyaban el proyecto y las proposiciones de Colón, el Prior ó guardián del Convento de la Rabida á quien Isabel estimaba en alto grado; Santangelo, que era el racionero y estaba dispuesto á ayudar y vencer la dificultad económica, que inquietaba siempre á la España; y Alejandro Geraldini, hermano del Nuncio, y preceptor de la Infanta.

Este último hizo ver en el Consejo al Cardenal Mendoza, que no era la opinión ni de San Agustín, ni del Lirano, que no habían sido nunca ni cosmógrafos, ni navegantes, las que que podían tomarse como infalibles, para decidir en una cuestión en la que existían poderosas razones contrarias á la opinión de aquéllos; y después de muchas otras reflexiones en que se hacía observar, que ese era un negocio que correspondía más á los reyes que á simples particulares, y que á ellos correspondía meditar los peligros y misterios de tal empresa.

Isabel se rindió á esos argumentos y se declaró resuelta á proteger la empresa, siempre que pudiera obtener el con-

sentimiento de su real esposo. Fernando, á quien ella se encargaba de convencer, manifestaba siempre algunas dudas, y miraba con frialdad el proyecto. Las finanzas, decía, habían sido completamente agotadas por la guerra, y era necesario por lo menos dar tiempo á que se repusieran.

—¡«Y bien!» responde entonces Isabel, «si la cuestión se reduce sólo á dinero, no temáis nada por el tesoro de vuestro reino de Aragón; yo me encargo de la empresa para mi propia corona de Castilla; y en caso de urgencia para encontrar los fondos necesarios, yo empeñaré mis joyas!».....

Sublime razgo de generosidad en una reina, que hará siempre honor á su memoria!.....

Por último se resolvió preguntar á Colón, cual sería la suma de dinero, y cuales los aparejos para la tentativa.

Aquel respondió que *tres mil escudos y dos naves.*

Santangelo, ó sea el racionero, ofreció tomar bajo su responsabilidad la suma para el armamento; pero la reina orgullosa y bien dispuesta en esos momentos, no quiso que otro se vanagloriara de ser el que suministrara los recursos para la empresa, y ofreció darlos por su cuenta.

¡Qué destino!..... ¡Hé ahí una reina única acaso en la historia; prudente; reflexiva; abnegada; admiradora del valor, del genio y de la constancia; previendo y deseando la felicidad de su pueblo; revelando á los que le rodeaban un sentimiento que dejaremos á la consideración de cada cual la libertad de juzgarlo. Y si á eso se une sus visitas á los monasterios para fortificar á los servidores del culto; á los hospicios para socorrerlos; á los templos para dar buen ejemplo; á las casas de educación de ambos sexos, para estimular á los jóvenes y vigilar los maestros; y la protección y el favor que nunca faltaba á los que se lo exigían, se comprende las bendiciones que la benevolencia de la reina hacía caer sobre su corona.

Isabel reflexionando acaso con más sabiduría, como deben meditarse las grandes cosas; mezclando en su pensamiento la gratitud, soplo depurado de nuestros actos, de nuestras vanidades y de nuestras glorias, que la suprema Divinidad nos retribuye, envió un correo expreso exigiéndole á Colón que

retrocediera, haciéndole comprender con esta medida, que estaba dispuesta á acordarle la gracia que él exigía. Colón, avisado, dedujo demasiado las ventajas que le proporcionaba ese paso dado por la reina, y resolvió aprovecharse de él; para hacer mayores exigencias, que ponían de manifiesto su ambición.

Llega, por fin, el momento tan deseado por él, la hora suprema que ocultaba el misterioso secreto del porvenir.

El 17 de abril de 1492, fué firmado en Santa Fe en la *Vega de Granada*, el tratado que acordaba á Colón las remuneraciones que exigía, tales eran:

«Que tendría para él durante su vida, y para sus herederos y sucesores á perpetuidad, el empleo de Almirante sobre todas las tierras que él pudiera descubrir ó adquirir en el Océano.»

«Que sería el gobernador general y Vi-rey de todas esas tierras.»

«Que tendría la décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y todo género de sustancias alimenticias, drogas, animales, mercancías de todas clases obtenidas de *cualquier manera que se pudiera.*» (Esto habla muy alto!)

Además, el último artículo lo autorizaba para que, previa su propuesta, «hacer el avance de la octava parte de los gastos de armamento, mediante el derecho de una octava parte más de los beneficios,» y otros emolumentos, como puede verse en el Documento Nº 1º

CAPITULO XLI

La primera impresión.—Por lo que fué rechazado el proyecto.—Apreciación del Contrato.—El título de Almirante.—Documento Nº I.—Colón se asocia á un Capitalista.—De lo que se componía la expedición.—Salida de la expedición.

La primera impresión al leer las bases sobre las cuales fijaba Colón la ejecución por su parte del tan suspirado proyecto, se presenta ciertamente como la que se experimenta en presencia de un triste exceso de ambición y vanidad personal, que la religión y la nobleza de alma, corrigen para que se supriman en aquellos en quienes debe imperar la razón y sobre todo el sentimiento de la abnegación que se une á la aspiración de una verdadera gloria.

Hay algo en el estipendio que excede, por decirlo así, á una justa remuneración del trabajo por el cual se exigía; bien que la práctica de otras cosas podía hacer aceptar sin escrúpulo. Privilegios algo semejantes acordaba la corte de Lisboa á los descubridores de Islas; y la dignidad de Almirante era necesaria á un capitán que debía conducir una escuadra á mares desconocidos. (1)

Así, había además de ese fuerte estipendio, una circunstancia que se trató de disputar á Colón, y por la cual se le

(1) Cod: Dipl:, Intr: pág: XXVIII.

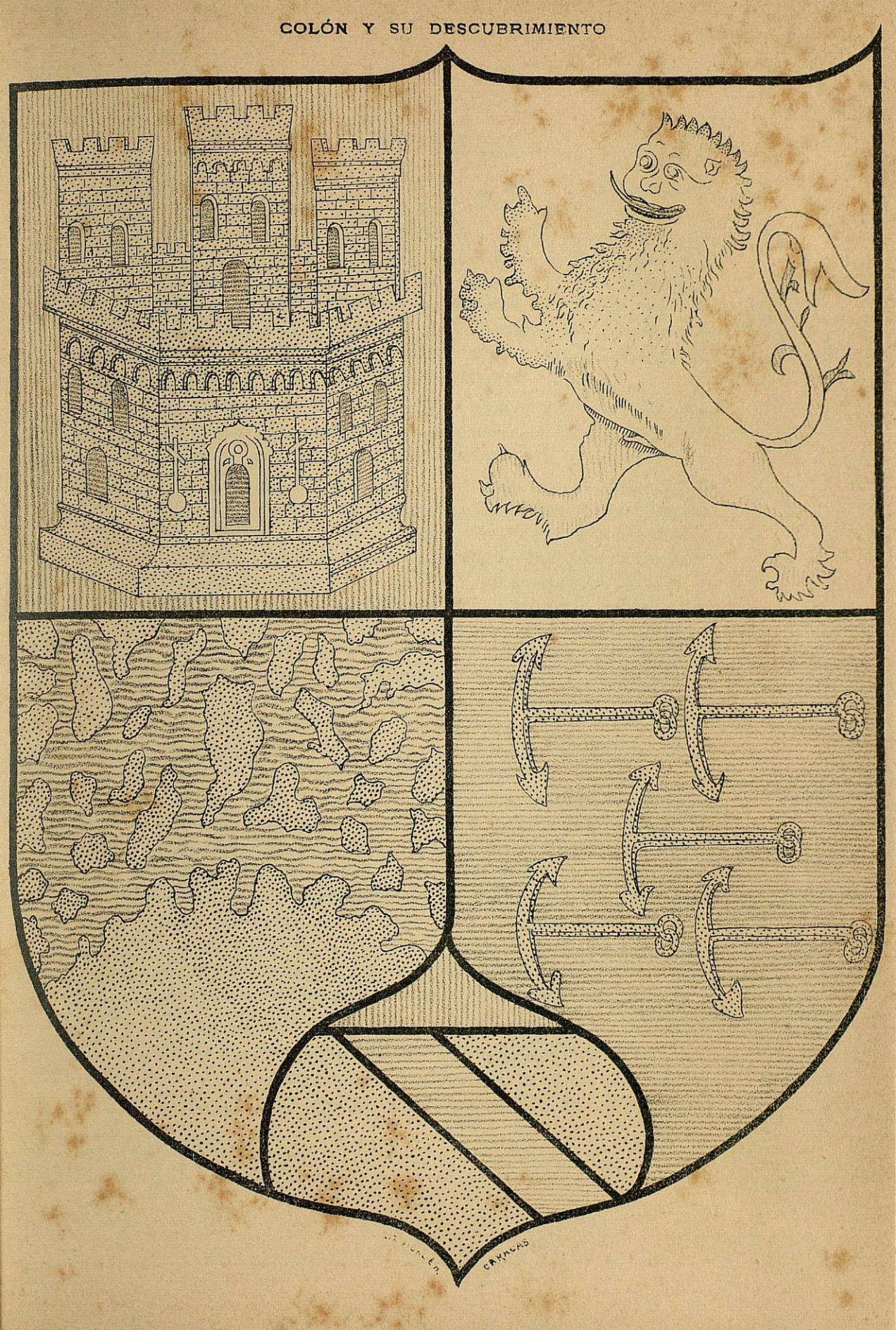
despidió sin aceptación cuando se le oyó por primera vez; tal era la de ser extranjero á quien se le otorgara aquello que en un hijo del país habría podido pasar, no sin dejar de ser considerada siempre como una pretensión exagerada.

Colón, instruido como el que más en todo aquello que directa ó inderectamente pudiera relacionarse con su proyecto, conocía y sabía cuanto pudiera existir con relación á las prácticas legales observadas en España, como en Portugal, en Italia, etc. Y es muy posible que á cualquiera de las otras naciones á que tuvo la intención de dirigirse, y aun se dirigió como al Portugal y á su propia patria Génova, habría hecho las mismas exigencias, lo que no disminuye la esencia de la cosa que amerita la censura. Las estipulaciones de los gajes no tendrían nada de extraordinario consideradas separada y mercantilmente, sobre todo si se comparan con los peligros, las privaciones, los sufrimientos, las angustias de todo género, los tormentos que van á desarrollarse en el curso de la ejecución del grandioso proyecto. Apenas si podrían tildarse de vanidad los títulos y honores que exigió, si se ignora que esos mismos títulos habían sido acordados á otros, que en nada podían comparar el valor de sus servicios, con la importancia y valor de los que Colón se comprometía á prestar.

El título de «Almirante» que de hecho le correspondía, así por el carácter del proyecto que iba á realizar, como por su importancia en fe de marino que ningún otro había alcanzado como él, no podía permitir, por honor como por justicia, que fuesen á disminuirse en su personalidad las prerrogativas, distinciones, honores y privilegios consiguientes á tal dignidad, lo que habría sido una debilidad imperdonable en un personaje de las condiciones de Colón.

Lo de «Gobernador general, y Vi-rey de todas esas tierras,» es algo más que gaje en el negocio, es en verdad la ambición al poder y al mando que se revelan de una manera censurable; y si á eso se agrega aquello de «*las mercancías obtenidas de cualquier manera que se pudiera,*» es evidente que la censura no puede dejar de tener cabida con justicia.

Las preeminencias y todo lo concerniente á ese alto empleo, del cual quedaba ya en posesión por efecto del contrato, deben ser conocidas por los lectores del libro que relata la


CARVALLAS

obra realizada por Colón; le damos cabida en el Documento Número II, haciéndolo preceder del acto de dos Alcaldes ordinarios y un escribano público con testigo, que constituía lo que entre nosotros hoy, llamamos la «*Oficina de Registro público;*» por ese documento se verá que todos los honores, preeminencias, distinciones, emolumentos, derechos, privilegios, señoríos, etc., correspondían de derecho á la dignidad del Almirante de Castilia; y siendo Colón el Almirante del mar Océano, no debía consentir que fuesen disminuidos en él.

Como se ve, el gran navegante no se dormía sobre la paja; y en tanto que seguía con admirable tesón la vía espinosa de la gloria, no descuidaba la breña de la fortuna.

De ordinario se ve que en los casos en que el favorecido para una empresa no tiene los fondos suficientes para afrontarla, se asocia á un tercero que le favorezca. Esto hizo Colón, asociándose á un capitalista que le suministrara los fondos necesarios para equipar de hombres y de forraje, los buques de que debía componerse la expedición; y al efecto firmó un contrato con un rico navegante, miembro de una familia de armadores establecidos después de mucho tiempo en Andalucía, de nombre Martín Alonso Pinson. Este asoció á su vez dos de sus hermanos á la expedición, que se componía de dos Carabelas armadas que habían suministrado por orden de la Corona, los habitantes del *Puerto de Palos*, y una tercera embarcación mayor, armada por Alonso Pinson.

Por último, resuelta y arreglada finalmente la suspirada expedición, que costó á Colón cerca de siete años de suplicio, de contrariedades terribles, de manejos é intrigas en la corte de España, de privaciones indecibles, de grillos y cadenas, y de desengaños, que consumieron como el fuego el aceite de la lámpara de su vida.

Para el 1º de agosto de 1492, Colón había logrado á fuerza de perseverancia, vencer todas las dificultades y reunir todos los preparativos posibles, ya que no era todo lo que él deseaba.

El día 2 fué consagrado por él y la mayor parte de la tripulación á actos religiosos indispensables en aquella época; y

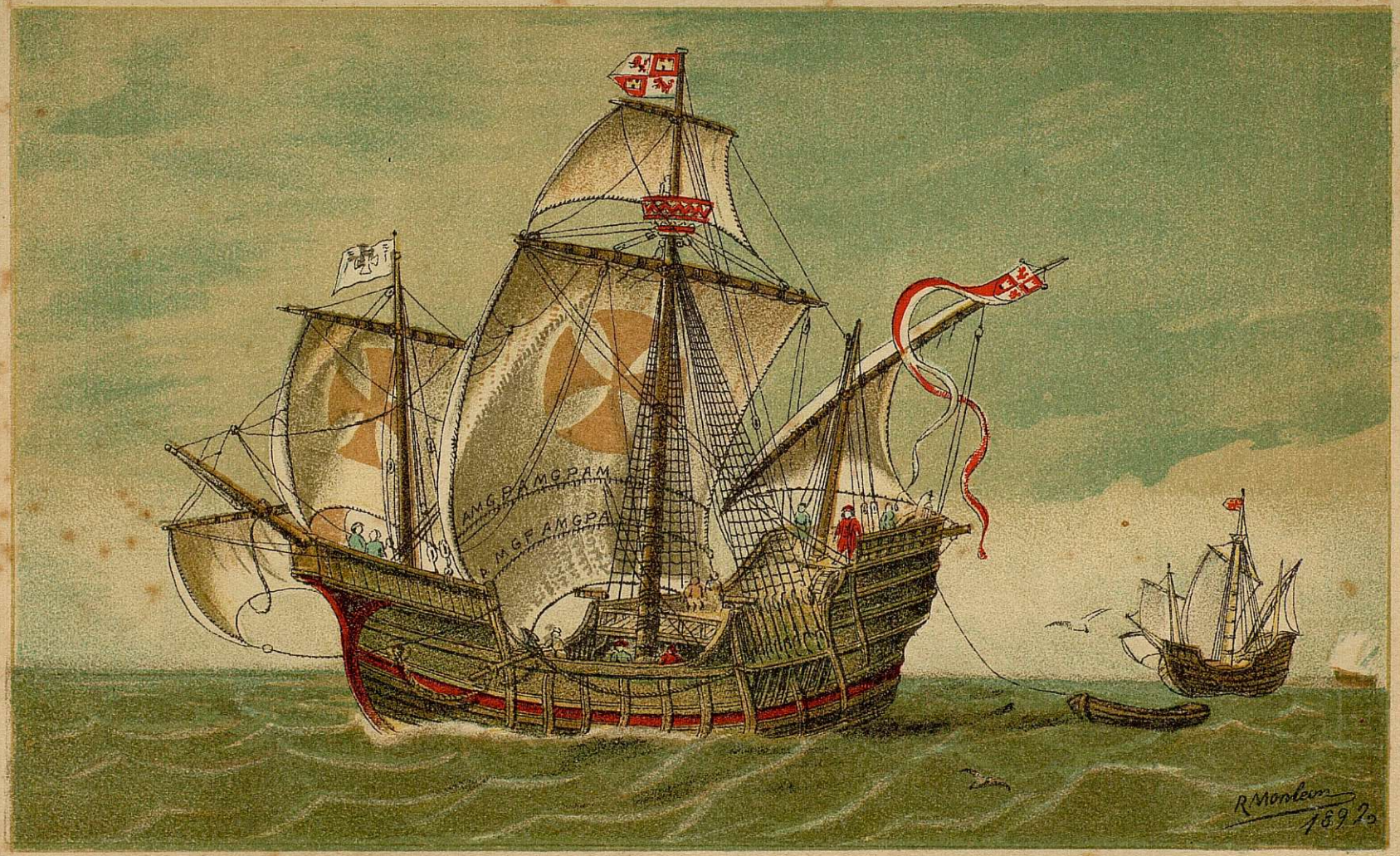
El viernes 3 muy por la mañana, á la salida del Sol que se levanta, vió resplandecer y moverse bajo los rayos ambien-

tes de la luz dorada que bañaba su frente como la del Partenón de Fidias en Atenas, las tres Carabelas que salían del Puertecito de Palos, embarcaciones ligeras que iban á través de mares desconocidos, en pos de los ricos y abundantes dominios del gran Khan, la gran Isla de Zipan-Gou, el Cathay y el Mangi.....

¡Qué bella ha debido parecerle esa mañana!.....

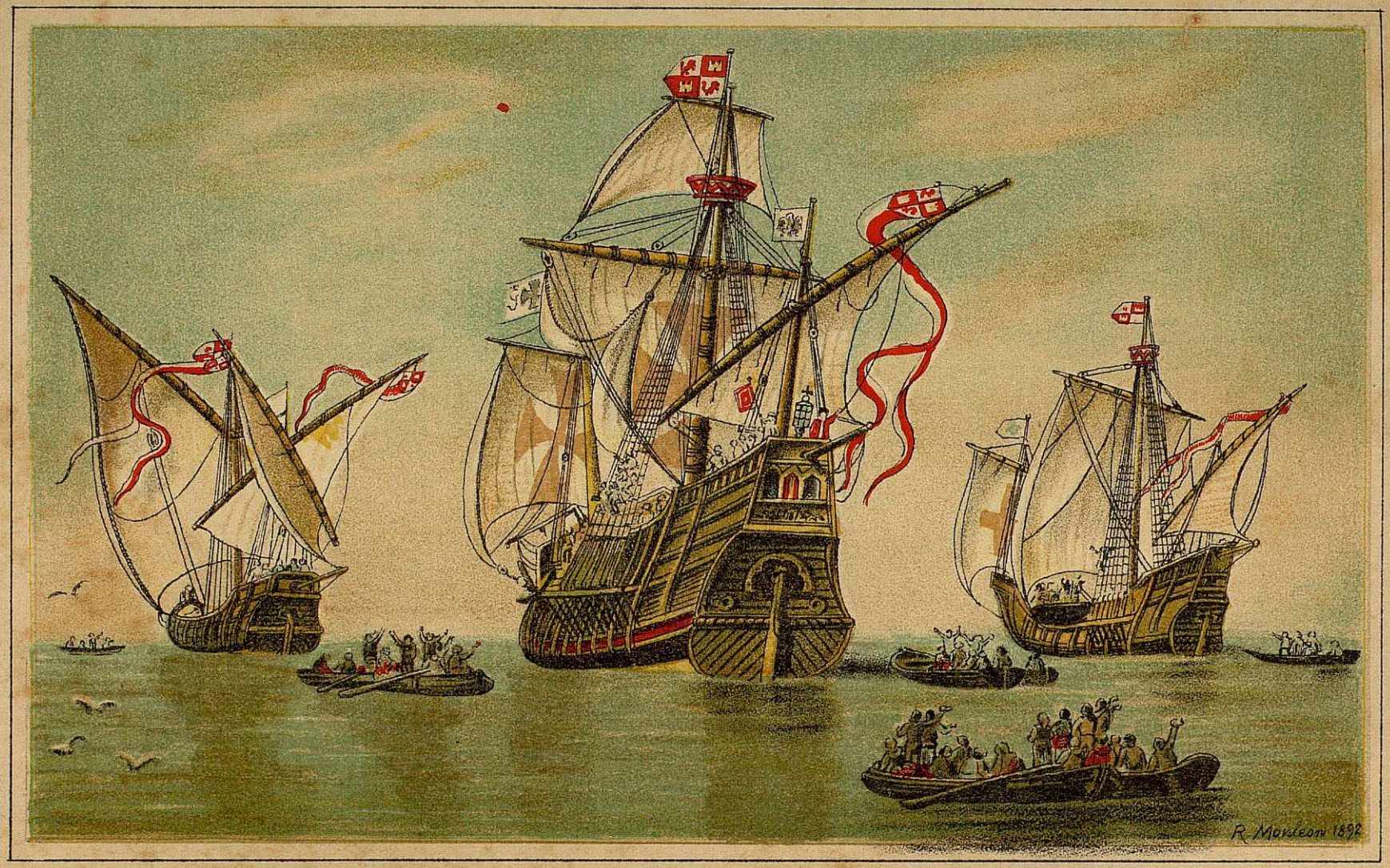
La naturaleza y el arte con él incorporados han debido producir esa impresión que forma hasta cierto punto, una especie de huella que no se borra jamás, como se ve en las piedras que han sido talladas una vez.

El día de esa salida no ha debido ser para Colón semejante á ninguno de los otros en que anteriormente había salido á navegar, inclusive la primera vez; él ha debido experimentar una de esas conmociones del alma que se repercuten sobre toda una vida.



LIT. VIDAL È H.- CARACAS.

LA NAO "STA. MARÍA"



LIT. VIDAL É H. - CARACAS.

LA "PINTA" LA "STA. MARÍA" LA "NIÑA"

CAPITULO XLII

El viajero contemplado.—Lo que eran las tres Carabelas.—El instinto y el arrebatamiento del genio.—Los nombres de las Carabelas.—Etimología del nombre Canarias.—Colón abandona las vías conocidas.—La tripulación se entrega á un sombrío desaliento.—Cita del poeta Salazar.—Quimeras tradicionales.—Relación dialogada de desesperación.—Colón reanima su gente.—La calma vuelve.

La imaginación se pasma ante ese cúmulo de dificultades y peligros, principiados á vencer por el gran navegante; necesitábase que, no sólo la naturaleza moral sí que la física, se correspondiesen en fuerza y en grandeza en ese hombre extraordinario; tal poder, tal fuerza, tal vehemencia, tal genio suponen en esos hombres indispensables y raros en el gran escenario del mundo, no sólo los milagros del esfuerzo, del estudio, de una educación especial, rigurosa y pacientemente surgida de su profesión, sí que como complemento necesario á todo eso, sentimientos fantásticos que no se producen, que no pueden producirse sino por el tiempo en que se vive.

Cuando se piensa que la más grande de las tres naves de que se componía la pequeña escuadra que mandaba Colón, el único buque que tenía puente, (así se ha dicho) alcanzaba las dimensiones de los menos notables de nuestros

guarda-costas de hoy, y las otras dos carabelas, no eran otra cosa que dos grandes lanchas ó chalupas, semejantes á nuestras piraguas, con vela latina; sin cartas marinas, sin conocimiento de las corrientes, sin experiencia anterior de otros peligros, producidos por otros mares; cuando se piensa en todo eso y en las convulsiones del alma que han debido experimentar todos aquellos que no eran Colón; al oir esos gemidos estupendos salidos de las entrañas de la inmensidad del Océano; de ese eco convulsivo que parte de la cólera del rayo para repercutirse una tras otra en esa multitud de ondas, más grandes las unas que las otras, más impetuosas y elevadas, no puede uno dejar de exclamar: *hé ahí algo de más grande que el valor,*.....el misterio.....y el arrebatamiento del genio!.....

En el más grande de esos tres buques al cual se le dió el nombre de SANTA MARÍA, iba Colón y enarboló el pabellón de Almirante; en las otras dos naves, la *Pinta* y la *Niña*, iban los dos hermanos, Alonso y Francisco Pinsón, comandantes de cada una de ellas.

Pero entremos en algunos detalles necesarios.

Es incuestionable que las *Carabelas* en que el valeroso navegante Don Cristóbal Colón pudo al fin emprender su atrevida expedición, estaban distantes de ser lo que medianamente puede suponerse adecuadas para realizar tan peligrosa empresa; pero nunca hasta el caso de que, dos de las tres que se habían aparejado, fuesen unas simples lanchas ó malas barcas que carecían de cubierta, deprimiendo hasta ese grado el medio indispensable de que se sirvió el valeroso navegante, que, sin pensarlo, iba á presentar á la vista de sus contemporáneos la verdad de la existencia de un mundo, no conocido ni soñado.

Es verdad que sólo una de las *carabelas*, la en que navegaba Colón, puede apenas compararse con los tipos que presenta hoy el arte naval que no pasaba de la categoría de una *barca con cubierta*, y que correspondía perfectamente al medio material de que se servían entonces los navegantes; las otras dos pudieron haber sido mucho más adecuadas al servicio que iban á prestar, pero nunca hasta el extremo de no ir más allá de *barcas pequeñas* y *malas*, algo semejante

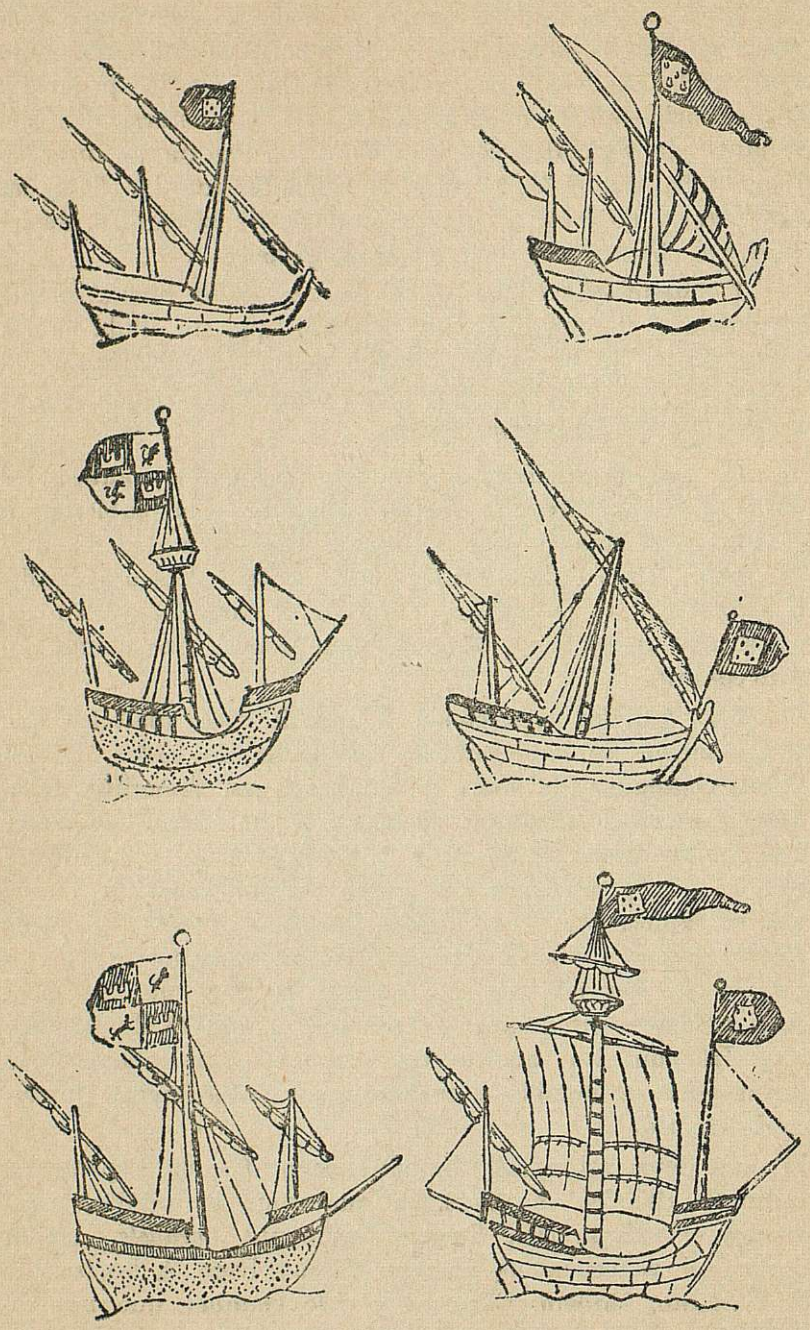
á lanchas aparejadas con limitado velamen. De resto, Colón tenía demasiada experiencia y se encontraba suficientemente aleccionado por otros navegantes anteriores, de los peligros y contingencias á que se exponía en una larga navegación sirviéndose de vehículos con los cuales no lograra alcanzar su objeto. En virtud de lo cual, es evidente que las llamadas CARABELAS, no eran ni grandes navíos, ni barquillas inadecuadas al objeto ó servicio que debían prestar.

Y puesto que tratamos de las *carabelas*, bueno es que remontemos al origen de este nombre, que sin duda habría desaparecido ha ya mucho tiempo de la nomenclatura naval castellana, si no se encontrara tan íntimamente ligada con el acontecimiento del descubrimiento.

El nombre *Carabela*, según los diccionarios náuticos, se define por «Embarcación ligera, con una sola cubierta, ó puente, popa llana y tres palos con velas latinas ó cuadradas usada en la Edad-Media;» pero á esto debemos añadir la etimología de la palabra *Carabela* ó *Caravela*, según los datos más auténticos y observaciones propias que hemos podido consultar.

Esta palabra corresponde á uno de esos dialectos que antiguamente se hablaban en casi todas las costas de Levante, compuesta de voces italianas, griegas, lemosinas, francesas y otras de diferentes pueblos que habitaban las costas del Mediterráneo, traída de la voz árabe *Karb*, y que á su vez trae su procedencia del griego vulgar *karabi* ó *karavi*, que se explica por *barco grande*, *bastimento*, *navío*; los griegos careciendo de la *v* escribían *karabi*, en tanto que los latinos, y en los idiomas neo-latinos, se hacía uso de la *v*. Esta diferencia ortográfica no alteraba el sentido de la palabra. Hé aquí los modelos del grupo de las embarcaciones que llevaban ese nombre, el cual tomamos de La Revista Ilustrada de Madrid.

Los datos sobre las Carabelas conocidas en España, no van más allá del año 1444, en que según la crónica, parece que el infante Don Enrique envió una *Carabela* mandada por el veneciano de nombre Vicente Lago, á las islas de Porto Santo, Madera, Canarias y Río Gambia, que recorrió 600 millas italianas en 36 horas, según Navarrete, en su *co-*



lección de viajes (tom. I); y las destinadas para largos viajes según se expresa el mismo Colón en su «Diario», tenían un aparejo completo, tal cual lo exigía el uso de aquella época, que consistía principalmente en velas cuadradas ó de cruz, como las llevaban *la Santa María* y *la Niña;* ó *Latina*, como las que arriaba *La Pinta*, según lo dice Colón en su «Diario»: «E hicieron *La Pinta redonda* porque era latina».

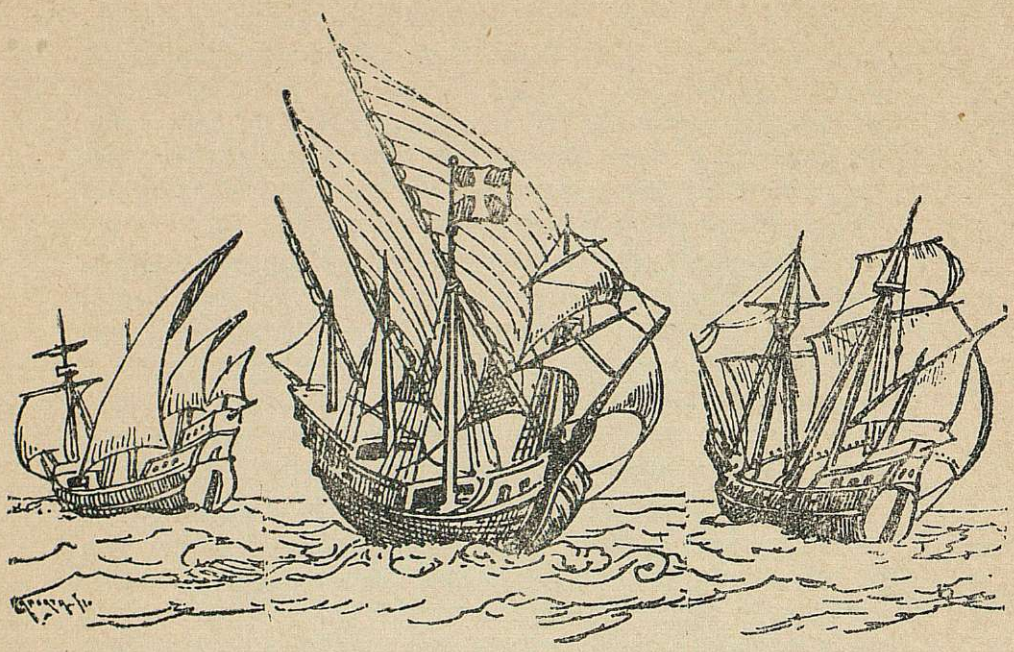
Este aparejo de velamen era muy adecuado, según se desprende de lo dicho por el mismo Colón en este pasaje; «E tornó á ventear muy amoroso, é yo llevaba *todas* mis velas de la Nao *maestra* con *dos binetas*, y vela *de gavia* y *trinquete* y *cebadera* y *mesana* y el batel por popa»; total cinco velas en tres palos y bauprés, como se ve en los grabados que presentamos copiados del periódico indicado.

Si Colón designó *la Santa María* en la cual navegaba, con el nombre de *Nao*, y con el de *Carabelas* las otras dos, no era porque sus aparejos fueran inferiores, sino para determinar la categoría y el orden entre ellas; *la Santa María* era la capitana, y tenía como las otras castillos en los extremos.

La marcha de las Carabelas, según el «Diario» del Almirante, variaba entre 8, 11, 12 y aun 15 millas por hora (mill. ital.) Estas Carabelas no se conservaron sino hasta fines del siglo XVII, en que poco á poco fueron desapareciendo.

El señor Fernandes Duro, nos dice entre otras cosas, que las Carabelas más afamadas no fueron las de los españoles, pero sí las de Portugal, donde probablemente tuvieron origen y eran barcos ligeros de forma y aparejos variados; y añade que, «las Carabelas de Colón eran mayores de lo que vulgarmente se cree; de marcha rápida, de construcción sólida, con castillos alterosos en popa y proa, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor y trinquete, latino en el mesana y cebadera, sin foques en el bauprés. (*Disquisicies náuticas*).

En resumen, y según el mismo señor Duro, *La Santa María*, era como decimos hoy, de porte de 100 á 120 toneladas; y medida la nave exteriormente, para que pudiera contener el número de toneladas que acabamos de indicar, era necesario que ella desplazara de 180 á 220 toneladas métricas actuales, de donde deduce el autor, que la *Santa Ma-*



ría puede compararse á «un bergantín de los comunes que fuera muy panzudo y lleno de popa».

No hay constancia sobre el número de toneladas que portaban *La Pinta* y *La Niña* que eran de menores dimensiones; mas todas llevaban, como las demás naves redondas, en lo alto del palo mayor una gran *cofa* ó *gavia*, lugar destinado para que se colocasen los vigías durante el tiempo de la navegación.

Las banderas que enarbolaban las tres Carabelas de Colón, siguiendo la costumbre de la época, entre otras, la principal y más constantemente usada, según se ve en los *cromos*, que las ponen de manifiesto con sus propios colores, y según se ve en las pinturas tomadas del cuadro de Juan de la Cosa, «era el estandarte de Castilla, cuartelado de blanco y rojo, con leones rojos coronados en el blanco, y castillos de oro en el rojo; y en el trinquete la bandera ó enseña de Colón que le fué dada por los Reyes Católicos, que mostraba una *cruz verde* sobre fondo blanco con una **F** y una **Y**, sobre

cada una de las cuales estaba colocada una corona, en cada extremo de los brazos de la cruz».

Para dar mayor realce á su carácter, el Almirante llevaba siempre cerca de él, como signo de mando y emblema de realeza, que enarbolaba en su propia mano, el *Pendón Real*, pequeña bandera, de damasco carmesí, orlada de franjas y flecos, en cuyo centro de ambas faces estaban pintadas, en la una, la imagen del Crucificado, y en la otra, la de Nuestra Señora, y con ella en la mano, fué que pisó por primera vez la tierra de lo que iba á llamarse más tarde *El Nuevo Mundo.*

El 6 de agosto llegó la expedición á las islas Canarias, y en tan pocos días, las averías en los buques eran tales que no permitían continuar el viaje, sin hacerles una notable reparación, y esto le hizo detener treinta días.

El 6 de setiembre salió de las islas *Canarias*, nombre que les dio su descubridor el normando Juan de Betancourt en el principio de ese mismo siglo, de donde se derivó más tarde el de *Canarias.*

Nada, sin embargo, inquietaba,—fuera de las halagüeñas esperanzas,—el espíritu de ese genio, de esa naturaleza que hacía violencia á su tiempo, y que brotaba de sí misma chispas reveladoras de la gran misión á que estaba destinado para que cumpliese.

Así, toma Colón á la derecha con rumbo al Oeste, abandonando las vías hasta entonces conocidas por los navegantes, que eran conocidas como los límites del mundo, para lanzarse en otras desconocidas, sin más guía que Dios en su camino.

Fué entonces que, reviviendo el recuerdo en la imaginación de sus compañeros de viaje, de todas aquellas tradiciones populares, hijas de una grotesca fantasía, que había poblado de fantasmas temibles esa misteriosa inmensidad, se entregaron á un sombrío desaliento, que les hacía deplorar su suerte y verter lágrimas amargas, por aquella tierra que contenía los objetos de su cariño, de su amor, que no volverían á ver jamás.

¿«Adónde váis—(dice nuestro poeta),—adónde váis, crüeles»?
Exclamaban con mísero lamento.
¿« Dejáis así vuestras esposas fieles,
No os hiere el alma el maternal acento?

(Salz. C. I., oct. 58).

Aquellos eran ya, se decían, los desiertos del abismo, en que el príncipe de las tinieblas; el dueño y señor del rayo que tronaba en medio de las caóticas tempestades; el que ataba y desataba las cadenas de los mares enfurecidos, tenía establecido su imperio. Desgraciado el mortal temerario que osara aventurarse en esa región, en medio de la cual surgían y desaparecían durante la oscuridad de la noche, islas que huían á la vista y á la aproximación de los navegantes. Hé ahí los primeros balbuceamientos de las nuevas contrariedades que iban á interponerse á la gloria de Colón; hé ahí esa nueva contrariedad en su situación, que, como en todas las grandes situaciones de la humanidad, desde el principio de los siglos hasta nosotros, y desde nosotros acaso hasta el fin de nuestra especie, tienen que pasar por la tragedia, que es la parte más interesante de las curiosidades de la historia.

¡Ah! Colón no pierde el equilibrio de su serenidad! Y á esa relación dialogada de sus compañeros, los unos repitiendo lo que los habitantes de las islas *Canare* referían sobre la aparición en el horizonte de la isla de *San Brandan;* los otros trayendo á la memoria de todos, las fábulas sobre las islas la *Antilia* ó de las *siete ciudades*, la de *Bracie* ó *Berzil*, (de donde definitivamente fijaron los portugueses el nombre *Basil* ó Brasil;) los otros, en fin, llenos de tristeza, de dudas, cuasi en la desesperación, creíanse ya en la isla *Verde*, ó en la *Maïda*, ó en la de la *Mano de Satanás*, en que el brazo de un formidable gigante, retenía las embarcaciones, é impedía que los marinos retornasen á su patria.

Colón, repetimos, no pierde el equilibrio de su serenidad; él les replica esas venalidades de la vulgaridad, y les muestra con razones fundadas en el estudio, que su filosofía le sugiere en aquel momento, ser todo lo contrario de lo que ellos temían ó esperaban; explicándoles las razones que ofre-

cían todas las probabilidades de un éxito el más satisfactorio, que no podía ser otro que el de llegar á esos lugares en que se encontraban tantas riquezas, cuantas ellos no tendrían suficientes medios para trasportar.

En seguidas, pensando que si esas escenas de temor principiaban tan temprano á manifestarse, en proporción que se fueran alejando más de la tierra, ellas se repetirían con una explosión más viva y menos considerada; resolvió disminuir en apariencia para los marineros, y aun para sus oficiales, la distancia recorrida en cada día.

La agitación en que se encontraban aquellas imaginaciones, de antemano conmovidas por las leyendas exageradas y siniestras, relativas á la mar oceánica, se calmó, y las inquietudes, aunque fuera en apariencia, habían desaparecido.

De resto, no era sólo en la parte vulgar de las poblaciones, donde habían encontrado asiento esas fábulas del abismo hirviendo como sobre un bracero; esas llamas saliendo de la tarasca de un gigante para aclarar la oscuridad de la noche; esa voz del Leviatan (la Ballena) más temible y mil veces más fuerte que la del Aquilón; esas islas surgidas en una noche y desaparecidas en la mañana siguiente; todas esas supersticiones; todos esos errores, se anidaban también en los espíritus cultivados.

CAPITULO XLIII

SITUACIÓN DE LA FLOTA EL 13 DE SEPTIEMBRE.—COLÓN EN PLENA EJECUCIÓN DE SU OBRA.—OBSERVACIÓN DEL HIJO DEL ALMIRANTE.—EL AUTOR DE LOS VIAJEROS ANTIGUOS Y MODERNOS.

TODO había nuevamente entrado en calma y en silencio; cada uno volvía de nuevo á tomar su ocupación; el dolor había cesado de gritar; el delirio impotente estaba sometido á la razón, y la desesperación volvía á tornarse en esperanza.

Tal era la situación en que se encontraba la tripulación de aquella pequeña flota el 13 de septiembre, á una distancia de más de doscientas leguas de las Islas Canarias, y más alejada de la tierra de lo que ningún navío hasta aquella época, se había atrevido á aventurar.

Pero no adelantemos los hechos; necesario se hace que el autor del descubrimiento, nos refiera con su *diario*, esos acontecimientos ó circunstancias ocurridas fuera de los confines de la naturaleza conocida, en esos abismos de espanto en que iban á penetrar, de ese mundo desconocido.

Un sentimiento, una sensación enteramente distintos de los de sus compañeros experimentaba Colón; acaso él era el único de todos en quien una verdadera alegría, le impedía el pensar en nuevos peligros, tal era la de encontrarse por la distancia

que le separaba de la tierra, en plena ejecución de su obra, sin que á nadie le fuera dable interrumpirle; pues había escapado ya á la persecución de las embarcaciones portuguesas, que se decía habían sido enviadas ó para impedirle el viaje, ó para compartir con él la ejecución de la gloriosa empresa.

Dice Don Fernando el hijo de Colón:

«El Almirante tuvo el cuidado, cuando emprendió su primer viaje, de escribir diariamente, todo lo que tenía lugar en la marcha; los vientos que soplaban, las corrientes que encontraba, los pájaros y los peces que tenía ocasión de observar»; sin duda alguna que igual cosa ha debido hacer en las tres expediciones posteriores; pero desgraciadamente esos diarios perdidos para la historia, apenas puede hacerse uso del diario de su primer viaje, y éste mismo no se conservó íntegramente; pues el Obispo Bartolomé de las Casas, creyó deber abreviarlo, citando sólo por intervalos algunos pasajes del texto sin modificación.

«La relación original, dice el autor de los *Viajeros antiguos y modernos*, debía ser de una gran extensión, pues la abreviación no forma menos de un tomo en folio conteniendo ciento y cincuenta y dos páginas, de la escritura de las Casas; y como él, intercalamos algunos fragmentos, tomados literalmente del texto de Colón».

Varios documentos flotantes acá y acullá, dirigidos por el Almirante, sea á los reyes de España, á otros grandes personajes y á sus amigos, dan alguna luz sobre determinados hechos, pero no son suficientes para restaurar por completo, el cuerpo continuado de las relaciones perdidas.

CAPITULO XLIV

El Diario del Almirante.—Reflexión sobre las palabras citadas.—Connivencia del marinero y el propietario del buque.—El mal estado de las embarcaciones.—Desacuerdo entre los pilotos.—Reparación de la Escuadra.

Ya sabemos que el 3 de agosto de 1492, dió Colón principio á su primer viaje, dejémosle referir á él mismo:

—«Yo partí de la ciudad de Granada, el sábado 12 del mes de mayo del año 1492; vine á la ciudad de Palos, puerto de mar donde equipé tres barcos que convenían muy bien á la empresa, y salí de ese puerto aprovisionado de muchos víveres, y acompañado de muchos hombres marinos.....

«El viernes 3 de agosto, salimos de la barra de Saltes, (1) á las ocho de la mañana, y una fuerte brisa nos empujó hacia el Sud. Hicimos hasta la puesta del sol, 60 millas, que son 15 leguas (en millas italianas). En seguida nos dirigimos al Sud-Oeste; después al cuarto Sud-Oeste, la cual era nuestra vía para ir á las *Islas Canarias*».

Sin ser esas frases las que pueden llamarse circunvoluciones de palabras magníficas y sonoras, de esa literatura que

(1) Isla situada enfrente de la ciudad de Huelva, formada por dos brazos del caudaloso río Odiel.

forma la lectura de Virgilio, son frases imágenes del sentimiento, que interesan la imaginación y el corazón, pues ellas revelan á la vez, lo atrevido de la expedición y la tranquilidad de ese espíritu á quien la vista de ese gran horizonte que se interpone entre el hombre y su objeto, parece que forma con las corrientes de los mares las delicias del navegante.

En esas cuatro palabras no describen lejanos y elevados montes como los del Himalaya, los Alpes, la Nevada Sierra, ni ciudades opulentas; ni alegres poblaciones; ni campanarios de piedras negras semejantes á imitaciones de pirámides; ni grupos de muros blancos cubiertos de tejas rojas; ni ensenadas áridas y tristes; ni colinas cenicientas; ni rocas desnudas regadas sobre un suelo guijarroso; ni arenales inmensos como los del desierto; ni aun la misma desnudez de las aguas que surca; y sin embargo, esas pocas palabras nos interesan; estimulan la curiosidad de nuestra inteligencia, que quiere la resolución del problema que forma el misterio de lo desconocido.

Colón llegó el 6 de agosto á las Islas Canarias; pero antes de su llegada ya había observado que el timón de una de sus carabelas, estaba completamente desprendido, y comprendió que tal incidente no podía ser sino el resultado de un acto de malevolencia en su contra.

De resto, antes de su salida se pudo observar que uno de los marineros llamado Gómez Rascon, había entrado en connivencia secreta con Cristóbal Quintero, propietario de la Carabela, que hacía ese viaje bien á su pesar por obedecer á un decreto del rey y de la reina, ordenando que dos carabelas fueran suministradas por la ciudad de Palos, puestas á la disposición de Colón; y por otro decreto obligaba á los dueños y á los equipajes á partir junto con el Almirante, cualquiera que fuera la dirección que él juzgara á propósito que sus veleros siguiesen.

El Almirante pensó lógicamente que, si en tan pequeño trayecto, las embarcaciones se encontraban en tan mal estado, en una navegación más larga y más penible, imposible sería que pudiera efectuarla, aun en el caso que todo les fuese favorable, y resolvió ir á la gran Canaria, para reparar ó cambiar sobre todo la carabela llamada «*la Pinta*», mandada por Martín Alonso Pinzón, asociado á la empresa; y con tal fin siguieron su rumbo el miércoles 8 de agosto.

Dícese que en esa travesía, un desacuerdo completo de opiniones reinaba entre los pilotos de las tres embarcaciones sobre el rumbo que debían seguir para ir á las Canarias, hasta que al fin el Almirante que los había dejado entregados á sus experimentos, dirimió las divergencias con una precisión y justeza digna de admiración.

La pequeña escuadra fué reparada y mejorada; *la Pinta* cambió su forma que era latina ó triangular y se hizo redonda; el equipo se aumentó; y el jueves 6 de septiembre, emprendieron nuevamente su marcha, las tres pequeñas naves, de la Isla de Gomera, una de las más occidentales del grupo, donde el Almirante resolvió fondear, por ser la que podía proporcionarle más facilidades para las reparaciones que debía efectuar.

CAPITULO XLV

PRINCIPIA EL DESCUBRIMIENTO.—MARE TENEBROSUM!—ACTITUD DEL ALMIRANTE.—ACTITUD DE LOS MARINEROS.—INTERPELACIÓN DE LOS MARINEROS.—INSPIRACIÓN DEL TALENTO.—COMPARACIÓN CON EL TALENTO DE MOÏSES.

FUÉ, pues, á partir de ese momento, que propiamente dicho principió el descubrimiento del *Nuevo Mundo*.

Fué á partir de ese momento que principió á reflejarse en los semblantes la impresionabilidad producida por los pensamientos que luchaban con todas las quimeras de los recuerdos;

Fué á partir de ese momento que, como para complementar el espectáculo de esa transformación visible de la expresión física por la expresión de la inteligencia, principiaron los adioses á esas islas, á la Europa, al mundo conocido y á aquellas almas, cuyos rasgos venían esculpidos en sus propias almas;

Fué en esos momentos que, abandonando todos los caminos hasta entonces seguidos por los navegantes, ese microscópico punto en el espacio, salvó las fronteras ó límites del mundo conocido, para lanzarse, más frágil que la luz de una lámpara cubierta por la mano contra el viento, para impedirle que vacile acá y acullá y se extinga en ese Océano desconocido; en esa

soledad del abismo; en ese misterio terrible de donde surgían monstruos horribles, que llamaban *Mare Tenebrosum!*.....

Colón, siempre sereno, sus labios articulan apenas un ligero é imperceptible movimiento; pero.....¿sus ojos?.....tan pronto los inclina hacia abajo sobre un mapa, tan pronto los eleva hacia el Cielo; y el sonrosado de sus mejillas, y su mano que recibe en la punta de sus dedos su dilatada frente que se inclina como para reposar sobre ellos el pensamiento y la emoción que ensancha su pecho, revelándose por una respiración más fuerte que de ordinario, hacían comprender que cosas muy inesperadas é interesantes pasaban por su imaginación.

¿Y sus marinos?

Ya en los unos cede poco á poco la inquietud involuntaria producida por el terror; ya en los otros la animación que es el espectáculo de un Cielo radiante y una mar que sonreía, disipa el sombrío abatimiento que los aniquila; en fin, los menos osados aplazan sus temores, y los días serenos y tranquilos que se suceden, los disipan lentamente.

¡Ah!..... Pobres criaturas!.....

¿Ignoráis que la naturaleza física, como la naturaleza humana, tiene también sus reminiscencias más ó menos felices; reminiscencias de otros tiempos; reminiscencias de otros lugares; reminiscencias de otros climas; reminiscencias de movimiento; reminiscencias de consonancias; reminiscencias lejanas y confusas, como las que asaltan á veces nuestro espíritu, pero que en la naturaleza acaso se suceden á través de los siglos?

—Los unos preguntan:

¿Hasta dónde nos acompañará esta bonanza?

—Los otros responden:

¿Adónde nos conducirá el Océano .....

Después de una breve pausa, como si las interrogaciones precedentes, fuesen apenas un ligero recitativo, prorrumpen todos como en coro:

—¿Y la convexidad?.....

—¡Y la convexidad..... murmuran algunos en voz más baja, la convexidad del globo que vamos descendiendo;

—¿Podremos, añaden otros, por ventura remontarla?

Colón oye esos diálogos y les da ánimo, explicándoles las razones por las que, nada era más lógico, más juicioso y más obligatorio, que esperar un feliz éxito, haciéndoles entrever las inmensas riquezas que iban á recoger infaliblemente.

Volvamos al Diario.

El domingo 9 de septiembre de 1492, la escuadra anduvo diez y nueve leguas ; pero juzgando Colón que mientras más se alejaran de la tierra, con más frecuencia se repetirían las escenas de dudas y de temores, resolvió disminuir en cada día, para los marineros y aun para sus oficiales, el número de leguas que recorrían en su camino; y de esta manera, si el viaje se prolongaba más de lo que él lo había previsto, los marineros no se espantarían al verse tan alejados de la tierra. Ese día les hizo ver que sólo habían caminado quince leguas, y así perseveró durante toda la navegación, mostrándoles un falso ó inexacto diario, en tanto que guardaba secretamente el que contenía las verdaderas distancias. Algunos han calificado de astucia, de ardid, propio del carácter de Colón ; este rasgo nosotros lo juzgamos como una inspiración del talento en uno de esos casos críticos de la vida. Moïses ha podido decir á los Israelitas que él había imaginado los diez mandamientos del Decálogo, ó que los había tomado como debía ser, de *las leyes de manu*, en el libro V de los Vedas, que trata de la religión de los Brâhmas, recopilados más de mil quinientos años antes que Moïses; pero él sabía que del uno ó del otro modo, el pueblo Hebreo no se cuidaría mucho de cumplir la ley ; y su verdadero talento, ó la gran inspiración de su talento, consistió en decirle al pueblo hebreo, que Dios con su palabra le había revelado los mandamientos ó preceptos del Decálogo.

CAPITULO LXVI

El fenómeno de la aguja imantada.—Consternación de las tres embarcaciones.—Colón explica una nueva teoría.—Los temores se disipan.—Observación.—La exhalación y los vientos alisios.—El buen tiempo.—Las acumulaciones de Tisco ú Ova.—El Crustáceo y el rabo de Junco.

El *Jueves 13 de septiembre*, corrientes contrarias. *Viernes 14*, cesan las corrientes. Entonces por la vez primera, un fenómeno extraño, desconocido por todos los navegantes anteriores, se presenta á los ojos de Colón. Hacia la hora de puesta del Sol, nota el Almirante que la aguja imantada no se dirigía ya exactamente á la estrella polar, desviándose más ó menos medio punto, es decir, en una desproporción de cinco á seis grados con dirección al Nord-Oeste. (1) En la mañana siguiente, el desvío se significaba más sensiblemente, y esa progresión de la víspera no cesó de aumentar durante tres días; tiempo en el cual, aunque Colón tuvo la precaución de silenciarla aun á sus mismos oficiales, conociendo la propensión á la alarma á que aquellos se encontraban siempre dispuestos, éstos no dejaron de apercibirse bien pronto, comunicársela á los marineros, y una viva consternación hace explosión en las tres embarcaciones.

[1] Historia de Don Fernando, cap: XVII; Oviedo afirma también que fué Colón el primero que hizo esa observación.

—Si esta guía nos falta, decían los unos en tono de lamento ¿cómo no extraviarnos en medio de un Océano, acaso sin límites, en el seno de un hemisferio en que las mismas leyes de la naturaleza se encuentran alteradas?

—¿Cómo no temblar, decían otros, cuando hasta la insensible brújula, pierde su misteriosa virtud? En tal conflicto, Colón apela á una teoría, que aún se ignora si realmente la tenía por verdadera, ó si fué únicamente inventada por él en el momento para calmar sus compañeros.

—¡Cómo! les dice, ¿no comprendéis, que la brújula, lejos de carecer de su virtud, la conserva, monstrándoos, que esa variación que observáis, hace ya algunos días, viene del movimiento de la estrella polar que como los otros astros, tiene sus revoluciones, describiendo cuotidianamente un círculo alrededor del Sol, en tanto que élla inflexible, indica siempre el punto fijo é invisible que es el que tiene el poder de la atracción?

Esta reflexión hecha por el hombre de quien los marineros tenían una alta idea de sus conocimientos astronómicos, unida al incidente de que los marineros que navegaban eu la carabela llamada *la Niña*, habían visto una golondrina de mar, que, «sin embargo, decía Colón, esos pájaros no se aventuran ordinariamente á más de veinticinco leguas en el interior del mar,» extinguió todas las dudas de los oficiales y disipó los temores de los marineros.

«El fenómeno observado por Colón (1), en 1492, nos es hoy demasiado familiar; pero no podemos sin embargo explicarlo. Es uno de esos misterios de la naturaleza que revela la experiencia de todos los días, que parecen sencillos porque nos hemos acostumbrado con ellos, pero que, al querer profundizarlo, es como si tocásemos los límites del espíritu humano, para confundir el orgullo de la ciencia.

En la prima noche del *día 15 de septiembre, sábado*, vieron á una distancia como de cuatro á cinco leguas delante de las carabelas, caer del cielo un maravilloso ramo de fuego, que sin duda no pudo ser otra cosa que una exhalación, distante acaso de cuatro ó quinientas leguas, pero que por una visión óptica, creyeron á tan corta distancia. Colón seguía invariable-

(1) Enciclopedia moderna t. II.

mente su rumbo al Oeste, y en esta dirección encontró pronto los vientos alísios que soplaban de continuo del Este al Oeste entre los trópicos, y bajo algunos grados de latitud fuera.

Esos vientos siempre fijos, pues ellos siguen de continuo el curso del Sol, le llevaron con una rapidez tan sostenida que, á penas si fué necesario cambiar las velas una sola vez en ocho días de camino.—«Era un verdadero goce, dice Colón, contemplar aquellas bellas y deliciosas mañanas que se sucedían, y á las cuales sólo faltaba el canto de los Ruiseñor.

El tiempo era en todo semejante y tan agradable como puede encontrarse en Andalucía en el mes de abril.»—¡Qué impresión para ojos acostumbrados á ese espeso cortinaje de nubes ó brumas del invierno de la Europa, esos primeros reflejos que se ven en la latitud de los trópicos; que se avanzan tiñendo con una luz roja que parece arrastrarse, levantando poco á poco como las olas de los mares, montañas gigantescas de variadas formas, coloreadas como con su propio incendio, dilatándose sobre un fondo dorado, adornada su extremidad superior con los colores del arco iris!.....

Después, vese el disco rojo, elevarse más y más, que parece respirar él, el aliento de la Aurora, refrescando á sus calurosos rayos, el soplo de la primavera, que es el toque de alegría para toda la naturaleza!.....

A la aparición de aquellas anchas sábanas de yerbas flotantes, unas del color de la esperanza, otras grises como si quisieran indicar que las cenizas se posan también sobre las aguas, que se encontraban de trecho en trecho, los marineros suponían, con razón, que se aproximaban á la tierra, y los pequeños bajeles se disputaban la velocidad, cada cual aspirando á ser el primero que denunciara la tierra, para merecer el premio ofrecido.

El lunes 17, se pasó bajo una situación análoga á la del día anterior; corriente favorable á la navegación hacia el Oeste, y muchas yerbas de rocas venidas del Poniente. «Todas esas yerbas, dice Mr. Charton (1), son acumulaciones de Fuco ú Ova, de las cuales existen dos enormes que flotan en el Océano Atlántico, que las confunden bajo la denominación

(1) *Viajeros antiguos y modernos.*

de *Mar de Sargazo*, y que se distinguen con los nombres de *grande* y *pequeño* banco de Fuco. Esas masas esporádicas y la faja que las une, ocupan una superficie *seis ó siete veces más grande* que la de la Francia ».

Atravesando una de esas sábanas de yerba los marineros encontraron un crustáceo, que algunos llaman *Langosta*, y la presentaron al Almirante.

—« Esta es una excelente señal, dice Colón al ver el marisco, pues estos crustáceos no se encuentran nunca á ochenta leguas distante de la tierra ».

Al ver otra ave de los trópicos llamada *Rabo de Junco*, que venía del poniente, el Almirante exclamó: « de donde vienes, espero que Dios Poderoso, de cuyas manos nos vienen las victorias, nos hará que pronto encontremos tierra».

CAPITULO LXVII

NUEVAS INQUIETUDES.—COLÓN EXPLICA LA SITUACIÓN.—LOS FELICES VISITANTES.—DIÁLOGOS DE DESALIENTO CONSTANTE.—LA BRISA PRUEBA LA POSIBILIDAD DEL RETORNO.

El *martes 18 de Septiembre*, nuevas inquietudes y alarmas principiaron en la tripulación, por consecuencia, primero de esa inmensa cantidad de plantas que parecía más bien una vasta pradera; y de donde los marineros concluyeron que habían llegado ya á los límites navegables del Océano, por lo que seguir adelante sería temeridad, pues esas plantas ocultaban escollos peligrosos, imposibles de salvar; y segundo, porque la oscuridad de ese día, probaba que había llegado ya el principio de un abismo.

La pequeña escuadra se encontraba á cuatrocientas leguas de distancia de Gomera: Colón les hace ver lo contrario.

«Esas brumas que se habían levantado, dice, indicaban la proximidad de la tierra; y, ya fuese á la derecha, ya á la izquierda, debían existir islas que él no se detendría en buscar».

Casi al mismo tiempo principió á soplar una fuerte brisa que deshizo las capas de yerbas; varios pájaros se vieron revolotear alrededor de las naves, tomando en seguida la

dirección del Oeste, y los más apocados recobraron nuevo aliento.

Colón declara que: «puesto que el tiempo era bueno, y el viento favorable, él no se detenía en buscar las Islas, sí que continuaba su camino *hacia las Indias*, á donde Dios primero, llegaría bien pronto».

«*El jueves 20 de Septiembre*, varios pajarillos de tierra vinieron en la mañana á cantar sobre los mástiles de las embarcaciones que no abandonaron sino en la tarde».

¡Felices visitantes que no piensan ni en el espacio que ningún compás circunscribe; ni en el dominio inconmensurable del viento que labora esas olas que vendimian la vida de los seres....., ni en la profundidad de los abismos que esas olas cubren....., ni en el lecho de esas ondas que murmuran con el empuje....., ni en los monstruos que surgen, que se arrastran, que nadan en los misterios de ese mundo de las aguas!.....

Varios días habían pasado en que las aguas del mar, más tranquilas que las de un lago, principiaban á inquietar la imaginación de los marineros; «puesto que no hay jamás en estos lugares, decían, ni movimiento ni vientos ¿con qué brisas podremos retornar á España?»

Esos diálogos, siempre presuponiendo circunstancias desfavorables, pruebaṅ el desaliento constante de la tripulación; «por fortuna, dice Colón, felizmente un viento sopla y bien pronto la mar principió á levantarse; de tal suerte que la brisa siéndonos contraria nos fué útil porque vino á probar la posibilidad del retorno».

CAPITULO XLVIII

LAS ALBRICIAS DE ALONSO PINSON.—LA PRETENDIDA TIERRA.—COLÓN CANTA EL TE-DEUM LAUDAMUS.—PRESAGIO DEL 30 DE SEPTIEMBRE.—DESALIENTO PRODUCIDO POR UN PILOTO.—PROPOSICIÓN DE ALONSO PINSON.

EL *martes 25 de Septiembre*, una ilusión de esas que se presentan como un sueño en los bordes de una embarcación, produjo una de esas alegrías que pasan con más rapidez que la repercusión de un eco. Martín Alonso Pinson, á la caída del sol, subió sobre la popa de su navío, y llamó gritando al Almirante.

¡Albricias!.....¡Albricias!.....le dice; veo la tierra!!!».....

El Almirante oyendo y viendo la seguridad conque se expresaba Pinson, cae de rodillas para dar gracias á Dios, por el bien de haberle puesto término á los sufrimientos de los compañeros.

Los equipajes de *la Pinta* y de la embarcación del Almirante (que primitivamente se llamó *la Gallega*), pero que Colón le había puesto el nombre de *Santa María*, entonaron inmediatamente el *Gloria in excelsis Deo!*

Los marinos de *la Niña*, montados sobre el mástil de una cofa ó gavia y en el cordaje, afirmaron que ellos veían

la tierra al Sud-Oeste. El Almirante, dícese que dió la orden de virar hacia ese lado.....

Pero la pretendida tierra, parecía huir siempre delante de las miradas!.....

Todas esas emociones, de esperanzas y desengaños, reunidas como en un haz, en el cerebro de los pobres marineros, no podían dejar de concluir sino por un vértigo, no inmóvil y mudo, sino de quejas abiertas y de conspiración declarada! ¿Pero Colón?.....

Colón es el hombre de la fe que mira y escucha las olas sin anonadarse!.....

Colón en presencia de ese espectáculo, lejos de temblar, su alma que se ha conformado á la cadencia de ese elemento á fuerza de emociones que han subido del abismo á los sentidos, para llegar á su espíritu, escucha ese lenguaje que le recuerda su grandeza, su profundidad, su movilidad, su calma, su cólera, su mugido, su fuerza que le viene de lo infinito.

Pero eso, en hombre de verdadera fuerza moral, de ánimo prevenido, no habla pero obra.....

No gime, pero exclama.....

No llora, pero se exalta.....

No tiembla sino goza.....

No se anonada, sino se prosterna, adora y ruega.

Por eso al anunciar Pinson la tierra, canta el *Te Deum laudamus*, alaba la grandeza de Dios, *Te Dominum confitemur*, y humilla con la genuflexión la pequeñez del hombre; y su canto toma instintivamente la simetría, la sonoridad, la majestad, lo que llamamos la cadencia, imitación fiel de la caída y elevación de la onda, que ritma también la medida musical de sus palabras acentuadas.

El Domingo 30 de Septiembre, la escuadra dió rumbo al Oeste.

Cuatro de esos pájaros llamados *Rabo de Junco*, vinieron á pararse sobre la carabela del Almirante.

«Buen presagio, cuando varios pájaros de la misma es-

pecie vuelan juntos, dijo Colón, puede creerse que no se encuentran extraviados y que la tierra está cerca.

El lunes 1º de Octubre, se encontraban según la apreciación de Colón, á setecientas setenta leguas distante de *las Canarias,* pero el piloto de la embarcación en que iba el Almirante, se puso á decir, con un sentimiento de inquietud, que después de pasada la isla de Hierro, habían navegado quinientas setenta y ocho leguas hacia el Oeste, y que las riberas de la India tan prometidas por el Almirante, no aparecían. Sus compañeros, aunque él no acusaba sino una distancia de quinientas ochenta y cuatro leguas, se dejaron caer de nuevo en un triste desaliento.

El sábado 6 de Octubre, Martín Alonso Pinson, volvió á proponer que se navegase hacia el Sud-Oeste; pero el Almirante no opinó de la misma manera; él no quería desviarse de la dirección del Oeste; ante todo, decía, *es necesario llegar á la tierra firme del Asia;* las islas se verán más tarde.

CAPITULO XLIX

El 10 de Octubre.—Cábala ó complot declarado.—La tripulación se decide á retroceder.—Exageración de algunos autores.—Lo que está en los límites de lo verosímil.—Colón ocupa siempre su puesto.—Error de los autores.—El sofisma.—Refutación de Muñoz.—El Diario de Colón revela la verdad.—Un rasgo de firmeza.—El tono y las palabras necesarias del Almirante.—El término medio en la difícil circunstancia.—Cita del Diario de Colón.

El *martes 9 de Octubre*, se oyeron pasar pájaros durante la noche.

El miércoles 10 de Octubre, la tripulación de las Carabelas, empezó de nuevo á lamentar lo dilatado del viaje.

De los sordos murmullos por donde había principiado á mostrarse el descontento, diciendo, «que tenían ya dos meses y nueve días que navegaban, desde el 3 de Agosto», se llegaba ya á las quejas sin reparo y á la cábala ó complot declarado.

Sus amargos reproches se dirigían no menos á los sueños ambiciosos de su jefe, sí que á la fatal credulidad de los monarcas; pretendiendo haber llenado plenamente sus deberes, con el hecho de haber avanzádose tanto y tan lejos, en una excursión cuyo término era desconocido, y muy probable la imposibilidad de poder retornar, y de que fueran estériles y sin

provecho para ellos y para sus familias todos los sacrificios y sufrimientos soportados hasta allí. Que no podrían hacérseles cargos por su negativa á seguir más lejos y por más tiempo á un miserable extranjero que les conducía á una pérdida segura; y que la prudencia les aconsejaba retroceder mientras las embarcaciones se encontraban en estado de poder soportar el combate de la mar, debiendo el Almirante resolverse á tomar esa determinación, de la cual dependía la salvación de todos.

Algunos autores llevan hasta el extremo la relación de esta circunstancia, suponiendo que real y efectivamente la insurrección hizo explosión con gritos y amenazas de muerte á Colón si no retrocedía en el acto; pero que las súplicas del Almirante, pidiendo con instancia tres días más de navegación hacia el Oeste, les había hecho suspender la resolución de desembarazarse de él, botándole al agua si no retrocedía.

¡Colón suplicando á su tripulación!.....

¡Colón, dícese, comprendió la difícil situación en que se encontraba, pero conservó sin embargo, no fuese sino aparentemente, la serenidad de un espíritu tranquilo, fingiendo ignorar el complot.

Esto está en los límites de lo verosímil; de lo probable, dadas las circuntancias de la energía del carácter, del valor y sobre todo de la prudencia de Colón.

Suponer al Almirante humillado ante su tripulación por la súplica, es suponerlo degradado ante esa misma tripulación que tenía el más elevado concepto de la inteligencia de su jefe, y que además le respetaba.

Si en efecto la situación fué grave para el Almirante, *pero sin violencia;* si pudo en un momento temer que su noble empresa fracasara por la cobardía de sus compañeros; si su alma á pesar de su fe ciega, de su resolución inalterable, sufrió inquietudes, agitación y hasta agonías mortales, no puede revocarse á duda que Colón dejase de ocupar el puésto en que su doble carácter, el de su naturaleza y el de su posición le colocaban, haciéndose menos grande, menos noble y menos inflexible bajo esa misma moderación innata en él y necesaria para las circunstancias.

No, los autores de esas exageraciones, ofuscados por los efectos que debían producir en el ánimo del lector esas escenas trágicas, desesperantes, ataviadas con todo el aparato de la rotundidad cómica, olvidaban que empequeñecían más y más, lejos de levantar, al hombre digno de verdadera admiración.

Para tranquilizar los ánimos, añaden, empleó una después de la otra, *la adulación y las amenazas*, logrando por medio de esta artificiosa mezcla de *humillación* y de autoridad, contener los excesos que aquellos hombres pretendían consumar en él.

Todas esas extravagancias de la novela referidas en lugar de la verdad y en reemplazo de la historia, no solamente hacen inferior con sus sofismas al autor de los hechos, sí que los mismos narradores disminuyen la gloria que les corresponde por referirlos. Olvidan, al parecer, que la emoción ó impresión que produce la verdad, es mil veces más íntima, más duradera, más provechosa que la que produce el sofisma, que no viene á ser sino el representante de las pasiones superficiales ó malas del autor. El sofisma es para el autor, lo que la nota desafinada, ó lo que los compositores músicos llaman un acorde de *séptima aumentada, quinta disminuida*, que no perjudica ni al instrumento sobre el cual se produce, ni á la pieza que no se ha rendido hábilmente, sino al virtuoso que la ejecuta.

Muñoz, refuta con razón todos aquellos episodios inexactos que, unos después de otros, se propusieron reproducir Pedro Martir, Oviedo, Herrera y otros biógrafos de la vida y hechos de Colón, y sobre todo, el suceso del 8 de Octubre que según Oviedo fué el día de la insurrección, de las súplicas de Colón, de la gracia de tres días acordada por la tripulación; en fin, de los terrores y de las tristezas.

El Diario de Colón del día 10, revela elocuentemente la verdad de las cosas; «ellos no querían ir más lejos»; necesario es suponer que el Almirante, sin menoscabar la dignidad de su carácter, trataría de levantar el ánimo decaído de la tripulación, presentándoles con más vivos colores el atractivo de los grandes proventos que les esperaban, y para lo cual tan solo era necesario un poco de paciencia; complementan-

do todo eso con un rasgo de firmeza necesaria, cuando les dice: «que ninguna queja le haría variar de resolución; que él se había puesto en marcha *para ir á las* INDIAS, y que continuaría su camino hasta llegar allá, con la asistencia de nuestro Señor».

¿Podríamos negar que la expresión de esa intimación es en efecto pueril?

Es claro que no; pero esa puerilidad, ese juego de niño en la conversación amistosa que se desprende de lo que acabamos de referir; esa prosodia, si es permitida esta expresión, necesaria para hacer avanzar la expresión del pensamiento vulgar, tocaba hábilmente la cuerda sensible de esos hombres á quienes Colón conocía.

El tono y las palabras necesarias para servirse el Almirante en esos momentos, debían ser más patéticos que elocuentes, que sirviesen más para desarrollar la concupiscencia que para desplegar la alta moral que domina el alma en casos extremos.

¿Y qué expresión más patética para aquellos hombres que la del lucro, la del interés, para aventureros ávidos, aguijoneados casi todos por la imperiosa necesidad del hambre, que era la que les había hecho abandonar padres, mujeres, hijos, familia, patria, para ir á lejanos países en busca de oro?

Con semejantes hombres, Colón lo sabía, el más pequeño rasgo de debilidad, lo habría perdido y comprometido el éxito de su empresa; era, pues, necesario conducir las cosas sin demasiada tirantés para que no reventasen, pero sin debilidad para no perderse. Ese término medio que sólo pueden hacer conservar un gran buen sentido y una sangre fría inalterable, fué el que ocupó Colón en esa difícil circunstancia, que por cierto no se revela en el Diario de abordo en esos últimos días, antes de llegar á tierra. «La mar está bella como el río de Sevilla, y la temperatura tan dulce como la del mes de Abril en Andalucía; causa placer respirar este aire que está como embalsamado con un suave perfume. Se vió yerba fresca; pájaros de los campos dirigiéndose hacia el Sur; Cornejas ó Grefos, Patos, un pájaro bobo; en la noche hacíamos hasta quince millas por hora en la dirección Oeste—S. O.»

CAPITULO L

UNA CONSECUENCIA LÓGICA.—DISTANCIA Á QUE SE ENCONTRABAN.—COLÓN DESVÍA HACIA EL SUD-OESTE.—UN PÁRRAFO QUE NO HACE HONOR Á COLÓN.—VERSIONES LLEGADAS HASTA NOSOTROS.—RESTAURACIÓN DE LA VERDAD.—REFUTACIÓN DE LA FÁBULA.

ESA relación del diario nos hace ver que el pasaje de los pájaros de diferentes especies, era frecuente durante el día, y con más abundancia en los días 5, 6 y 7 de Octubre; y como es lógico suponer que esas aves debían tener un lugar de reposo, en donde debieran encontrar también el alimento, la proximidad de la tierra era una consecuencia que no podía escaparse aun á los más ignorantes.

Todos esos pájaros, dícese, después de haber revoloteado alrededor de las embarcaciones, emprendían invariablemente su vuelo hacia el Sud-Oeste y no al Oeste, es decir, en dirección contraria á la ofrecida por el Almirante.

Encontrábanse precisamente á 750 leguas de separación de las Canarias, distancia á la cual había calculado Colón que encontraría la extremidad de la India; y como hasta allí sólo se veían en esas aves los indicios de la proximidad de la tierra, resolvió en esa noche del 7 al 8, desviarse hacia el Sud-Oeste, y conservar ese nuevo rumbo durante dos ó tres días. Esta determinación del Almirante era sin duda motivada por

la dirección que él observó tomaban siempre los grupos de pájaros que encontraban, recordando acaso que á favor de tales guías, á quienes los Portugueses habían seguido, pudieron descubrir la mayor parte de sus Islas.

Á pesar de que ya hemos rechazado esos actos que desdicen de la dignidad, y del carácter de Colón, referidos por algunos biógrafos, los cuales hemos desvirtuado con las mismas palabras usadas en el diario de la expedición, pongamos al lector en capacidad de fallar como nosotros, trasmitiéndole aquí un párrafo que contiene las ideas que hemos rechazado.—Copiamos.

«Dirígense, pues, al Oeste-Sud-Oeste el 8, 9 y 10; y *mientras más se avanzaba, más los signos de la proximidad de la tierra se hacían* FRECUENTES Y MANIFIESTOS. Día y noche, pájaros de diversas especies revoloteaban alrededor de las embarcaciones, y ne el número de éstos se distinguían Gorriones, una Garza real, un Pelícano, un Pato. También se veían *Atun*, (vulgarmente, *Toninas*) que se alejaban poco de las costas, reuniéndose en la superficie del agua entre hierbas tan frescas y tan verdes, que podría decirse que acababan de ser desprendidas ó arrancadas de la tierra. *No obstante*, en la tarde del tercero día, el Sol, como todos los días después de un mes, declinaba hacia un horizonte sin riberas.—Entonces, los temores se despiertan con más inquietudes; la rabia, la desesperación se revela en todos los semblantes; los oficiales y marineros del buque en que iba el Almirante, se reunieron sobre el puente, separándose en seguida prorrumpiendo en clamores tumultuosos, exigiendo, en fin, que se volviese á tomar inmediatamente la vía para Europa.»

«Colón comprendió que en esa vez todos los oídos permanecerían sordos á la voz y al sentimiento del deber, como á las ideas del honor; y que, se vería en el caso de ceder ó de suplicar. Prometió, pues, solemnemente, que si dentro de tres días no se veía tierra, abandonaría su empresa y retornaría para Europa».....

Por muy impacientes que estuviesen sus compañeros, accedieron sin duda á su exigencia, sin presumir que un lapso más corto, de veinte y cuatro horas, habría sido suficiente.

Tales han sido las versiones que, de autor en autor han

descendido el curso de los tiempos hasta nosotros, en las diversas relaciones que refieren el descubrimiento importante verificado por Colón; y justo es restaurar en ellas la verdad, que es la que muestra el objeto que debe guiar á las naciones, en el corazón del hombre de sus esperanzas, y en su inteligencia los principios.

En todas esas adulteraciones matizadas del espíritu dramático, se ha procurado establecer una gradación ficticia, poco lógica, de interés y de emoción, que se ha creído preferible á la ingenuidad y sencillez de los hechos, sin pensar en el ridículo que cubre al humillado grande hombre; reducido á la condición de un peticionario agraciado por sus subalternos, esperando durante tres días y tres noches, las horas sucediéndose lentamente, los minutos contados uno á uno hasta el último del último cuarto de hora, para ver aparecer la tierra que iba á libertar el infeliz cautivo, de ser acaso arrojado al agua.

Todo ese melodrama soplado á la credulidad popular, debía necesariamente ir acompañado de circunstancias y de detalles imaginarios y hasta de tipos fabulosos que vendrían más tarde á figurar como históricos, pero con riesgo de provocar la risa, la incredulidad y hasta el desdén, que es siempre el término fatal de la fábula ó de lo inverosímil.

Pero no se pensó en esto; creyóse sin duda que si no era fácil atraer por el razonamiento verídico, sí lo sería por la imaginación para los unos; por el orgullo para los otros; por el sentimiento y por esa fascinación involuntaria que inclina al hombre á las novedades para todos.

CAPITULO LI

VARIAS SEÑALES QUE INDICAN TIERRA.—LOS SÍNTOMAS DE TRISTEZA DESAPARECEN.—CITA DEL DIARIO DE COLÓN.—ENTUSIASMO Y CURIOSIDAD.—UN GRITO Y LA ANTÍFONA DE SAN AMBROSIO.

CONTINUEMOS con el Diario.

El jueves 11 de octubre, desde que la claridad del día permitió distinguir fácilmente los objetos, se vieron grandes grupos de pájaros que aumentaban á medida que el día crecía; la vara ó sonda tocó fondo, y los marineros de las tres embarcaciones, los unos después de los otros, vieron flotar, cerca de su nave, un pedazo de caña que tenía el aspecto de haber sido recientemente cortado.

De la Carabela *la Pinta* se vió una rama de árbol con sus frutas encarnadas perfectamente frescas, un bastón pequeño que parecía haber sido labrado con instrumento cortante, y un pedazo pequeño también de tabla; ambos objetos eran una prueba decisiva de la proximidad á tierra y á una tierra habitada.

También la tripulación de *la Niña* vió un pequeño leño delgado cubierto de espinas, y en presencia de tales hallazgos, todo síntoma de descontento y de tristeza desapareció; los semblantes se reanimaron; la destreza cobró nuevo aliento, y á pesar de que la mar estaba agitada, todos los ánimos estaban bien dispuestos y cada cual por su lado espiaba el horizonte prometiéndose

ser el primero que divisase esa tierra tan deseada, tan suspirada por unos, tan dudada por otros, con excepción del Almirante que la tenía siempre presente á los ojos de la imaginación y del espíritu.

Todo el día el mar estuvo agitado y nos sopló una fuerte brisa que nos hizo recorrer una enorme distancia. A la puesta del Sol, tomamos de nuevo la dirección del Oeste, y como la brisa no nos abandonaba habíamos marchado con una extrema rapidez; pero llegada que fué la noche, Colón, por un rasgo de prudencia que no le faltaba nunca, hizo disminuir las velas, y se colocó sobre el puente del barco desde donde interrogaba con ansiedad las tinieblas y el espacio que le rodeaba».

Cuánta variedad en el pequeño escenario formado por las tres carabelas. Se interrogaban los unos, respondían los otros; el entusiasmo, como el oleaje principiaba á veces por un pequeño grupo y terminaba por todo el conjunto; ninguna curiosidad ha podido manifestarse nunca ni más enérgica ni más universal en aquellos tres pequeños mundos flotantes sobre las aguas.

Ya era *la Pinta*, la que parecía interponerse como para impedir la vista á las otras dos navecillas; ya era *la Niña* la que se adelantaba como si pretendiera interrogar el horizonte; una impresión común no diremos se formaba, sino se concertaba; los aplausos salidos alternativamente de cada una de las carabelas, formaban en el espacio un conjunto que revelaba el contacto de unos mismos sentimientos, de una misma esperanza, de una misma fuerza, de una misma exaltación; se contaban, se calculaban, se distribuían; ó bien volvían á la unanimidad por el sentimiento de un pensamiento en masa que los hacía audaces, les inspiraba confianza, dando á cada uno la certeza del sostenimiento mutuo, por la contigüidad de ideas y de deseos.

De ese pensamiento común á una voluntad potente, no hay sino la distancia de una señal, de un grito, y ese grito fué el del Almirante, que, como dice Oviedo, tan pronto como divisó la tierra hincó las dos rodillas, y un torrente de lágrimas de alegría que se desprendían de sus ojos con abundancia, acompañaban á la antífona de San Ambrosio y San Agustín, dicha en el tono más elevado de la voz:

¡ Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur ! .....

CAPITULO LII

INQUIETUDES Y DUDAS.—UNA LUZ EN EL HORIZONTE.—TRIUNFO DE LA PRÁCTICA, SOBRE LA CONTRADICCIÓN DE LOS SABIOS.—DISPARO DEL CAÑÓN.

En *la noche del jueves 11 al viernes 12 de octubre de 1492*, el corazón del Almirante palpitaba con violencia, mientras que sus compañeros á muy cortos intervalos prorrumpían en gritos de alegría y de entusiasmo.

En ese momento supremo que un secreto presentimiento le hacía comprender, agitando más y más á su espíritu pero inmovilizando sus labios, él no podía prescindir, ó impedir que sus ideas cayesen en un piélago de dudas que hacían más y más terribles sus inquietudes.

Como á las diez de la noche creyó ver de repente una luz que brillaba en el horizonte; mas llegó á suponer que el ardor de sus deseos, hacía que el sentido de su vista le engañase. Por dos ó tres veces el efecto se reproducía, aun en momentos en que su imaginación vagaba en el campo de otras ideas muy distintas. Entonces, no queriendo confiar en su propia impresión, llamó dos de sus oficiales, y haciéndoles fijar las miradas hacia el lugar de su observación, les pregunta si no veían por momentos aparecer una luz, y ambos le contestaron afirmativamente.

No había, pues, ninguna duda de que se encontraban á vista de la tierra y que esa tierra estaba habitada.

Esta escena que tuvo lugar como á las dos de la madrugada, hizo que Colón tomase nuevas precauciones, con la certeza ya de que, á pesar de todos los peligros, obstáculos, inquietudes y sufrimientos, había realizado sus designios, penetrando el gran misterio del Océano; y su teoría que había sido motivo de tántas ironías, de tánto sarcasmo, de tánta contradicción de los sabios; gracias á su constancia, á su paciencia, á su voluntad inquebrantable, á su valor y en primer término á los favores de la Providencia, había salido triunfante y victorioso en la prueba de la práctica.

A esa hora, las dos de la mañana, *la Pinta* que era la más velera de las tres Carabelas, que navegaba delante de las otras dos, disparó un tiro de cañón que era la señal convenida para anunciar que de ese buque se veía la tierra.

Simultáneamente la tripulación de *la Niña* y de *la Santa María*, prorrumpió en un hurra-a-a..... prolongado, y las dos naves se esforzaron en aproximarse á *la Pinta*, después de lo cual ordenó Colón que se recogiesen todas las velas y que las tres naves permanecieran á la capa durante el resto de la noche.

Coincidencia casual de esas que no admiten explicación!

Parece que el Almirante antes de salir de las *Islas Canarias* había dicho á uno de sus oficiales, y éste lo trasmitió á algunos de los compañeros, «que él no esperaba encontrar tierra sino después de haber navegado *setecientas leguas*»; y con fundamento ó sin él, había sucedido lo que él tenía previsto.

CAPITULO LIII

EL GRAN CAPITULO

—

PRIMERA PARTE

—

La espectativa.—Colón se abstrae para reflexionar.—Colón convertido en Galileo.—El 12 de octubre de 1492.—El lenguaje de la fisonomía.—El crepúsculo, la Isla y sus habitantes.—Se arrojan las anclas y se apresta el desembarque.—Admiración de los habitantes de la Isla.—Aparato del desembarque.—¡«COLON fué el primer Europeo que puso sus pies sobre la tierra del NUEVO MUNDO!»—La plana mayor de Colón.—La Isla «Guanahani», se le dió el nombre de «San Salvador».—Explicación geográfica.—COLON toma posesión de la Isla «San Salvador».—El temor se disipa, familiaridad de los indígenas.—Regalos mutuos.—Reflexiones.—Recorrida en el campo.—Retorno á las Carabelas.—La verdad demostrada por los hechos.—El alöe de la historia.—Razonamiento de Mr. de Lamartine.—Fragmento de un poema inédito del autor de esta obra (1).—Continúan las reflexiones del publicista.—La razón del más fuerte.—Palabras de Mr. de Baudrillart.—El A, B, C, de la justicia.—

---

(1) El poema completo se encuentra en una obra inédita del autor, titulada «Preámbulo sobre las desgracias de la humanidad, desde los más remotos tiempos, etc., etc».

LA ADMIRACIÓN NO DESQUICIA LA JUSTICIA.—LA JUSTICIA CIEGA.—LOS CARGOS DE LA POSTERIDAD.—SE INDICA LO QUE VA Á CONTEMPLARSE.

COLÓN se abstrae al movimiento y á las conversaciones de sus oficiales, que se empeñaban en consumir esos largos minutos del resto de la noche, que se veían obligados á esperar, para no comprometer con su precipitación el éxito y fruto de tantos sufrimientos, estrellándose por la obscuridad de la noche, en una costa no conocida, fuese contra algún enjambre de rocas, fuese encallando en algún arrecife de los que con frecuencia se encuentran en las costas.

Mientras tanto, Colón acostumbrado por los sufrimientos, las contrariedades y hasta la miseria, que son casi siempre y á la vez el martirio y la cuna de las grandes facultades, á la soledad y á la reflexión, en medio de la agitación en que se encontraba su espíritu, procura replegarse sobre sí mismo por la necesidad de la reflexión, para centuplicar el vigor de sus facultades intelectuales, dándoles así, una fuerza y una energía de voluntad, capaz de conmover en seguida, y remover todo un mundo de dificultades y de peligros.

La obra tenía necesidad de un atleta inteligente, prudente, suspicaz y precavido; estaba en el deber de sondearlo todo, y de reconocer todo, adivinando si era posible hasta los movimientos que podían tener lugar en cada hora; él debía en aquellos momentos convertirse en un Galileo, arrojado en nuevos y desconocidos mares, para meditar en medio de las tinieblas, en el fondo de su Carabela.

En fin, el día llega:

Era el viernes 12 de OCTUBRE de 1492.

Los primeros crepúsculos de la Aurora se presentan, y la temblorosidad de la naturaleza se comunica con la agitación febril de los miembros del Almirante y de sus pensamientos.

¡Ah! esos pensamientos eran consoladores para el que había pasado su vida, ó había vivido en la esperanza del éxito de su empresa!.....

Fácil era comprender las impresiones que recibía á cada

instante su espíritu, revelándose de momento en momento en su fisonomía.

¡Sí!..... la fisonomía, ese lenguaje mudo, hablado por aquellos que saben leerlo en todos los rasgos de la fisonomía, y en todas las actitudes del cuerpo, revelaban en el Almirante un pensamiento serio y un corazón firme que la turbación no podía jamás desquiciar; reflexivo, meditativo, concentrado, él hacía meditar á aquellos que le observaban.

Algunas veces, aun en las discusiones más acaloradas, sobre lo que él llamaba su problema, se le veía condescender, casi con dulzura, pero siempre con la serenidad de su carácter; excepto en algunos momentos de explosiones fugitivas debidas á su profesión de marino ó la energía de sus sentimientos, como también la severidad observada en toda su vida.

Comiénzase, pues, á ver á través de esa luz dudosa del crepúsculo, más distintamente, una Isla plana, embellecida por una espléndida vegetación en la cual se distinguían hermosos árboles regados por varios ríos que la cruzaban en todas direcciones, y que presentaba el aspecto de un país delicioso, pudiéndose abordar fácilmente en su costa.

Los habitantes de la Isla, por su parte, al romper el día, habían visto con sorpresa y admiración, las tres carabelas españolas que juzgaron ser tres enormes monstruos surgidos del fondo del mar, y cuya aparición les había llenado de terror y espanto, hasta el punto de huir al interior de los bosques, sin perder de vista ninguno de los movimientos de aquellos tres grandes cuerpos cuyas formas no comprendían.

Cuando el Sol se elevaba en el horizonte, las tres naves continuaron su marcha, aproximándose á legua y media de la tierra, donde el Almirante hizo botar al agua las anclas, y en seguida las pequeñas lanchas, llenas de hombres armados, que avanzaron hacia la orilla con banderas y señales desplegadas al sonido de sus bélicos instrumentos de música, cuyas armonías y el rüido de las armas de fuego, eran oídos perfectamente de tierra, el todo presentando un aspecto completamente militar.

A medida que las lanchas se aproximaban á esa tierra tan suspirada, las orillas de la costa se iban cubriendo con los habitantes de ambos sexos, que saliendo de los bosques unos, re-

trocediendo otros de los que iban en fuga, afluían haciendo gestos y actitudes de sorpresa y de admiración, al ver hombres en quienes existían á la vez tantas relaciones de semejanza, como de diferencia.

La multitud, cada vez más numerosa y muy timorata, se comprimía no obstante, para asistir y ver más de cerca, esas figuras que producían en su ánimo tan contrarias impresiones, de temor y de confianza, habiéndose al fin sobrepuesto la curiosidad que triunfó sobre el espanto y el terror.

¡COLON FUÉ EL PRIMER EUROPEO QUE PUSO LOS PIES SOBRE LA TIERRA DEL NUEVO MUNDO en esa pequeña Isla del grupo de los Lucayos, que los naturales del país llamaban «*Guanahani*», y cuyo descubrimiento debíase al genio y á la perseverancia del Almirante. Colón desembarca vestido con un rico uniforme color de escarlata, su espada ceñida al cinto y la bandera real en la mano, seguido de Martín Alonzo Pinzón, capitán de *la Pinta*, y Vicente Yáñez Pinzón, su hermano, capitán de *la Niña*, sobre la cual navegaba también el tercer hermano Francisco Martín Pinzón, y otros de sus oficiales compañeros.

Los dos oficiales llevaban cada uno una bandera de la Cruz verde que servía de signo de reconocimiento en cada nave. En medio de esas banderas se encontraba una Cruz; á la derecha de esa cruz una F. (Fernando), y á la izquierda una I. (Isabel).

Inmediato á los dos Capitanes se encontraban el Registrador, Rodrigo Sanches de Segovia; el Secretario, Rodrigo Descovedo; todos inclinaron la rodilla, besaron la tierra porque tánto habían sufrido; y después de dar gracias en alta voz ante la efigie de un Crucificado que habían colocado en forma de altar, por el feliz éxito de su viaje, el Almirante, con dos torrentes de lágrimas en sus ojos, como si hubiera querido bautizar con ese líquido producido por su corazón aquella tierra primogénita de sus desvelos, de sus angustias y de sus esperanzas, le dió el nombre de «SAN SALVADOR».....!!!

San Salvador, forma, pues, parte del conjunto llamado por los Indios, *Bahamas*, que se extiende hasta la Costa de la Florida, situada á más de mil leguas al Oeste de Gomera, de donde zarpó la pequeña escuadrilla mandada por Colón, y que se encuentra á sólo cuatro grados más meridionales; lo que prueba

cuán poco se separó el Almirante del itinerario que había resuelto seguir, como el más á propósito para conducirle á su objeto, que consistía en conservar lo más posible, la vía del Oeste.

En seguida el Almirante, citando como testigos á todos los concurrentes, tomó solemnemente posesión del país en nombre de la corona de Castilla, levantando *incontinenti*, y en el mismo lugar, un acta para constatar esa declaración.

Durante todo ese tiempo invertido en esas ceremonias, y en el *Santo Sacrificio de la Misa*, los naturales, por un resto de temor se conservaron en silencio y á una distancia respetuosa.

Las ceremonias terminadas, los indios vinieron con más familiaridad á tocar los vestidos, la barba, las armas y las manos de los Españoles, formando pequeños grupos de pueblo alrededor de cada uno de sus visitantes; los gestos y las fisonomías de aquellas gentes que andaban desnudas, testificaban que á la primera impresión de espanto y de terror, había sucedido la confianza y el placer.

Gritábanse entre sí los indígenas y llamaban familiarmente á los Europeos; hablábanse en tono de confianza; les consultaban pero sin ser comprendidos; iban y venían los unos después de los otros, trayéndoles diversas clases de frutas. Mientras más intimidad iban teniendo con los Europeos, mayores motivos de admiración encontraban; ya viendo los vestidos de lo cual ellos estaban en absoluto desprovistos, pues no usaban el más pequeño delantal; ya viendo sus brillantes armas y comparándolas con las de ellos que se reducían, á unas lanzas cuyas puntas las formaba ó una piedra de cisle, ó un diente de animal.

Colón y sus compañeros permitían que se les mirase y tocase, con tanta mayor voluntad, cuanto que ellos aprovechaban esas ocasiones para examinarlos y detallarlos en particular á cada uno. De resto los insulanos tenían el aspecto muy apacible, muy afable, unida á esta circunstancia la de ser muy sencillos é ignorantes.

El Almirante, los Capitanes Pinzón y el Regidor les distribuyeron algunos regalos consistentes en cuentas de vidrio de color, gorros y otras frioleras de ninguna importancia, que ellos

recibieron como presentes inestimables, en cambio de los cuales ellos les ofrecieron todo lo que poseían de más valor, como frutas é hilo de algodón que conservaban como cosa preciosa.

¡Quién les hubiera dicho á esos humildes y caritativos insulanos, que esos sinceros ofrecimientos, eran el presagio y el preludio de un desafío á la vida y á la libertad!.....

Quién les hubiera dicho que ese recibimiento benévolo y caritativo, era la chispa que inflamaría la ambición que debía más tarde subyugar á la fe, á las creencias, á las opiniones, á los sentimientos aun los más caros, de la paternidad y de la patria, por el vuelo de una impetuosa y arbitraria dominación que los arrastraría sin piedad más allá de los límites que el respeto, la caridad y la humanidad deben al amor sagrado de la patria y de la libertad!.....

¡Quién les hubiera dicho que la bella aurora y las alegrías de ese primer día de sorpresas halagüeñas, y la miel de sus halagos, iban á convertirse en el alöe, que bien pronto tendrían que apurar á cada instante y á grandes tragos, sin darse tiempo para el suspiro de una breve tregua!.....

¡Quién les hubiera dicho que, á las inocentes ilusiones formadas por la tarde en sus cabañas, deberían suceder las lágrimas de dolor que constituirían más tarde el sueño de sus noches!.....

¡Ah! hombres descendientes de esas razas primitivas de orígenes no conocidos ¿por qué el Cielo os envía en esas demostraciones y ofrecimientos pérfidos que vosotros no comprendéis, el anuncio de una larga sucesión de días de dolor, de lágrimas, de esclavitud y de sangre?.....

¿Será éste el tributo que debéis, no sólo á la Aurora sino á los días esplendorosos de tranquilidad, de paz y de dicha que gozaron vuestros antepasados y vuestros padres?.....

¡Quiera el Cielo que los hijos de esta tierra querida, hermosa, bella, rica, recojan como premio y galardón de los sufrimientos que váis á soportar, cosecha abundante de paz y de libertad!.....

Y nosotros, por respeto y por amor, solventemos con anticipación, la deuda de la posteridad.

El Almirante y su séquito recorrieron durante el resto del

día, después de terminadas sus ceremonias de posesión y los halagos de recibimiento y dádivas engañosas, una parte de las planicies de la costa, observándolo y calculándolo todo, é instruyéndose por señales que les hacían los naturales, de las cosas sobre las cuales interrogaban á aquellos que les servían de guía.

Al aproximarse la noche, Colón y sus oficiales quisieron retornar á sus embarcaciones, y los naturales los escoltaron, en demostración de honor, en grandes lanchas, talladas en un trozo enterizo del tronco de un árbol, dándose recíprocamente vivas demostraciones de amistad.

No es hoy una simple conjetura, sino una verdad demostrada por los hechos, que los europeos expedicionarios, ilustrados y ambiciosos, calculaban en aquellos momentos las ventajas que podrían obtener de esas regiones, imponiéndose de todas maneras, especialmente por la fuerza y el terror; en tanto que los pobres indígenas, desprovistos de toda fuerza moral y material, reducidos al último estado de sencillez que puede producir la ignorancia más absoluta, estaban muy lejos de poder prever las calamidades de todo género que amenazaban á ellos, á sus hijos y á la patria.

No podemos dispensarnos de traer la reflexión hecha por Mr. de Lamartine sobre el hecho del descubrimiento de Colón; sería una falta voluntaria que no se avendría con un verdadero sentimiento de imparcialidad y de justicia.

«Aquí, dice el publicista, principia la sorpresa de los espíritus rectos y sin prevención, que consideran las cosas en la plenitud de su sencillez, á la luz de la razón y de la justicia».

«Hé aquí un hombre, un grande hombre, de una naturaleza levantada y religiosa, al mismo tiempo que de un genio exacto y positivo».....

«El toma posesión sin un mal pensamiento, de un país que no le pertenece; lo que no le inquieta en lo más mínimo. Del mismo modo va á apoderarse de hombres y de mujeres de ese país, arrebatándoles sin escrúpulo para llevárselos para Europa, como COSAS! y cosas sobre las cuales no tenía ningún derecho. Todo eso ¿en virtud de qué? En virtud de que él

es cristiano y de que esos pueblos no lo son; en virtud de una religión de dulzura y de caridad que predica por principal precepto:

«AMA Á TU PRÓJIMO COMO Á TÍ MISMO.»

Esta y otras reflexiones de justicia y de humanidad son las que nos hacen poner en boca de un indígena, en un Poema inédito sobre el descubrimiento y conquista de nuestras regiones, los pensamientos que canta el historiador, en tanto que el poeta nos los dice en prosa:

....

(1) ¡ Paz y concordia aclama el misionero
Que acompaña á ese bando foragido.....!!
¡ Paz y concordia...! y plomo derretido
Nos regala con sangre y mortandad.

Invocan á un Señor justo y clemente
Que dió su vida por librar al hombre,
Y esos monstruos pretenden en su nombre
Despojarnos de patria y libertad.

No importan los azares de la guerra:
Si el ibero á los indios martiriza,
La sangre de esos indios fecundiza
Una tierra que nadie oprimirá.

¡ Que triunfen los iberos en buen hora!....
¡ Que dilaten con *Bahámat* su gran imperio!
¡ Tan injusto y odioso cautiverio
UN HIJO DE ESTOS CLIMAS ROMPERÁ....!! (2)

Pero antes de arrastrar viles cadenas
Nuestra tribu redúzcase á ceniza,
Que vaya ardiente en alas de la brisa
A las vecinas tribus á inflamar.

Y maldiga el benigno Monitou (3)
Al indiano que esquive la batalla,
Y que al ronco estridor de la metralla
Sienta su débil corazón temblar....

.....
....

(1) Fragmento del Canto V.
(2) Alusión á Bolívar.
(3) El Todo-Poderoso.

«Sí, continúa el publicista, es en virtud de esa ley, *Ama á tu prójimo como á tí mismo,* que el grande hombre emprende su viaje, tranquilamente, sin que eso forme un pliegue en su pensamiento, á tomar posesión de los países, los bienes y las personas.»

«Esos pueblos inocentes lo creen bajado del Cielo: es él mismo el que nos lo dice; él va crüelmente á desengañarlos! Ellos le ofrecen con un corazón benévolo, agua, frutas y flores; en cambio le dan las gracias con el pillaje, con la violencia y con el asesinato si se resiste.»

«Pero, qué!—ellos no son cristianos y nosotros lo somos!»

«Esa palabra basta, explica todo.....»

«Nosotros les traemos la fraternidad,—que se exhibe por la esclavitud!

«Uno se confunde de admiración.....»

«En seguida viene la indignación cuando se piensa que, bajo ese bello pretexto religioso, no existe sino simple y brutalmente, la razón del más fuerte (*Ego nomine leo*). Esta razón bastaba en el siglo XV; ella basta todavía en nuestro tiempo con frecuencia, y siempre decorándola con el nombre de civilización cristiana».

«¡Ah! que los civilizados son bárbaros!.....y son lentos para adquirir las nociones más elementales de la justicia!..... y el interés brutal se engalana cómodamente con las palabras más sonoras!.....y la violencia es insolente para usurparlo todo, y sobre todo el nombre de DERECHO!.....que es lo que constituye entre todas las usurpaciones, la más odiosa, la más desleal y la más irritante.»

«Así, como decía muy bien, no ha mucho tiempo Mr. Baudrillart, *se encuentra justo y caritativo ir á plantar su pabellón en un pueblo inofensivo, para traerlo á sus ideas y á sus costumbres; ampararse de su territorio,* PARA ENSEÑARLES LA PROPIEDAD Y LA FAMILIA; *y matar la gente sin ningún escrúpulo,* PARA ENSEÑARLOS Á VIVIR!.....»

«Si hoy, aún nos encontramos en ese estado; si se deletrea aún, y sin saber leer, el A, B, C, de la justicia, ¿qué sería eso en el siglo XV?—Entonces, puede decirse que se estaba en la Cruz de Jesús. Ese signo era la respuesta de todo.»

—«Tales eran las ideas del tiempo; y esa es la única circunstancia atenuante, que puede uno ensayar de hacer valer en favor de Cristóbal Colón, que, impregnado de las ideas de su siglo, su conciencia no se despierta á la vista de esos pueblos inocentes y dulces; tratando como á rebaños, esos hermanos á los cuales les llevaba las verdades evangélicas!».....

Detengámonos, á nuestra vez, en considerar y juzgar las acciones, palabras y hechos que antes hemos narrado, de conformidad con los documentos, que los constituyen, la misma relación diaria del Almirante, sin que el fallo severo é imparcial que resulte del espíritu de justicia bien aplicado, y del verdadero sentimiento cristiano y humanitario bien entendido, desquicie en nada la gloria inmensa, imperecedera que corresponde al Ilustre Genovés *Cristóbal Colón!*

Por cuanto á nosotros, admiradores entusiasta del más heroico y más grande de los hechos que de un hombre puede registrar la historia de la humanidad; animados de un sentimiento de justicia del cual no podremos prescindir, probado con el hecho de negarnos á dar á estas regiones el nombre que el mundo inconcienzudamente le ha discernido, impropia é injustamente, sirviéndonos de circunlocuciones en este libro para evitarlo, cuando no podemos llamarlas ¡ COLOMBIA ! que es el nombre ó distintivo que le corresponde; cuanto á nosotros, decíamos, creemos que no debe jamás escribirse una historia, sea de un hombre, sea de un pueblo, sobre todo en circunstancias supremas para ese pueblo ó para ese hombre, sin que la imparcialidad y la justicia, brillen como dos estrellas luminosas en ese cielo de gloria conque le cubre la fama.

Hay sobre todo dos puntos que universalmente conmueven y hacen vibrar hasta las fibras menos delicadas, é interesar á los más indiferentes; y es cuando la iniquidad y la desgracia hieren á una nación ó pueblo, ó á un grande hombre que representa ó en quien se refleja una grande idea. Por eso todos los publicistas, moralistas y filósofos, han considerado siempre á la posteridad como á la justicia ciega, que á la vez que levanta la espada sin conocer ó ver al que va á herir, ama y defiende los débiles injustamente tratados, y venga á los oprimidos injustamente condenados.

Los pueblos encuentran algunas veces medios para castigar

la injusticia ejercida contra ellos; los hombres encuentran también quien los vengue de la injusticia de un pueblo; pero los unos y los otros encuentran en la posteridad, ó el castigo que es el anatema, ó la justificación que es la gloria desde cuyo trono los contempla la historia.

Si un pueblo se despierta en la mañana de un bello día, si no atacado en frente de un espectáculo bélico, de hombres equipados con diversas especies de armas; invadidos sus mares y sus territorios; insultado por la introducción en su suelo sin previo aviso ni demanda; ultrajado en su independencia, desde que se dispone de su suelo para declararlo propiedad de otro; sumergidos en la más injustificable esclavitud, desde que se les declara súbditos de un soberano, que ni Dios ni la naturaleza les ha dado; maltratado y torturado desde que se arrastra á sus hijos para conducirlos por la fuerza á otros países, no como hombres sino como COSAS y cuando más como *animales* curiosos, tomando la fuerza y las ventajas morales y materiales por DERECHO, y el acero y la pólvora por *título;* la posteridad está en el deber de juzgar imparcialmente y en justicia esos hechos; las sombras en un cuadro, son precisamente las que pueden hacer resaltar más la luz, para bien distinguir los perfiles y contornos.

Colón debe ser contemplado en sus virtudes y en sus defectos, para que se le admire más como hombre; sus defectos juzgados uno á uno, como vamos á hacerlo, tienen causas atenuantes que disminuyen la pena, y todos juntos son muy excusables comparándolos con la grandeza de su obra y el misterio de su vida.

Veremos también si los Soberanos y la Nación á quien sirvió de una manera inimitable, le correspondieron con la justicia que merecía y con la gratitud que le debían. Nuestro libro sería apasionado y vulgar si pretermitiésemos llenar cumplidamente el deber que nos impone la circunstancia solemne que pone la pluma en nuestra mano, al despertar su recuerdo del largo sueño de *cuatro centurias* de tiempo, al cabo de las cuales, estos países que, justo es llamarles

¡LA COLOMBIA *del Sur ó el Sur* DE COLOMBIA!,

rinden juntos con algunos de la vieja Europa, el grande homenaje debido al único hecho que las generaciones venideras y el progreso hoy incalculable de sus ciencias, no podrán igualar jamás.

EL GRAN CAPITULO

—

SEGUNDA PARTE

—

FILOSOFÍA DEL PROGRESO.—FILOSOFÍA DE LOS PRINCIPIOS Y SOBRE LA MORAL.—UN COMPAÑERO DE IDEAS.—LA PRIMERA ACOGIDA DE LOS SALVAJES.—LA CONDUCTA QUE COLÓN OBSERVA EN CAMBIO.—COLÓN CONTRADICIÉNDOSE.—IMPONER LA FE CON LA VIOLENCIA.—LA CREENCIA DE LA EDAD-MEDIA.—PROTESTA DEL OBISPO BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.—ESCENA REFERIDA POR COLÓN.—OTRAS REFLEXIONES.—UNA CONSIDERACIÓN QUE HACE SONREIR.—NUEVA REFERENCIA DE COLÓN.—OFRECIMIENTO DEL ALMIRANTE.—LA PALABRA ODIOSA.—JUSTA IMPUGNACIÓN DE LAS PALABRAS Y DE LAS IDEAS.—EL PRINCIPIO DE LA ESCLAVITUD EN EL MUNDO DE COLÓN.—PARALELO DE LAS DOS CIVILIZACIONES.—LOS DOS GRANDES PRINCIPIOS.

A ESTA hora, en que las creencias, las costumbres, las ideas, la civilización, en fin, se encuentran separadas por un torrente de horas, de días y de años, de las de la época de las cruzadas en que la pasión del fanatismo religioso, modelaba la de las antipatías; á esta hora en que la voz universal de los hombres, principia ya por no hacerse oir preguntando los unos á los otros, de qué templo vienen; qué ídolos adoran; qué creencia profesan; qué estandarte enarbolan; si es el del bu-

dismo; el del hebreo antiguo ó el del samaritano; el del cristiano católico ó protestante; el mahometano ó musulmán; el del romano de rito ó griego de superstición; ó en fin, el del ateo, el del idólatra ó el del indiferentismo, el más pernicioso porque es el más chocante y el que no tiene ningún punto de contacto con todos los demás; en estos tiempos, decíamos, en que los hombres de las diferentes nacionalidades que pueblan el mundo, no se exigen los unos á los otros, sino la tolerancia, la justicia, la honradez, la ocupación, la inteligencia, la labor, el patriotismo, el respeto del derecho, la moralidad en todo sentido, el valor en las circunstancias extremas, sea para soportar las vicisitudes en la vida material, sea para ocupar el puésto en que la Providencia le sitúe en su paso por el callejón de la existencia terrestre; el valor!..... sí, para constituir un dique que impida el desbordamiento, ya surgido del propio suelo lanzado por las pasiones, ya el de una raza conquistadora devorada por la ambición, que es necesario contener en su lucha, antes que entregarse al cataclismo que sigue siempre á la usurpación de los territorios, de las nacionalidades, de la libertad y de la vida.

En estos tiempos y nutridos con los principios filosóficos de los grandes moralistas modernos, podremos, como lo hemos dicho más arriba, comentar con el propio texto del ilustre navegante, sus hechos y sus pensamientos, con relación á los hombres y á las tierras que acaba de descubrir.

Seguros de que los intereses de la moral exigen una severa justicia, diremos lo que pensamos y hemos pensado siempre, desde que pudimos estudiar con reflexión la historia del descubrimiento hecho por el Almirante *Cristóbal Colón*, pues todo lo que se relaciona con ese grande hecho, no son cosas que corresponden á un día ó á una época, sino á la eternidad de estos países; y por lo mismo que ellos son superiores por su grandeza y por su duración, y que los tiempos, las vicisitudes y los gobiernos no pueden desquiciar de la altura en que se encuentran, por esa misma razón debe el juicio severo, moral y justiciero acompañarles. Callarlo sería una traición; y si puede dispensarse la traición sobre un sujeto, sobre tres sería imperdonable, y el silencio en este caso no sólo traicionaría á la moral, sí que también á la verdad, á la justicia y al país.

Por fortuna nuestra labor es fácil, y nuestra satisfacción es

completa, al encontrar un moralista que antes que nosotros ha pensado como nosotros, y preferimos que sea su voz autorizada la que exprese nuestro pensamiento, ya que nuestras ideas, nuestro juicio y nuestras decisiones son las mismas; es el señor de Lamartine que va á hablar por nosotros.

«Examinemos, principia, la acogida hecha á Colón y á su gente, por los pueblos del *Nuevo Mundo*, y en seguida la conducta observada por Colón y su séquito de Españoles con relación á aquéllos, y dígasenos de parte de quién está la barbarie: si de la de los salvajes ó de la de los civilizados.»

«Los naturales vienen á la playa, admirados y alegres, ofreciendo á los desconocidos, agua, frutas, flores y todo lo que poseían.

—«*Como nosotros fluctuábamos para ir á tierra, dice Colón, porque la costa no era favorable, ellos se tiraron al agua nadando para venir á encontrarnos. Nosotros comprendimos por los signos que nos hacían, que nos preguntaban si veníamos del Cielo. Hubo un anciano que subió á mi barca; otros llamaban á grandes gritos, todos los habitantes, hombres y mujeres.*»

—«Vengan á ver, decían con grandes gestos, vengan á ver gentes que vienen del Cielo: tráiganles que comer y que beber!.....»

«*Vino un gran número de hombres y mujeres, trayendo todos alguna cosa;* Y PARECÍA QUE DABAN GRACIAS Á DIOS, *prosternándose y levantando las manos al Cielo. En seguida nos invitaban á ir á tierra y todo eso con ruidosas aclamaciones de alegría.*»

«*Hé aquí la primera acogida de los salvajes; veamos el primer sentimiento de los cristianos.*»

«YO BUSCABA CON LA VISTA, *dice Colón*, UN LUGAR EN QUE PODER CONSTRUIR UN FUERTE.»

«*Mis miradas se detuvieron en una pequeña cuasi Isla que contenía seis ranchos ó chozas rústicas: en dos días podía hacerse una Isla; sin embargo dudo que esa precaución sea necesaria: los habitantes son muy apacibles y parecen inexperimentados en todo aquello que se relaciona con el combate. Vuestras Altezas se darán fácilmente cuenta al ver* LOS SIETE INDIVIDUOS *que hice coger á fin de conducirlos á España, donde aprenderán nuestra lengua y*

en seguida yo los trasportaré de nuevo allá para que sirvan de intérpretes. Y aun garantizo más, si vuestras Altezas me ordenan el traer todos los habitantes á Castilla, ó hacerlos prisioneros allá, nada se opondrá; es una tarea para cuyo desempeño bastarían cincuenta hombres.»

«De modo que, á la acogida alegre, confiada, hospitalaria de esas apacibles y mansas poblaciones, Cristóbal Colón responde en primer término, con un pensamiento de desconfianza y de guerra: *Yo buscaba con la vista donde poder construir una fortaleza;* en seguida por un acto de violencia, comete un rapto; y todo eso muy sencillamente, sin sombra de escrúpulo de conciencia, sin fluctuación, sin escrúpulo moral de ningún género; parece que, ni sospecha la injusticia que comete, arrebatando á esos hombres su libertad; y nada dice, ni procura justificar esas violencias; á menos que no sea en guisa de justificación indirecta ó implícita que él repite varias veces: *no se observa en esos pueblos ninguna apariencia de religión;* lo que, por decirlo de paso está ya contradicho de una manera general y flagrante por algunos de sus propios detalles que preceden:» (*parecían que daban gracias á Dios prosternándose y levantando las manos al Cielo,*) (1) y lo será aún formal y expresamente más adelante, en la misma relación de Colón.»

«Pero aun cuando así fuese!.....¿es esa una razón para oprimir á esos pueblos inofensivos y benévolos, so pretexto de convertirlos?

«Importar la fe de viva fuerza!.....¿no es esa una contradicción en los términos?.....

«Lejos de imponer la fe á otros, el hombre no puede imponérsela á sí propio; ella no depende en manera alguna de la voluntad, con mayor razón menos puede depender de la violencia; y como dice un poeta pagano, salvar la gente á pesar de ellos, es matarlas.»

«Pero los cristianos han cambiado todo eso: era la creencia de la edad media, que la violencia podía permitirse, para procurar á los prójimos su eterna salvación; y que, en el interés de la fe y de la conversión universal, era legítimo ha-

---

(1) Nosotros intercalamos este dicho de Colón, como comprobante de la contradicción inflagranti.

cerse dueño de los infieles y de sus territorios. Aún hoy, cuando es cuestión de tener que tratar con pueblos lejanos que parece están fuera de nuestra civilización, en nada se preocupan para dejar á un lado las máximas de la libertad de conciencia, de que hacemos entre nosotros tanto rüido; se es descaradamente injusto, injusto y brutal; se les envía la fe cristiana con tiros de cañón, y se abusa en la jornada del nombre de la Divina Providencia.....¡ Pobre Divina Providencia!.....puesta en todas las salsas por los más grandes bribones y los más refinados bellacos.»

Sin embargo, desde el siglo de Colón, algunas almas más humanas y más realmente cristianas, sintieron la injusticia de esa conducta; y no fué sino más tarde que la experiencia hizo ver que aquella era tan impolítica como odiosa.

El Obispo Bartolomé de las Casas, que tomó parte en las otras expediciones de Colón, protestó con una noble y elocuente indignación, contra esas violencias tiránicas.

En contestación á Sepulveda, órgano de los fanáticos, que había escrito un libro para sostener, según las leyes de la Iglesia, era un deber exterminar á cualquiera que rehusara abrazar la religión cristiana; Las Casas publicó varias obras en que se respira un ardiente amor por la justicia y la humanidad. La principal de esas obras se titula: «*Brevísima relación de la destrucción de las Indias;*» que apareció en Sevilla en 1552, y fué traducida en la ciudad de Anvers, el año 1679, por Jacobo de Migroda, bajo el título de «*Tiranía y crueldades de los Españoles.*»

Cristóbal Colón, es necesario reconocerlo, no tenía el alma evangélica de Las Casas; ya vamos á decir una palabra bien dura que revelará completamente sus sentimientos.

Pero continuemos con los hechos.

«Durante la noche, uno de los insulanos que se habían cogido saltó fuera del navío y se salvó á nado: al día siguiente otro hizo lo mismo, echando al agua una piragua que habían colgado sobre la *Niña*, sirviéndose de ella para huir; y aunque le persiguieron, pudo escapar llegando á tierra y desapareciendo por en medio de los árboles. A esa escena sucedió otra que Colón refiere así :»

«Otra pequeña piragua venía de una de las puntas de la isla; conducida por un solo hombre, que ofrecía en cambio una paca de algodón, pero no quería subir á la carabela: varios marineros se tiraron al agua y lo cogieron. Yo veía todo eso desde la popa de mi carabela: hice venir el indio y cuando estuvo cerca de mí, le hice poner sobre su cabeza un gorro encarnado; en los brazos cuentas verdes; en las orejas dos cascabeles, y ordené que se le devolviese en seguida su piragua que habían montado ya sobre la barca, y lo dejasen retirarse. Del mismo modo ordené que se desatase otra piragua que tenían retenida en la popa de la Niña. Yo observaba con interés lo que iba á pasar en la orilla de la costa en el momento en que llegase el indio á quien acababa de hacerle aquellos regalos, y de quien no había querido recibir el algodón.

A su llegada fué rodeado de un gran número de habitantes, que parecían alabarnos mucho; é imagino que él les decía que si habíamos conducido con nosotros el indio que acababa de escaparse por el bosque, había sido sin duda, porque nos había cometido alguna falta. Mi objeto fué, en efecto, que diera informes favorables sobre nosotros, y con tal fin, le traté bondadosamente, prometiéndome que no se les encontrase hostiles cuando vuestras Altezas enviaran de nuevo á esta isla.»

Así, el interés y sólo el interés era el que le dictaba eso que él llamaba bondad, y que no era otra cosa que justicia. Cuando se mostraba humano era por política;.....y lo decía sin rodeos y sin necesidad, á menos que no fuera para darse mérito, según las ideas de ese tiempo en que la astucia pasaba por virtud, como decía Luis XIV, de Commines: «era un sabio y malicioso hombre.»

De resto, obsérvese que Colón no tenía fijeza en sus principios, y su política flotaba. Por momentos le venía la fantasía de prohibir á sus compañeros las violencias de que él mismo no se abstenía sino cuando le placía, ó por una reflexión del momento.

Martín Alonzo Pinzón se había apoderado de cuatro hombres y dos niñas; el Almirante les hizo dar vestidos y los despachó libres; *porque, decía, los habitantes de todas esas islas eran vasallos del rey y de la reina, cuyos pueblos debían ser tratados con humanidad y benevolencia, sobre todo porque en estos países se encuentra mucho oro y muchas especias.»*

Involuntariamente uno sonríe al oír está última consideración, que revela el carácter de Colón.

En las primeras palabras, el Vi-rey se hace sentir celoso de su poder; en las últimas, es el Genovés comerciante. ¿Dónde está el cristiano?.....¿Dónde está el hombre?.....No veo ni el uno ni el otro.

A cada instante él olvida esas máximas del interés bien entendido, que hubieran al menos producido efectos análogos á los de la verdadera humanidad.

«*Ayer*, dice, *una piragua se aproxima á mi carabela; cinco de los seis jóvenes que se encontraban en ella subieron á mi barca; yo los hice detener y los traigo. En seguida envié una comisión á una choza que se encontraba del costado Oeste del río, y me trajeron siete mujeres pequeñas y grandes* y *tres chiquitos.*»

«Dos de esos cinco jóvenes se fugaron cuatro días después; pero en compensación sucedió que un desgraciado, marido de una de las mujeres arrebatadas y padre de los tres niños vino á pedir que lo condujesen junto con su familia, si no querían devolverles la libertad. En efecto se lo llevaron.»

Pero escuchemos esto.

«*Con sólo los marineros que se encuentran en mi barco,* dice el Almirante, *yo puedo explorar como dueño y señor, todas esas islas. Los habitantes no tienen armas y andan desnudos; son timoratos; mil de esas pobres gentes toman la fuga delante de tres de nuestros hombres.* ¡HAN SIDO HECHOS PARA OBEDECER!.....*Ellos sembrarán y ejecutarán todos los trabajos que se les ordene.*»

«*¡Han sido hechos para obedecer.....!*»

Palabra odiosa, sorprendente sobre todo en los labios de un hombre nacido del pueblo, y de quien no podía decirse carecía de la educación de la desgracia! «*¡Han sido hechos para obedecer!.....*»

¿Dónde está la fraternidad cristiana que aportáis á los pueblos nuevos?.....Y á falta de los sentimientos cristianos ¡cómo!.....¿la humanidad solamente y la razón no os dicen lo que semejante frase contiene de abominable, de irritante y de indigna ?.....

¿Cómo ha podido surgir ese pensamiento horroroso y diforme en vuestro espíritu?.....

¿Cómo vuestros labios han podido pronunciarlo?.....

¿Cómo vuestra pluma ha podido escribirlo?.....

¿Y por qué no lo borró?..... Pero nó: tal es la injusticia sencilla, y si puede decirse así, la inocente brutalidad de las costumbres del Siglo XV, que ese pensamiento surgió de la fuente sin que el grande hombre se apercibiese!

¡Poder de las ideas de la época, ejercido sobre las inteligencias más elevadas!

¡Debilidad del sentido moral individual!

¡Lentitud de la justicia para brotar en las almas del seno de las preocupaciones, de las supersticiones y de los intereses egoistas.....!

Hoy mismo y en esas regiones..... (1) en que Colón no se muestra tan humanitario como ha debido, inaugurando el reinado de la fuerza, ¿no se ven naciones (civilizadas en todo lo demás) conservar obstinadamente por máxima, ese pensamiento anti--social, anti--humano: *Han sido hechos para obedecer?* » [2]

¡Y combatir por él como si fuera por el honor!.....

¡Y sacrificarle con alegría la unidad de la Patria!.....

¿Y no se ve á sus adversarios que al mismo tiempo que combaten por la abolición de la esclavitud, desprecian estúpidamente los hombres de color, por sóla esta razón, mas no por la ignorancia?

Así era como los españoles iban sembrando los odios sobre esas *tierras nuevas*, en lugar de la amistad evangélica, de que los salvajes con sólo el instinto de la naturaleza, les habían dado el ejemplo.

¡Así, con la bandera del Cristo Redentor, era la esclavitud la que se plantaba!..... ¡Ah! cuánta negación..... cuánta contradicción de la íntima esencia de su religión, de su moral, de su propio interés!

Hé aquí cómo se exhibieron los hombres europeos, en los

---

(1) El autor de esta obra hace uso del nombre que, por justicia se ha propuesto emplear, tal es el de «*Colombia.*»

[2] Desde el principio del Siglo XIX principió á desaparecer en estos países de «Colombia» la esclavitud, que quedó definitivamente extinguida en Venezuela el año de 1853.»

territorios y mares de las regiones del *Nuevo Mundo* encontrado por el Almirante COLÓN! La civilización traída por los Españoles era una doble tea que, tan pronto inflamaba el despotismo, tan pronto el fanatismo. Desde los primeros momentos se pensó en conquistar la fe de los pueblos, con la conquista de su libertad; establecer en las razas la servidumbre de los cuerpos, para llegar más tarde á la servidumbre del espíritu. Una Teología defectuosa y una Filosofía incompleta, era también la doble cadena conque contaba la mano del despotismo para oprimir á las generaciones venideras de los pueblos del *Nuevo Mundo.*

Por fortuna dos orígenes distintos, debían necesariamente producir dos principios opuestos; el uno obligando constantemente á la servidumbre y á la obediencia, el otro pugnando siempre por la libertad y la autonomía de la Patria. Los europeos no pensaron que la libertad en estas regiones, se respiraba en el aire que sopla, en la temperatura que la conforta, en la atmósfera que le da vida, y que ella, no obstante, es como la luz que puede eclipsarse momentáneamente interceptando su brillo sin extinguir el día; pero que, así como el eclipse pasa y la luz vuelve en todo su esplendor, así la esclavitud se extingue, se confunde, y la libertad vuelve al cenit del suelo que la vió nacer, y de la historia que debe contemplarla. (1)

Por el efecto de ese principio contrario en la naturaleza del Indio, diferente al de la del europeo, esa civilización no podría ser siempre, como en ellos, una civilización obediente, sino por el contrario, discutida y razonada; y en consecuencia la soberanía de un amo, debía declinar ante el imperio de la ley, con la cual se igualan todos los derechos.

Esa civilización venida de climas sombríos, muda, contemplativa, nacida en medio de la esclavitud, tenía necesariamente

---

[1] Permítasenos el que, hoy que emprendemos la publicación de esta obra escrita desde el año de 1891, justifiquemos los últimos conceptos aquí estampados, haciendo notar que, no sólo el inmortal Colón tuvo que sufrir el desencanto de un injusto tratamiento por parte del gobierno Español, si que, apenas terminadas cuatro centuarias, que para la vida de un pueblo pueden considerarse algo menos que cuatro lustros en la vida de un hombre, se encontraban libres los territorios conquistados por la España, no quedándole en el suelo descubierto por Colón, el más pequeño dominio.

que transformarse en una civilización hablada, discutida, escrita, dialogada, con el rüido del movimiento que indica la vida, y no con el silencio de la quietud que implica la muerte, *silentium transire* como decía Salustio.

En fin, entre la una y la otra de esas dos civilizaciones, la naturaleza misma debía establecer la diferencia que existe entre la movilidad del joven y la tranquilidad del anciano; la una dilatando sus miradas en el porvenir, la otra contemplando en silencio los sucesos del pasado.

Tales son en concreto los dos grandes principios que han venido agitando al Mundo con sus convulsiones revolucionarias, regando siempre con sangre y con lágrimas, primitivamente las regiones del Oriente, después las del Occidente, en las cuales comprendemos las épocas de la antigua y la moderna Grecia, de Roma, de la Europa, y en fin, la del *Nuevo Mundo.*

CAPITULO LIV

POBREZA DE LOS INDÍGENAS.—GUANAHANI NO ERA EL SUEÑO DE COLÓN.—LOS HUÉSPEDES SE VAN SIN DESPEDIRSE.—COLÓN ABORDA Á OTRA ISLA Á LA QUE DA EL NOMBRE DE FERNANDINA.—LO QUE DICE EL DIARIO DEL DÍA 19.—EL ALMIRANTE ESPERABA VER AL REY DE LOS INDIOS.—SIGUE COLÓN CON SU BELLO IDEAL.—LLEGADA Á LA ISLA DE CUBA.—ASPECTO DE LA ISLA.—PERMANENCIA EN CUBA.—REPARACIÓN DE LAS CARABELAS.

Continuemos con el Diario.

En la mañana *del día 13 de Octubre*, el Almirante y sus oficiales volvieron á desembarcar en la Isla, y en este día pudieron recorrer mayor extensión de tierra, y teniendo ocasión de admirar más de una vez, la rica vegetación de aquel suelo favorecido por una espléndida naturaleza, virgen y bella; pero ningún rastro de cultura indicaba que los habitantes se ocupaban en sacar algún provecho de aquel privilegiado suelo.

Pudieron, como lo habían hecho la víspera, observar aun en otras personas que se presentaron á verlos, el carácter dulce y apacible de aquellas gentes sumidas en una pobreza extrema, como su ignorancia y su sencillez.

Colón observó todas las inmediaciones durante dos días. Al ver el aspecto pobre de aquella población, comprendió que aquel no era el rico país que él había soñado, con ciudades florecientes, en las que se encontrarían soberbios templos deslum-

brando con el brillo del esplendor del Oriente. Mas como según la teoría que él se había formado sobre la situación de las comarcas más orientales del Asia, él se persuadió que *Guanahani* á quien había dado el nombre de *San Salvador*, era una de las numerosas islas que los geógrafos describían como regadas en el vasto Océano que baña las costas de la India.

Esta idea la favorecía la indicación de algunos indios á quienes preguntándoles con discreción dónde adquirían aquel metal (pequeñas placas de oro) que llevaban pendientes de las narices, le hicieron comprender por señas, que lo traían del Sur. Con este dato, y no dudando que, al navegar hacia el Sur, encontraría las ricas comarcas que eran el objeto de su viaje, resolvió no esperar más tiempo y esa misma noche desplegó las velas de sus naves y se puso en marcha, sin que los indios lo comprendiesen.

El martes 16 de Octubre, la pequeña escuadra del Almirante, hizo rumbo hacia una isla que él divisó al Oeste, y en la que, según lo que por señas había podido comprender de los indios de *San Salvador* ó *Guanahani*, los habitantes de aquella isla usaban cadena de oro en el cuello, en los brazos, en las piernas y hasta en las orejas y las narices, lo que animaba un poco á Colón, que por momentos se inquietaba de la situación de no haber encontrado en aquella isla sino una pobreza excesiva y nada de lo que se prometía.

Colón aborda á esa isla, desembarca, toma posesión de ella, como había hecho con la primera, y le pone el nombre de *Fernandina;* en seguidas «yo la recorrí en contorno, dice, buscando á *Samaot* ó *Samaet*, lugar en que todos los indios pretendían que se encontraba el oro, pero ignoraba si ese nombre se lo daban á una ciudad ó á una isla.

El suelo, las producciones y los habitantes, eran en todo semejantes á los de *San Salvador*, razón por qué no se detuvo en ella, sin descuidar informarse, «de dónde traían el oro», á lo cual recibió la misma contestación:—«Que el oro lo traían del Sur».

El viernes, 19 de octubre, dice el Diario, «Mis ojos no se cansaban de contemplar esa verdura tan bella; y ese follaje tan diferente á los de nuestros árboles».

«Estoy persuadido de que entre todas esas plantas y arbustos deben encontrarse muchos que serían preciosos en España, sea para la medicina, sea para la tintura, sea para la especiería; pero desgraciadamente yo no conozco nada de eso. Al llegar al *Cabo*, las flores y los árboles esparcían tan agradable perfume, que el aire lo aspirábamos con delicia. Yo penetraré mañana en el interior; es en el interior según el dicho de los indios que están con nosotros, donde reside el rey. Yo veré á ese rey; yo hablaré con ese soberano que, según dicen ellos, gobierna todas las islas de los contornos; usa vestidos magníficos, y está cubierto de adornos de oro».

«Sin embargo, no tengo una gran confianza en lo que me dicen, y además, es posible también que yo no les comprenda exactamente lo que quieren decir; y como ellos no tienen mucho oro, acaso exageran el valor y la cantidad que el Rey posee».....

«De resto no tengo la intención de visitar todas esas islas, y de hacer un estudio detallado de ellas, no lo acabaría en cincuenta años. Quiero tan sólo descubrir el mayor número posible de países y retornar el mes de Abril cerca de Vuestras Altezas, si Dios me lo permite».....

«Sólo en el caso, añade en el mismo escrito, que yo descubra un lugar en que verdaderamente se encuentre mucho oro y especias, me detendré para reunir la mayor cantidad posible».

Dos días permaneció Colón en las orillas de la costa de la isla, *el lunes 22 y el martes 23 de Octubre*, siempre con la esperanza de ver al Rey, lo que no sucedió, pues apenas vieron los habitantes, unos pintados de blanco, otros de rojo, otros de negro, etc.

La falta de brisa, dice la relación, estacionaba las naves, no obstante que Colón había decidido navegar hacia una gran isla de la que tenía informes existían en sus costas muchas y muy grandes *piraguas*, y una gran cantidad de marinos. Bastaba este informe para que la imaginación febril del Almirante, forjase la persuasión de que aquella isla fuese indudablemente el tan soñado Zipon-gou (el Japón).

«Yo iré en seguida á la Tierra Firme, á la ciudad de *Guinsay*, y pondré en las manos del Gran-khan, las cartas de Vuestras Altezas».

Con este sueño florido, el Almirante continuó navegando hacia el Sur, y llegó, en fin, *el 28 de Octubre*, al frente de una vasta comarca que, en lugar de ser plana como las islas que había visitado precedentemente, ofrecía por el contrario, un terreno quebrado, en que se multiplicaban las colinas y las montañas, con bosques y planicies cruzados por ríos, que le hicieron creer que había llegado al continente. Pero pronto pudo convencerse de su error, tanto por la relación que le hicieron los insulanos, cuanto por lo que él mismo vió en sus excursiones que aquella era una isla, que los naturales llamaban «CUBA»; la bella isla de *Cuba*, de que los indios de Guanahani le habían hecho comprender, que era necesario un viaje de veinte días en canoa para dar la vuelta á toda la isla, que estaba regada por diez grandes ríos, donde se encontraban perlas y minas de oro.

El aspecto que presentaba la isla de *Cuba* era distinto al de las otras de los Lucayos; al primer golpe de vista notábase que era más fértil que todas las demás; en muchos lugares se encontraba cultivada; á muy cortas distancias veíanse sitios encantadores y sus habitantes que los había en mayor cantidad que en las otras islas, parecían más civilizados, más inteligentes y menos pobres; pero el Almirante no veía, sin embargo, la cantidad de oro que él se prometía, suficiente para satisfacer la avidez de sus compañeros á quienes tánto había prometido; y mucho menos para equilibrar los gastos que los reyes habían hecho para favorecer su expedición.

La pequeña escuadra permaneció al frente de aquella isla durante algunas semanas, explorando en cuanto podía, el suelo de aquella privilegiada comarca, é investigando dónde se encontraba el oro, que era el móvil principal de sus pezquisiciones; lo que hizo que los naturales de la isla comprendiesen el gran mérito que los Europeos daban á aquel metal, y tratasen de explicarles por medio de signos y de gestos, que al Este existía otra isla llamada Haití, en la cual se encontraba el oro en mucha mayor cantidad que la que existía entre ellos.

Colón había emprendido la reparación de sus carabelas, que, principalmente dos, se encontraban en muy fatal estado, después de tres meses de navegación continuada, y sin haber quedado bien preparadas en el puerto de Palos.

CAPITULO LV

INFORME DE LOS INDÍGENAS.—DOS Ó TRES DÍAS MÁS, Y COLÓN DESCUBRE SU ERROR.—MARTÍN ALONZO PINZÓN SE ALEJA DE SUS COMPAÑEROS.—INSUBORDINACIÓN DE PINZÓN.—HAITÍ Ó LA HISPANIOLA. —AL FIN SE ENCUENTRA EL ORO.—EL CIBAO.—NAUFRAGIO DE LA «SANTA MARÍA».—PREOCUPACIÓN DEL ALMIRANTE.—NECESIDAD DE RETORNAR Á EUROPA.—SITUACIÓN DEL ALMIRANTE.—DECISIÓN ACORDADA POR TODOS.—LOS INSULANOS ACEPTAN EL QUE SE QUEDEN CON ELLOS LOS EUROPEOS.

El *martes 6 de Noviembre*, dice Colón, «hoy he hecho botar al agua el barco y apuro los trabajos para ver si puedo, con la protección de Dios, salir el jueves con dirección al Sur-Este, en busca del oro, de las especias y para descubrir tierras».

Los naturales le habían dicho que, «de ese lado encontraría la isla *Babeque*, en donde se servían de martillos para hacer lingotes con el oro que recogían durante la noche sobre la playa, alumbrada con la luz de los candiles».

La necesidad le obligó á retardar la salida hasta el 12 de Noviembre, á causa de los vientos contrarios á la dirección del Este—cuarto Sur-Este, que era la que debía tomar.

«Este cambio de dirección, dice Washington Irving, tuvo una influencia considerable sobre los descubrimientos de Colón. El había venido precedentemente navegando en lo que se lla-

ma el antiguo estrecho, entre *Cuba* y los *Bahamas;* dos ó tres días más y habría descubierto el error en que se encontraba, suponiendo (á pesar del dicho de los naturales), que *Cuba* formaba parte de la Tierra Firme; error en el cual permaneció hasta su muerte. El hubiera podido recoger además, informes sobre la proximidad del continente y dirigirse hacia la costa de la Florida; ó bien aún, continuando de navegar á lo largo de *la Isla de Cuba* en la dirección del Sur-Oeste, encontrar la costa opuesta del Yucatán, y realizar sus más brillantes esperanzas haciendo el descubrimiento de Méjico. Pero bastaba para su gloria haber descubierto el *Nuevo Mundo;* las regiones más opulentas que éste contenía, estaban reservadas para ilustrar otras empresas.

Sigue, pues, Colón con su escuadrilla la dirección hacia Haïtí; pero en la tarde del 21 de Noviembre, Martín Alonzo Pinzón, Comandante de la carabela *la Pinta*, deseando ser el primero que tomara posesión del oro y de las otras riquezas que la isla indicada prometía, se separó alejándose poco á poco de las otras dos carabelas, sin inquietarse de las señales que le hacía el Almirante para que disminuyera su marcha hasta que le alcanzasen *la Santa María* y *la Niña*, que se habían quedado atrás, retardadas por los vientos contrarios.

La Pinta sin embargo desaparece contra la voluntad del Almirante, que pone esa noche esta nota en su Diario: «Pinzón me ha dicho y hecho muchas otras cosas». Sin darse por entendido, el Almirante ordena que durante toda la noche se conservara el fanal encendido, con el fin de que Pinzón pudiera venir á ellos si quería.

Esta insubordinación de Alonzo Pinzón, no puede explicarse solamente por la avaricia del Capitán, si que también por la diferencia de posición que anteriormente había existido entre él y el Almirante, que pobre y extranjero, de un solo salto se encontraba elevado al rango de Almirante, en tanto que él navegaba en dos buques de su propiedad y toda su familia era suficientemente rica.

Quedó, pues, Colón reducido á dos naves solamente, una y otra en no muy buen estado, cuando arribó á la costa de Haïtí, á la cual dió el nombre de la *Hispaniola* ó *Santo Domingo*, como le llamaron después los naturales de la Isla; fué la parte septentrional, en la cual encontró, en efecto, mucho oro, que él

cambió de muy buena voluntad, por cascabeles, cuentas de vidrios de colores, alfileres y otras frioleras. Pero esto no bastaba; era necesario interrogar, buscar, descubrir con los naturales de la Isla, los lugares en que se encontraban las minas, única fuente que podía mitigar á satisfacción, la sed que devoraba á los expedicionarios. Todos los insulanos estaban acordes en las indicaciones que hacían al Almirante, mostrándoles un país montañoso, que llamaban *el Cibao*, el cual se encontraba situado hacia el Este de la Isla.

Á pesar de esas dudas que con razón llenaban á veces la imaginación del Almirante, el deber y la necesidad en que se encontraba de aventurarlo todo hasta conseguir el objeto que se había propuesto, le hizo ponerse en marcha inmediatamente á recorrer la costa hasta llegar al punto indicado en que debía detenerse, cuando en la noche del día 24 de Diciembre, tan celebrada entre los cristianos, puesto que ella recuerda el nacimiento del Salvador, *la Santa María*, arrastrada por una corriente, chocó contra un escollo que la hundió cerca de la quilla, haciendo su pérdida inevitable y rápida. Merced á la calma en que se encontraba la mar; á los botes de *la Niña* que navegaba á poca distancia de *la Santa María*, y al socorro pronto que prestaron los naturales de la Isla, acudiendo con un gran número de canoas, pudieron salvarse todos los objetos preciosos que conducía y los otros bienes correspondientes al barco.

No obstante, no era la pérdida de *la Santa María* lo que más preocupaba al Almirante, aunque este accidente le ponía en el caso de suspender sus descubrimientos para retornar á Europa, juzgando que sería difícil y temerario continuar con una sola carabela; era la horrible ansiedad en que le tenía la separación de *la Pinta*, que no había vuelto á aparecer, y el temor que tenía de que su Capitán Pinzón, faltando á sus deberes, y traicionando á su superior, hubiera hecho rumbo para Europa, con el fin de ser el primero que llevara la buena nueva de los importantes descubrimientos hechos, atribuyéndose los proventos y la gloria de tan trascendental acontecimiento.

Retornar, pues, para Europa sin pérdida de tiempo, era no sólo un lenitivo para las angustias que sufría el Almirante, si que una necesidad imperiosa impuesta por el celo de su reputación, el cuidado de su fortuna y la gloria de su nombre.

Pero ¿cómo realizar ese intento con un solo barco, el más pequeño, el más débil y el más averiado de toda la escuadrilla?

¿Cómo atravesar esa vasta extensión de mar, con un número tan considerable de compañeros sobre una sola nave?

¿Era prudente en tan frágil barquilla exponerlos á que quedaran sepultados en ese inmenso cristal?

¿Debería proponerles que se quedara una parte de ellos en Haïtí?

¿Consentirían ellos?

¿Se opondrían los naturales?

Colón se resuelve á proponer la cuestión para aquellos que quisiesen quedarse, haciéndoles presente las ventajas que se obtendrían de tal medida, pues los que se quedaran aprenderían la lengua de los insulanos, lo que sería una gran ventaja para las futuras operaciones; estudiarían las costumbres y las inclinaciones y los gustos de los naturales; examinarían el país y conocerían sus producciones naturales; buscarían las minas, y en fin, prepararían el establecimiento de una colonia que él proyectaba fundar á su regreso de Europa, de donde se prometía retornar muy pronto.

Oficiales y tripulación aprobaron todos aquella medida, y más de cuarenta entre ellos, pidieron voluntariamente ser del número de los que se quedasen, acaso estimulados por las riquezas que parecía contener la isla, ó por el peligro eminente que se corría de emprender de nuevo el viaje en aquella carabela.

Los insulanos generosos y complacientes, dieron nueva prueba de fraternal liberalidad, no solo aceptando el que se quedaran con ellos los europeos, sí que además, prestándose voluntariamente á prepararles su instalación; á establecer una pequeña fortaleza; á abrir un foso profundo, y á construir murallas que Colón había creído necesarias, para colocar los grandes cañones que se habían salvado del naufragio de *la Santa María*; todo lo cual se llevó á cabo en el brevísimo tiempo de diez días, gracias al ardor infatigable conque los pobres indios, diligentes y gustosos, contribuyeron inocentes, á levantar el primer monumento de su servidumbre.

CAPITULO LVI

CÓMO PRETENDIERON LOS INDÍGENAS ENTRAR EN LA CIVILIZACIÓN.—COLÓN HACE VER LOS TERRIBLES MEDIOS DE DESTRUCCIÓN QUE POSEÍA.—APRESTOS PARA EL RETORNO.—SALIDA Y ENCUENTRO CON LA «PINTA».—EXCUSAS DEL CAPITÁN PINZÓN.—EL ALMIRANTE APARENTA ESTAR SATISFECHO.—EL 16 DE ENERO RETORNO DEFINITIVO PARA EUROPA.—EL PELIGRO DE LOS DÍAS 12, 13 Y 14.—ARRIBO Á LAS AÇORAS Y TAGO.—NUEVAS ANGUSTIAS PARA COLÓN.—LA TEMPESTAD CALMA.—COLÓN LLEGA EN SU CARABELA Á LA ISLA SANTA MARÍA.

Hé aquí el principio, inocente, bondadoso, pacífico, hospitalario, humilde conque los pueblos indios de las regiones del *Nuevo Mundo*, pretendieron entrar en la civilización, sin preocuparse de otros sentimientos que el de la felicidad recíproca que puede ofrecer la paz, sin preocupación de razas ni de cultos.

Pero dejemos que los hechos continúen hablando con su elocuente lenguaje; ellos formarán las consideraciones que se ofrecen al espíritu y á la imaginación, sea de un hombre, sea de un pueblo, al desplegar ante sus ojos las nociones históricas, sin pasiones ni prevenciones de las escenas de la *cuna*, diremos con más propiedad que de la *infancia* de un pueblo, y de lo que ese pueblo ó esos pueblos recibieron de la naturaleza como herencia, sea en su facultad dominan-

te que es la que forma su razón, sea en la energía de su percepción que es la que forma el entusiasmo.

Decidido ya Colón á partir, procuró hacer creer por *medio de cariños* y regalos ofrecidos á los indígenas, el gran concepto que éstos tenían de él y de sus compañeros. Pero al mismo tiempo que les hacía todas esas demostraciones que pueden calificarse de interesadas, quiso darles á la vez una idea de los medios terribles que los españoles poseían para castigarlos y exterminarlos. Con tal objeto puso toda su gente en tren de batalla, y con pruebas inofensivas, mostró á los naturales *la bondad* del filo de sus espadas, el alcance de de sus *arcabuces*, y el efecto maravilloso de sus cañones.

Aquellos pobres hombres, más que maravillados, confundida su imaginación, por los extraordinarios efectos que ellos no podían explicarse, no les quedaba otro recurso que entregarse, como se entregaron, cuerpos y vidas, á la voluntad de esos seres que poseían medios de exterminio semejantes á los de la naturaleza.

Tomada ya por el Almirante, con objeto determinado, todas esas precauciones, embarcó varios habitantes de las diferentes islas á que él había abordado, y, además del oro que había recogido y que era el objeto principal de sus exploraciones, embarcó todas las muestras de productos naturales que podían hacerse motivo de comercio, llamar la atención y excitar la admiración de los europeos.

El día 4 de enero de 1493, se dió á la vela con ánimo de seguir recorriendo las costas de la isla, y entonces tuvo la dicha de encontrarse con *la Pinta*, que él la creía después de muchos días de retorno para Europa.

Tan pronto como Pinzón se encontró con la carabela del Almirante, subió á ella, para excusar su separación de *seis semanas*, atribuyéndola en primer término á las corrientes que le habían arrastrado bien á su pesar, y después á no haber podido encontrarlo, no obstante haberlo procurado.

Las razones dadas por el comandante de la Pinta no eran buenas, ni lo justificaban; Colón fingió, sin embargo, darse por satisfecho y contentarse, queriendo por prudencia

abstenerse de toda discusión durante el viaje. De resto, Pinzón no había hecho otra cosa que explorar la costa septentrional de Haïtí, traficar con los naturales tomando de ellos un poco de oro, pero no había hecho ningún descubrimiento importante.

El lunes 7 de enero de 1493, tuvo el Almirante que detenerse para ocuparse en tapar una brecha de agua que se había presentado en el casco de *la Niña*. *La Pinta* por su parte se encontraba gravemente averiada por los insectos marinos y hacía también mucha agua. Todo, pues, aconsejaba el pronto retorno para Europa.

Definitivamente *el 16 de enero*, con un viento favorable que se presentó, elevaron los dos barcos su velamen, y tomando la dirección hacia el Nor-Este, se separaron de aquellas costas, cuya tierra perdieron de vista bien pronto.

El viaje fué feliz durante casi un mes, navegando bien y con vientos favorables hasta el 12 de febrero, fecha para la cual había recorrido ya aquel grupo valeroso á través del Atlántico quinientas leguas, cuando de improviso se presentó una violenta y terrible tempestad que, minuto por minuto y hora por hora, los tuvo en inminente peligro de perderse durante los días 12, 13 y 14.

En el curso de esas cuarenta y ocho largas horas de fatiga y de desesperación de Colón, viendo por decirlo así, desaparecer de un momento á otro sus grandes descubrimientos que no podrían jamás llegar á España, la aterradora tempestad había nuevamente separado la carabela en que navegaba Pinzón y héchole perder su rumbo directo que llevaba, obligándole por el mal estado en que se encontraba su nave después del temporal, á hacer sucesivamente escala en las Islas *Açoras* y *Tago*.

Nueva preocupación, nuevas amarguras venían á destilar sobre el corazón del Almirante, sus gotas de alöe.

Si la suerte separaba de sus labios una copa de acíbar, era para que probara otra.

Acaso Pinzón había sido sumergido junto con su carabela en los profundos abismos de la mar por la tempestad; ó bien habiéndose salvado, había arribado á otra costa; ó lo que era

para él más terrible, el que hubiera podido adelantarse y llegar primero á España, donde se tendría ya conocimiento por la relación de aquél, del gran éxito de la empresa, debido á su constancia, á su fe y á su valor.

Por fortuna los temores de Colón no se realizaron, ni sus esperanzas se evaporaron!..... «Dios que le había dado pruebas de su protección y de su misericordia desde su salida, tenía las cosas dispuestas de otra manera..... ¿Quién puede sondear los decretos de la voluntad Divina?»

Colón, no obstante en medio de las tribulaciones que le ocasionaba la vista casi cierta del naufragio, había escrito sobre un pergamino una breve relación de su descubrimiento, y la súplica dirigida al que encontrara ese documento, de llevarlo al rey y á la reina de España.

En seguida sin comunicar su proyecto á los que le rodeaban, puso el pergamino que ya le tenía bien cubierto con una tela encerada dentro de una pipa, que desapercibidamente hizo arrojar al mar.

Pasados los tres días y las tres horrorosas noches del temporal, el Cielo se despejó, la mar se calmó de nuevo, y el 18 de Febrero arribó á la isla *Santa María* (una de las Açoras), el Almirante, para hacer reparar su carabela, que parecía no poder resistir más.

Por su parte, *la Pinta* con su Comandante Pinzón, habían sido lanzados por la tempestad, casi hasta el puerto de Marsella.

CAPITULO LVII

REFLEXIÓN FILOSÓFICA.—LA TEMERIDAD CONVERTIDA EN REALIDAD.—LA BOCA DE DRAGÓN.—LA ENVIDIA DE LOS PORTUGUESES.—EL TEMPORAL DEL 3 DE MARZO.—ARRIBO Á LISBOA.

HÉ aquí el hombre de la gloria por excelencia, cuyo nombre es el resumen más completo, el más vasto y el más brillante de la humanidad, que ha servido de base ó pedestal para el conocimiento y civilización de un MUNDO; y que sin embargo, una terrible tempestad ha podido sumergir envuelto en el manto del olvido, en la noche eterna de los tiempos. Acaso sus descubrimientos intentados por otros al cabo de muchos siglos, hubieran podido devolver al mundo todo lo que en un solo minuto de catástrofe, necesitara para confundir en los profundos abismos de la mar, un triunfo ya obtenido; un éxito realizado; pero su nombre.....! el nombre de ¡COLÓN!.....no habría resonado para la emulación de otros héroes en estas nuevas regiones; ni los ecos de su drama habrían repercutido en la ruidosa agitación de una civilización de gloria y libertad.

No obstante lo que muchos habían llamado visión, temeridad, locura, se había convertido en una realidad tangible. Esa aventura tan temida, tan amagada por preocupaciones siniestras, quedaba transformada en un feliz experimento hecho ya: estaba demostrado que podía remontarse la

curva de los mares y la convexidad del globo; la práctica determinaría los rumbos más favorables para evadir el ímpetu de los vientos, la calma de los bajíos, y el acortamiento de las distancias.

Se había visto que esa boca de dragón llamada LA ZONA TORRIDA, que debía más tarde inspirar el sublime y fluido canto de uno de los genios poéticos y literarios, del Virgilio de estas regiones, de ese hijo de la ciudad de Caracas, Don Andrés Bello, no había devorado á nadie, y que el fantasma avanzado para impedir el tráfico por los mares del Pacífico, había dejado pasar y volver á pasar á los navegantes de otros continentes, quedando así grabado con un solo surco, la vía de la flota del gran descubridor, y un puesto en la memoria de los hechos, acaso el más grande realizado por los hombres!.....

¡ Feliz Colón, que podía ya decir al mundo conocido:

HÉ AQUÍ EL TESTIMONIO DE UNA VERDAD; Y

LA EXISTENCIA DEL MUNDO DESCONOCIDO.....!!!

Colón aborda, como hemos dicho más arriba, á la isla *Santa María*, donde se detiene apenas seis días para reparar las averías de su nave.

Inmediatamente, la noticia se esparce de los descubrimientos hechos por el Almirante, y en proporción que la admiración y la credulidad popular crecía, el celo y la envidia de los portugueses habitantes de esas islas, se revela, como si ese fuera el patrimonio de sentimientos hereditarios del pueblo originario.

Colón no vió con indiferencia la injusticia de sus émulos, y tan pronto como los reparos más necesarios fueron terminados, emprendió de nuevo su navegación hacia las costas de la España, el 24 de febrero.

La previsión del Almirante lo hizo alejarse de alguna complicación desagradable con los portugueses, pero lo aproximaba á nuevos peligros que él no podía prever.

Seis días después de su salida de la isla Açora, el 3 de marzo, un nuevo temporal viene á poner á prueba la débil barca, y la destreza y recursos artísticos del navegante. Las velas fueron rasgadas por los vientos; el mástil más

importante de la carabela fué quebrado; y el casco del buque que parecía no tener ya centro de gravedad para flotar sobre las olas gigantescas, amenazaba sumergirse á cada empuje violento conque era lanzado. El peligro fué tan inminente, si nó más, que el de los días 12, 13 y 14 de febrero; pero el espíritu del Almirante se encontraba tranquilo, seguro como estaba ya de que el éxito de su empresa era conocido, y que la gloria de sus descubrimientos ya no podía ser arrebatada.

Averiada nuevamente la carabela y en muy malas condiciones, después que calmó la tempestad, para dirigirse á las costas de la Andalucía, resolvió, bien á su pesar, dirigirse á Lisboa á cuya vista se encontraba, y el 4 de marzo entró en el gran río que conduce á la ciudad de ese nombre.

CAPITULO LVIII

Colón escribe al rey de Portugal.—El Almirante intimado por Bartolomé Díaz.—Respuesta del Almirante.—Don Alvaro de Dama.—Admiración del pueblo de Lisboa.—Invitación de Juan II de Portugal.—Entrevista de Colón con Juan II.—Pretensión del rey de Portugal.—Decisión del Papa Alejandro VI.—La triste consecuencia de la Bula del Papa.

Ya hemos dicho en el principio de esta relación, la conducta observada por el rey de Portugal, cuando Colón estuvo á pedirle su protección para la empresa que se prometía llevar á cabo, y de qué manera, la conducta desleal de ese soberano, había sido la recompensa de su franqueza y de su confianza. Razón tenía, pues, Colón, en desconfiar de los portugueses y de su rey. No obstante, fuese por política, por temor ó por deber, le escribió al llegar, una carta al rey, pidiéndole la autorización para allegarse á Lisboa, temeroso de que en cualesquiera otra parte pudieran la envidia y la codicia conducir á los hombres mal intencionados á cometer una violencia contra su persona y contra los intereses que conducía, que los miraba como de la propiedad exclusiva de los reyes de Castilla, Don Fernando y Doña Isabel.

En la misma carta, y acaso para darle en cara al rey

de Portugal, le hace saber que venía de *las Indias* por el occidente, y que tenía recomendación especial de los reyes sus señores, de entrar con toda confianza, si la necesidad se lo exigía, en cualquiera de sus puertos.

Al siguiente día despues de haber tomado puerto, es decir, *el martes 5 de Marzo;* «Don Bartolomé Díaz, patrón de un gran navío del rey, que mojaba en las aguas de Rastelo, que se encontraba bien provisto de armas de Artillería y de municiones aparentes, vino á intimar al Almirante que le siguiese, para que contestase á las preguntas que iban á hacerle, el comandante de ese barco y los factores del rey.»

Colón declaró que él era Almirante del rey y de la reina de Castilla, en virtud de lo cual no tenía por qué someterse á ningún género de interrogatorio.

A esta respuesta que no esperaba el patrón y que lo desconcertó por completo, le exigió que enviase al contra-maestre de la Carabela, á lo cual se negó también Colón; pero acompañó á su negativa la presentación de las cartas credenciales de los reyes, lo que hizo que se retirase en silencio, para ir á decir á su capitán lo que había pasado.

Don Alvaro de Dama, tan renombrado por sus hazañas, y por las proezas de su valor, era el capitán de aquel barco, el cual se dió prisa en venir inmediatamente acompañado de una banda de trompetas y otros instrumentos á bordo de *la Niña*, en demostración de homenaje debido al carácter de Almirante de que se encontraba revestido Colón.

Muchas fueron las muestras de consideración y de respeto dadas por el capitán, exigiéndole se dignase pedirle todo lo que necesitara; pero Colón, prudente y precavido, contestaba con cortesía, sin dar ocasión á encontrarse ligado por la gratitud.

Dos días bastaron, para que, como en la isla Açora, *la Santa María*, la noticia de la llegada del navío Español venido de *las Indias*, circulara en todo Lisboa, excitando la curiosidad de los habitantes que afluían en masa á felicitar á Colón, y á ver, llenos de admiración, los Indios y otros objetos curiosos que él traía de las tierras que había descubierto.

Como era natural, el rey se impuso inmediatamente de lo que pasaba, y *el viernes 8 de Marzo*, ó sean cuatro días des-

pués de su llegada, Juan II invitó á Colón á que viniese á verle. El Almirante se apresuró en corresponder á aquella graciosa invitación, no sin olvidar las circunstancias anteriores pasadas entre él y el rey, tomando además todas las precauciones necesarias, para no caer víctima de una nueva perfidia.

La acogida dada por el Soberano al gran navegante, fué honrosa para éste y digna de aquél.

Juan II exigió al Almirante que tomase asiento, y oyó con agrado y atención, todos los incidentes de buena y de mala fortuna que había experimentado en su larga navegación; las tierras que había descubierto; el carácter y las costumbres de los habitantes que había encontrado; los productos naturales, etc., etc., de todo lo cual llevaba muestras á los Soberanos.

Colón era uno de esos hombres que no se reservan nada de mediocre y que aspiran á la sublimidad de la fortuna, sin temor á sus reveses; cualquiera otro hubiera usado de más reserva con el rey de Portugal, aunque no puede acusársele de imprudencia; lo que hace ver que, al entrar en algunos detalles con aquel Soberano, era con el objeto de hacer, de una manera indirecta, que se mortificase con el recuerdo de la conducta que había observado con él.

La conversación durante la conferencia, estuvo no obstante llena de afabilidad, aun haciéndole observar el rey, que, todas esas tierras que él venía de describir, le pertenecían, según los términos de un tratado celebrado entre él, Juan II, y los Soberanos de Castilla.

El rey de Portugal creía, ó por lo menos aparentaba creer, y esto fué lo que le sostuvo á Colón y lo que en seguida pretendió hacer prevalecer,—que todas las tierras descubiertas y que se descubriesen desde el Cabo Bojador hasta las Indias, le pertenecían por concesión hecha á la corona de Portugal en una Bula expedida sobre este punto por el Papa Martín V, y también por un tratado concluido en 1479, entre él y el rey y la reina de Castilla, que se compremetían á respetar los derechos del primero.

La discusión sobre este punto siguió después entre los dos reyes, habiendo apelado Fernando al Papa Alejandro VI, pi-

diendo la sanción de su derecho sobre los descubrimientos hechos por Colón, en virtud de la cual el expresado Papa consintió en ser el mediador de la *Paz* entre las dos partes, y dió la famosa Bula en que trazaba una línea ideal tirada del polo Norte al polo Sur, pasando á cien leguas al Oeste de los Açoras y de las Islas de Cabo--Verde; declarando que todas las tierras descubiertas ó por descubrir que se encontrasen al Oeste de la línea, es decir, las Indias Occidentales, pertenecerían al rey de España; y todas las descubiertas ó que se descubriesen del otro lado de la línea, es decir, del lado de las Indias Occidentales, y las costas del Africa, pertenecerían á los reyes de Portugal. [Véase Doc: núm: IV.]

Su Santidad, dicen las crónicas de ese tiempo, no puso otra condición á ese magnífico dón, que el pago inmediato de una fuerte suma entre las dos partes, y el compromiso tanto de los Españoles como de los Portugueses, de convertir *de grado ó por la fuerza*, los habitantes de esas tierras al cristianismo.

Setenta años después de la publicación de esa Bula, y por consecuencia de ella, añaden diferentes publicaciones históricas, los conquistadores y los misioneros españoles, habían hecho perecer en todos los países del *Nuevo Mundo*, más de QUINCE MILLONES de víctimas, *en cumplimiento del pacto de los reyes con el Papa*, Alejandro VI.

CAPITULO LIX

CONTINÚA LA CONFERENCIA.—COLÓN SE DESPIDE DEL REY Y VA Á VISITAR Á LA REINA.—OFRECIMIENTO DEL REY.—EXCUSA DE COLÓN.

Continuemos la entrevista de Colón con el rey de Portugal que interrumpimos más arriba.

Esta tuvo lugar *el 9 de Marzo de 1493*, de la manera más afable, como ya hemos dicho.

Juan II, sostenía al Almirante que sus descubrimientos le pertenecían; á lo cual, con toda la reserva propia de un diplomático, y sin perder un punto de terreno de la buena disposición en que ambos conferentes se encontraban, Colón le respondió que él ignoraba los términos de ese tratado de 1479, que infaliblemente, los reyes sus señores, cumplirían fielmente; y que por lo que hacía relación con él, su deber había sido y era cumplir con exactitud las órdenes y misión que le confiaron sus Soberanos.

El rey volvió á la conversación de los incidentes y circunstancias del viaje, que se prolongó por algunos momentos, después de los cuales, le designó como habitación, el Palacio del más eminente de los personajes de aquel lugar.

El lunes 11 de Marzo, después de la comida, el Almirante

se despidió del rey, que dió orden para que todas las personas más notables de la corte le acompañasen.

En seguida se dirigió al Monasterio de San Antonio, cerca de la ciudad de Villa-Franca, á presentar sus respetos á la reina, que le había suplicado viniera á hacerle una visita, quien lo recibió de la manera más galante y graciosa que él hubiera podido esperar.

Se preparaba ya Colón para ir á embarcarse, cuando se presentó el escudero de los más allegados á la persona del rey, á ofrecerle por orden de éste dos mulas, una para el Almirante y otra para su Piloto, que había asistido á la conferencia, yendo en persona á acompañarles, y haciendo todos los gastos del viaje que fueran necesarios, si el Almirante quería retornar por tierra á Castilla.

Tal ofrecimiento hecho á un hombre menos avisado que Colón, acaso hubiera aceptado la aparente galantería del rey de Portugal, que en la ofuscación de algún mal designio, como dicen algunos historiadores, no pensó que el Almirante tendría razón, á pesar de las recientes demostraciones de amistad que acababa de hacerle, en abrigar sospechas respecto de la conducta ó planes que el rey pudiera abrigar.

Colón, sin embargo, rehusó con cortesía la graciosa oferta del rey, excusándose con la imposibilidad en que se encontraba de abandonar su nave; y sin detenerse un momento más de tiempo, corrió á embarcarse y salió del puerto el 12 de Marzo.

CAPITULO LX

LLEGADA DE LAS DOS CARABELAS AL PUERTO DE PALOS.—IMPRESIONES.—LA NIÑA FUÉ SEÑALADA.—DUDAS Y FELICITACIONES.—ALEGRÍA Y ADMIRACIÓN DEL PUEBLO.—COLÓN CUMPLE SUS DOS PRIMEROS DEBERES.—LA ALEGRÍA DEGENERA EN DELIRIO.—LOS REYES LLAMAN AL ALMIRANTE.—COLÓN SIGUE Á BARCELONA.—SU ENTRADA TRIUNFAL Á LA CIUDAD.—ORDEN DE LA MARCHA.

POR fin las dos carabelas, ignorando recíprocamente sus comandantes el rumbo que cada cual había tomado, después del último temporal corrido casi á la vista de Lisboa el 3 de marzo, llegaron el mismo día 15, es decir, 12 días después de haber sido separados por el temporal, al puerto de Palos, de donde habían salido el 3 de Agosto del año precedente de 1492, ó sea á los 7 meses y doce días de ausencia; con la diferencia sin embargo, de que *la Niña* fondeó cerca del mediodía, en tanto que *la Pinta* entró al puerto en la tarde de ese día, y después que Colón había hecho publicar los brillantes resultados de la expedición, describiendo las magníficas islas que tenía descubiertas y mostrado parte de las curiosidades y riquezas que traía de aquellas lejanas tierras.

Diríase que la Providencia que dispuso el movimiento, y que ha sometido el hombre á esa ley, sea para el ejercicio de sus fuerzas, sea para que acumule delante de sí los obstáculos y los peligros, allegándose inconciente á ellos, se complace en regar en

ese camino obligado para la humanidad en su vida, tan pronto las espinas que deben herir lo más sensible de su sér, el corazón, tan pronto las flores que deben perfumar con sus aromas, las fibras delicadas del alma.

El día de la separación de Colón del puerto de Palos, los padres, las madres, las esposas, los hermanos habían acompañado con lágrimas y suspiros, el surco formado sobre las aguas por las tres naves, que era la huella de aquellos hombres que obedecían á la ley del movimiento que es la vida.

Siete meses doce días habían trascurrido de esa triste separación; y cuando menos se esperaba, ó no se esperaba ya el retorno de las Carabelas, *la Niña* fué señalada por el vigía, y nadie quería dar crédito á lo que propiamente veían.

¡ Colón, erguido y triunfante en la popa de su carabela, entraba por la barra de Saltes al puerto de Palos !.....

Al principio todos dudaban de que fuese *la Niña*, de tal manera estaba desconocida la nave; pero una vez que pudieron detallarla y que supieron que Colón venía en ella, todos corrían en distintas direcciones, dando la buena nueva de la llegada de los expedicionarios, y felicitándose de que el Almirante había encontrado las Indias por el Oeste, y venía cargado de riquezas.

¡ Cuánta alegría !..... ¡ Cuánta emoción !..... ¡ Cuánto indecible entusiasmo, se mostró en las personas de las diferentes clases sociales !.....

El pueblo lleno de alborozo corría en grandes grupos á la playa disputándose no sólo los lugares, sino las miradas !

¡ Cuántas aclamaciones !..... ¡ Cuánto ruido.....

Los trabajos se suspendieron; todas las ocupaciones fueron interrumpidas;.....las calles de la ciudad estaban interceptadas por la multitud que corría y se precipitaba en todas direcciones;.....las ventanas y los balcones, no podían contener los espectadores.....

Tan pronto como el Almirante puso los pies en tierra, un ruido tumultuoso, causado por el movimiento unánime de los diferentes grupos de pueblo que se chocaban los unos con los otros, viniendo en fin á formar una masa compacta que se precipitaba en torno de Colón, se levantó por todas partes acompañando á los gritos de, « á la Iglesia, á la Iglesia,» los gestos y

las acciones que testificaban la impresión de admiración, de respeto y de regocijos que la multitud experimentaba en aquellos momentos.

La masa inmensa y compacta del pueblo, escoltó en procesión y como acompañamiento, al gran navegante que se dirigió á la Iglesia, con un semblante sereno, en medio de aquella pompa popular, que parecía desafiar la pompa de las cortes, para dar gracias al Dios de las misericordias, por los beneficios que le había acordado durante su larga navegación, y por el mayor de todos ellos, el de haber regresado sano y salvo, para poner á los pies de sus soberanos protectores, los tesoros y curiosidades que traía de tan lejanas tierras.

Después de haber cumplido con ese primer deber, Colón se dió prisa á escribir á Fernando é Isabel, que se encontraban á la sazón con toda su corte en Barcelona, anunciándoles su feliz llegada, y que salía á esperar sus órdenes en Sevilla.

Cuando todo el mundo supo y vió los metales preciosos, los pájaros desconocidos, las producciones naturales, y sobre todo los hombres indios que traía, la alegría degeneró en delirio!.... En todos los templos principiaron á repicar las campanas; la artillería hizo descargas con cañones, y todos los honores que se le prodigaron, no fueron menores ni con menos entusiasmo que los que se hacían á la llegada de un Soberano.

Los reyes Fernando é Isabel, al recibir la carta de Colón, admirados y llenos de alborozo, contestaron inmediatamente con una carta muy lisonjera, invitando al Almirante á que se pusiese en marcha de seguidas, á reunirse con ellos, para oir de sus labios, todas las circunstancias del gran acontecimiento con el cual él acababa de inmortalizar su reino.

Esa carta en que los reyes llamaban á Colón á Barcelona donde le esperaban, llevaba este sobre escrito:

A DON CRISTOBAL COLON,

NUESTRO ALMIRANTE EN LA MAR OCÉANO;

VIREY Y GOBERNADOR

DE LAS ISLAS DESCUBIERTAS EN LAS INDIAS (*)

[*] Este Docum. se encuentra en el III Vol. marc. con el Núm. 5º

Colón obedeció sin pérdida de tiempo la orden de los Soberanos; y en toda la extensión del camino fué recogiendo las ovaciones de todos los moradores de los lugares por donde pasaba, que salían á su encuentro á saludarle con gritos de alegría, hasta su llegada á Barcelona donde tuvo una recepción verdaderamente triunfal.

«Su entrada en esta noble ciudad, dice Washington Irving, ha sido comparada á la de uno de esos triunfos, que los Romanos tenían la costumbre de acordar á los generales vencedores»....

Los indios abrían la marcha; estaban pintados con diversos colores según el uso de su país y engalanados con adornos de oro de su nación. Después de ellos, eran conducidos diferentes especies de loros vivos, pájaros y animales embalsamados de especies desconocidas y plantas raras, á las cuales les suponían virtudes preciosas.

Se llevaban como muestras, accesibles á las miradas del público, coronas y brazaletes de oro, que podían dar una alta idea de las riquezas de las regiones nuevamente descubiertas. Colón seguía á este cortejo, montado en su caballo, y rodeado de una brillante cabellería de jóvenes Españoles. La multitud se precipitaba hacia las plazas y por las calles; las ventanas y los balcones no bastaban para las señoras y señoritas, y los tejados de las casas estaban cubiertos por los espectadores. El público no podía satisfacerse de mirar esos trofeos de un mundo descubierto.

CAPITULO LXI

LOS REYES RECIBEN HONROSAMENTE Á COLÓN.—EL TE DEUM.—LAS PALABRAS DE LAS CASAS.—LAS PROMESAS DE LOS REYES.

Los reyes por su parte contribuyeron á honrar la proeza de Colón, recibiéndole con todo el aparato de una recepción de gran ceremonia, sentados en el trono y revestidos con todos los ornamentos reales.

Cuando el Almirante se presentó á la Sala del trono, por un movimiento simultáneo, el Rey y la Reina se levantaron; y al aproximarse, que fué á hincar la rodilla para besar la mano, los dos Soberanos no consintieron en esta demostración humillante, y le ordenaron que se sentase para que les hiciera la relación de su viaje.

Justo es pensar, qué impresión de plena satisfacción, aun de orgullo, ha debido experimentar Colón con el esplendor de ese recibimiento hecho por el pueblo y por los Soberanos. Esa brillante recepción del pueblo á su entrada en la capital; esa distinción poco común aun para los más elevados personajes, que le habían dispensado Fernando é Isabel, hasta el punto de tratarle de igual á igual; esa cordial respetuosidad que le habían mostrado, levantándose de su trono, al llegar él á su presencia; esa indulgencia singular en impedirle que hiciera por completo el acto de la genuflección, eso borraba por completo los recuerdos de su desgracia, de su pequeñez pasada, de su miseria,

de sus trabajos, de sus peregrinaciones tocando en las puertas de los poderosos implorando el auxilio y protección á su proyecto, esa burla que muchos hacían del intento de realizar su proyecto, en fin; de sus fatigas y de los peligros que corrió de caer en poder de la Inquisición: sus penas, y aun el hambre y los desmayos de su hijo debilitado por la marcha á pie, las creía recompensadas con usura.

«Cuando Colón hubo terminado su relación, dice Charton (1), sus palabras excitaron tal emoción, que apenas podía el respeto contenerlas; el Rey, la Reina y la asamblea toda, cayeron de rodillas; y simultánea y unánimemente, cual si fuera una sola voz, entonaron el TE DEUM! tal era el trasporte de gozo que agitaba á todas aquellas almas, que *Las Casas*, para pintar lo que se experimentaba en aquel solemne momento, no encontró sino estas expresiones:

«*Parecían que gustaban anticipadamente de las delicias del* PARAÍSO!».....

Luego, los reyes le hicieron las más vivas protestas de reconocimiento que les inspiraba su valor y sus trabajos; volvieron nuevamente á ratificarle los diferentes privilegios que le habían otorgado anteriormente; dieron por muy bien hecho todo cuanto hizo el Almirante, terminando por dar rango de nobleza á la familia del ilustre navegante.

Véase el DOCUM. Nº VI, en el cual se encuentra la ratificación y ampliación de los títulos acordados á Colón, y á sus descendientes.

Pero en medio de toda esa grandeza de que se veía ya rodeado; en medio de esa elevación de rango, para él y para su familia; en medio de esa fortuna que tocaba; de esas cualidades que se le atribuían; en medio de todas sus legítimas esperanzas, había algo de más halagador para Colón, de superior á sus deseos, tal era la promesa que acababan de hacerle los reyes, del pronto equipamento de una flota, con la cual pudiera no solamente asegurar la posesión de los países que tenía ya descubiertos, sí que también continuar las excursiones, con el fin de descubrir otros cuyas comarcas fuesen más ricas, y sus poblaciones más avanzadas.

(1) *Viajeros antiguos y modernos.*

CAPITULO LXII

CONDUCTA DE ALONSO PINZÓN.—DESPECHO Y TÉRMINO DEL CAPITÁN DE LA PINTA.

MARTÍN Alonso Pinzón á quien la tempestad del 3 de marzo separó por segunda vez de Colón, no se empeñó en volverse á unir á él como era su deber; lejos y solo, concibió de nuevo la idea, si es que no la conservaba desde la primera vez, de arrebatar al Almirante y compañero de aventura, la gloria de sus descubrimientos. Esto si no era ligereza de una inteligencia mediocre, era un defecto de cualidad, en que se revelaba la falta de probidad y de rectitud de sus inclinaciones.

Si la tempestad, como lo decía, lo había arrastrado hasta la bahía de Biscaya, y no era una falsa para ocultar que había ido voluntariamente á abordar á Bayona, él ha debido, lejos de darse prisa á escribir desde esa ciudad al rey y á la reina, atribuyéndose en gran parte el honor de los descubrimientos hechos por Colón, dirigirse á éste en cualquiera de los otros puertos, para en el caso de haber arribado ó que arribase, dándole cuenta de su rumbo forzado, y del lugar en que se encontraba, si no quería ó no podía dirigirse inmediatamente como lo hizo, al Puerto de Palos.

Pero, no señor; él pide permiso á los Soberanos para ir donde ellos, é inmediatamente se dirige á Palos creyendo lle-

gar antes que Colón, que como hemos dicho, se había anticipado, y marchaba ya para Barcelona cuando *La Pinta* dió fondo.

Al saber Pinzón que Colón había llegado, y el recibimiento que se le acababa de hacer, el despecho fué de tal manera superior á sus fuerzas morales, que se entregó, dícese, á un completo anonadamiento. De resto, él conocía á Colón, y sabía que además de tener un corazón valeroso, había en él verdaderos principios de honradez. Él mismo podía testificar hasta qué punto el alma del Almirante no se plegaba ni á los rigores del infortunio, ni á las amarguras de la rivalidad y de la desgracia, mucho menos al amago de los peligros por inminentes que fueran.

Además acababa de persuadirse de que, esa *aura popular;* ese viento de tierra que sopla en la vela de los grandes hombres, tan pronto para inflamarlos, tan pronto para despedazarlos en su carrera, no existía para él. Pinzón, pues, muy bien descrito por Mr. Charton, fué á encerrarse en su casa de donde no salió más y murió á los pocos tiempos, según la expresión de Muñoz y Charlevoix.

«Martín Alonzo Pinzón, dice Charton, era un hombre dotado de cualidades superiores, había ayudado poderosamente á Colón, con su dinero y con su influencia, antes de marchar en su expedición; había compartido con él sus peligros; hubiera, pues, tenido derecho á dividir con él, hasta cierto punto, los honores del descubrimiento. Él mismo motivó su pérdida por un exceso de orgullo indebido; por su ambición personal; y en fin, por no haber sabido comprender el genio de Colón.

CAPITULO LXIII

El hecho de Colón, transformaciones sucesivas.—Situación de la España á la época del arrojo de Colón.—Medios empleados para la vendimia.—Los críticos del siglo XVIII, y los privilegios.—Terribles condenaciones.—El principio moral en pugna con el político y el religioso.—Lo que era la opinión pública.—La tribuna interesada.—Los cerrojos del espíritu.—El pueblo español, descripción y situación. - Poblaciones cristianas y musulmanas.—Una página de la historia de la Turquía.—Paralelos.—La verdad de los hechos.—Promiscuidad de razas, territorios, etc., etc.

Aun remontándonos á la antigüedad que nos ha legado un arsenal de hechos, inimitables como modelos, ninguno podría citarse, que recoja sobre el propio terreno de la historia un caudal más copioso de satisfacción y de gloria, por las inmensas y trascendentales consecuencias, que el hecho de Colón, sin poder ser apreciado entonces en su verdadero valor, ofrecía al mundo físico y moral.

De ese gran punto marcado en el horizonte de los tiempos, iban á surgir nuevas reformas en la Filosofía de las acciones humanas ; nuevas reformas en la moral y en la economía de las naciones; nueva reglamentación más radical en los sistemas y en la política ; nueva disciplina en la razón para la apreciación de los hechos; nueva atmósfera más luminosa á los ojos de las conciencias.

El empuje de ese gran acontecimiento iba á precipitar las transformaciones sucesivas; la éra feudal desaparecería de la España y de la Europa; el equilibrio social sería más consecuente; las preocupaciones, muchas inmorales de los derechos del Señor, tenían que terminar; el renacimiento, como alimentado por una eterna primavera, no envejecería, y las poblaciones del NUEVO MUNDO, subyugadas por el imperio de una monarquía absoluta, treparían lentamente *el suelo guijarroso de ese calvario*, donde ellas debían, por su propia inmolación á los más nobles principios, consumar la obra de su gloria.

A la época en que el sublime é incalculable arrojo de Colón presentó á la España una nueva y copiosa fuente de recursos, su tesoro agotado por los gastos de la guerra, se encontraba en tal estado de escasez, que para proporcionar al gran navegante los pequeñísimos recursos conque acometió tamaña empresa, tuvo que poner á contribución los intereses particulares.

Tal estado, de que ya hemos dado cuenta anteriormente, y que algunos autores han exagerado de una manera impropia, preocupaba á todas las personas de inteligencia, principiando por los reyes Fernando é Isabel, cuando Colón regresó, cumpliendo los decretos admirables de la Providencia; trayendo en una mano el elemento que debía servir para martirio y esclavitud de las nuevas poblaciones encontradas, y en la otra, el grano que produciría las futuras y abundantes cosechas, que debían sustentar la pompa de los reyes.

Uno de los medios empleados para la vendimia de los productos de las nuevas adquisiciones, fueron los privilegios, que comenzaron pródigamente por Colón y los conquistadores, y terminaron por los acordados á la compañía Guai-puscuoa.

Los grandes críticos del siglo XVIII, han demostrado suficientemente que la ley de privilegios de aquellos tiempos, no reposaba sobre ningún principio cristiano; y que, variable y proporcional pero en sentido contrario á la equidad, ella es siempre liviana para el fuerte y pesada para el débil; de ahí el descrédito profundo de todo lo que gobierna, administra y legifica.

Es verdad que en aquella época todos los soberanos de la Europa no comprendían otro sistema que el de traer la cir-

cunferencia al centro, en lugar de enviar del centro á la circunferencia, lo que era más conforme con la ley ordinaria y con los principios de equidad. Ni en los planes económicos, ni en las instituciones administrativas y judiciales podía el espíritu descansar sobre algo que fuera equitativo y lógico. Todas eran excepciones cuando no eran impuestos; por aquí un privilegio, por allí una injusticia; acá una venalidad, allá una exacción y una violencia.

Todas las fórmulas establecidas á propuestas por los economistas, no eran otra cosa que terribles condenaciones para la clase menesterosa y trabajadora, única de los tres órdenes que soportaba las cargas del Estado; las otras dos privilegiadas, la nobleza y el clero, en nada ó cuasi en nada contribuían. El principio moral, en pugna con el político y el religioso, estaba en completa ruina, porque la familia popular, que es la molécula constitutiva de lo que se llama patria, se encontraba humillada, pobre y envilecida; y ese principio, es el primogénito de la familia.

No pueden leerse los moralistas, los poetas y hasta los malos escritores de aquellos tiempos, sin sorprender hasta qué grado de subversión había descendido el principio moral.

Lo que nosotros llamamos opinión pública, palanca poderosa para levantar y para derribar el poder en las sociedades modernas, era aún invisible, impalpable y muda, no sólo en España, sí que en la Europa toda. Sólo una tribuna interesada, y en la que se reflejaba sin cesar el plan general de la edad media, hacía oír su voz, era la de la cátedra sagrada; la de la política, la de la moral, la de las ciencias, todas estaban mudas; las mismas leyes prohibían hablar en los libros sin la autorización de la censura eclesiástica, de la censura de los parlamentos, de la censura de la policía.

Estos eran los cerrojos que trancaban como en eterna prisión, el espíritu, el pensamiento y la palabra, condenada también legalmente como la opinión, á no hacerse oír sino conforme á la voluntad del soberano secular, y de los soberanos clericales que principiaban por el Grande *Inquisidor*, y acababan por los miembros del *Santo Oficio*.

El pueblo español, esa familia en quien el origen de su sangre etrusca, es la primera explicación de su nobleza, de

su carácter, de su valor, de su constancia, de su abnegación y paciencia para soportar también las penalidades físicas, que ha trasmitido como legado sagrado de familia en familia su parte de savia latina que revela ya en su lenguaje propio para la oratoria ; ya en su imaginación pronta para la concepción, que rivaliza con las grandes razas de Italia; ya en su orgullo patriótico; ya en su corazón altivo; ya en sus pasiones civiles, ese pueblo, decíamos, heredero también del gran carácter de la raza heroica griega, de quien ha conservado, junto con un grandísimo número de sus palabras, giros y hasta el *artículo* la fuga de su imaginación, la superioridad de inteligencia, el acento de su primitiva lengua, *el Celtíbero*, se encontraba á esa época envilecida y fanatizada; sin poseer nada; sin leyes propias de justicia, y sin poder por ese hecho que admira y confunde al mismo tiempo, defenderse; un trabajo miserable de un día, para morir de hambre en el siguiente; una gran cantidad de pobres mendigos que circulaban por todas partes en la ciudad como por los caminos y las aldeas; y por sobre todo eso y algo más que debe silenciarse, las especulaciones que paralizaban las medidas de distribución libre de los productos más necesarios del consumo para la vida.

Tal era, á grandes rasgos, la situación del pueblo español cuando Colón regresó llevando los trofeos del gran triunfo de su descubrimiento, sin poner en la balanza de la situación, el terrorismo, las exacciones y todas las iniquidades de la tenebrosa y terrible *Inquisición*, que so pretexto de persecución, á los infieles ó heréticos, se ejercía para arrebatar, con cualquier pretexto, vida y fortuna, aun á aquellos mismos que profesaban la religión Cristiana.

No estaban, no, sometidas á los mismos rigores las poblaciones cristianas existentes entre los musulmanes, en aquella época, á pesar de cuanto se había dicho; la historia comprobada con los hechos, ha venido presentando la verdad de las cosas.

En la historia de la Turquía, encontramos estas dos páginas que copiamos.

« Salvo el derecho del gobierno político y el de llevar las armas, no se veía entre los musulmanes y los cristianos otra diferencia que el título de población conquistadora y

población conquistada. La prueba evidente de esta tolerancia civil y religiosa de los musulmanes hacia las poblaciones cristianas sometidas entonces á su dominación, no tiene necesidad de apoyarse en otros testimonios que en los de los hechos. Desde Bagdad y Damos, hasta el Danubio; y desde la extremidad del Pont-Euxino hasta el extremo del mar Adriático, la Persia, la Syria, la Cólchida, la Capadocia, la Bitinia, la Tracia, la Bulgaria, la Servia, el Peloponeso, la Albania, estaban cubiertas de ciudades, villas y poblaciones cristianas á las que los vencedores no habían opuesto jamás esa opción atroz y controvertida, entre el islamismo y la muerte, de que los instigadores de las cruzadas, alimentaban la indignación popular de Occidente.»

«Esas ciudades, esas villas, esas poblaciones sometidas políticamente, pero libres en su creencia y en su culto, florecían, trabajaban, comerciaban, navegaban y se multiplicaban tan libremente bajo la dominación musulmana, como bajo la dominación de Bizancio. La prueba de que ellas podían existir, es que existían, y que á esa época, como hoy, el número de las poblaciones cristianas incrustadas en el imperio Otomano, era inmensamente superior al número de las poblaciones turcas.»

«Los cristianos del Occidente no eran ya llamados en el Oriente por la generosa piedad de hermanos, yendo á arrancar á los suyos, de las garras de la apostasía y del martirio. Esta verdad comenzó á revelarse en el Occidente, á pesar de las exageraciones de los frailes y de los peregrinos. De resto, la Europa ocupada de sus intereses, de sus ambiciones, de sus guerras intestinas, no tenía ni tiempo suficiente, ni suficiente fanatismo, ni sangre bastante para ir á guerrear eternamente contra los sectarios de un profeta de la Arabia.

«Ella veía á los reyes de los Servios, de los Húngaros, de los Búlgares, y los emperadores griegos de Constantinopla, las repúblicas cristianas y católicas de Venecia, de Génova, los duques y los príncipes de la Morea, hacer tratados, contratar alianzas, pagar subsidios, prestar escuadras y soldados á esos *Otomanos*, que no cesaban de pintar, como á los verdugos de los cristianos; y poseer en medio de ellos, islas, provincias, puertos, industrias, comercio libre, que eran otros tantos mentís de los cuadros sombríos y exagerados que divulgaban.»

«Esas mezclas de dos razas, esas promiscuidades de territorio, de costumbres, de política, de religión; ese espectáculo cuotidiano en el Mediterráneo, de relaciones las más amigables y las más útiles entre los venecianos, los genoveses, los jónicos y los turcos, desacreditaban día por día, y cada vez más, la antipatía, tan largo tiempo popular entre los reinos cristianos y el imperio Musulmán. El mismo papado principiaba á tratar con los sultanes, y el momento no estaba distante, en que el Papa Alejandro VI, recibiera los subsidios de un Bajazet, por libertar á precio de oro el imperio otomano de un competidor al trono, que podía lanzar la anarquía en el imperio». (LAMARTINE, *Hist. de la Turquía*, lib. VIII, tom. II, p. 305, etc).

CAPITULO LXIV

PASEOS DE COLÓN Á LA DERECHA DEL REY.—EL ALMIRANTE EN EL SOLSTICIO DE LA FORTUNA.—TRISTES CONJETURAS.—FILOSOFÍA SOBRE EL INFORTUNIO.—CIRCULA EN EUROPA LA NOTICIA DEL RETORNO DE COLÓN.—CARTA DE PEDRO MÁRTIR.—EL LEGADO (NUNCIO) DEL PAPA, REFIERE LO QUE SE DIJO EN LONDRES SOBRE EL HECHO DE COLÓN.—PREOCUPACIÓN DE LOS GEÓGRAFOS.

RETORNEMOS á Colón; hacia ese hombre, que, con justo título puede llamarse hombre de creación, por la producción de su genio, pues es éste el que crea, sea en el dominio del pensamiento cuando regula las obras del espíritu, sea en el dominio de los sentidos, cuando presenta la obra material de combinaciones desconocidas.

Retornemos á él, al fervoroso y paciente genio, decimos, y sigámosle con la vista, como á la irregularidad de la espuma en ebullición, que termina por desbordar, y perderse por la misma fuerza que la levanta.

Veamos á Colón pasear á caballo á los pocos días de su llegada, por las calles de la ciudad, á la derecha del rey Fernando;

Veámosle responder con su sombrero en la mano, á los saludos entusiastas de las poblaciones que se precipitaban á su paso, para testificarle su admiración, siempre creciente por el

hecho extraordinario de haber descubierto una extremidad del Asia, hasta entonces desconocida; acaso la más rica, la más bella de todas las porciones de la tierra que forman el globo;

Veámosle, en fin, miembro acariciado de la corte de los reyes de Castilla; sus hijos titulados como pajes de la reina Isabel, llegar al solsticio de la fortuna y de la gloria, que resultan siempre de relaciones misteriosas entre la forma y el fondo de todas las cosas morales y materiales; relaciones que sólo Dios establece, las mide, las limita, les marca su escala de ascensión y de declive, su proporción, su medida, su conveniencia.

Preparaos, Colón, que si tu gloria por un momento eclipsada, sufre como la verdad sus contra-pruebas, al cabo aparecerá brillante y eterna, porque la verdad no es arbitraria.

Pero,.....tu fortuna?.....

¡Ah! ella pasará como el Sol por el cenit; y en su declive.....volverá el infortunio con su cortejo de desengaños ..... de ingratitud.....de amarguras..... ¡que son el carbón ardiente de la celebridad, funesto para la fortuna!.....

Tu vejez no podrá ya refugiarse sobre ningún gran pensamiento, pues la ingratitud de los hombres sacudirá el polvo del mundo, que caerá sobre tu corazón como cenizas frías que deben anticipadamente helar *tu alma* (fuerza), como si se encontrase en la cuna de la muerte!.....

El movimiento y el calor de la vida no podrán ya dar impulso á los vuelos dulces del espíritu y del corazón, porque la esperanza que debe estar siempre cubierta con su manto de alegría, no tendrá.....¡ah! sino los harapos de la tristeza, que,.....forzoso es decirlo, *son ¡el abrigo de la vejez!*....que no contempla sino la nada, *á la faz de la eternidad de* Dios!.....

Realizados tus importantes designios, recibirás como premio de tu obra, los grandes sacudimientos de viles pasiones!.....de mezquinos intereses!.....de ruin egoísmo que estremecerán tu vida, que no tendrá ya ni el tiempo ni la paciencia necesarios para esperar que se gasten esas dificultades monstruosas, ofensivas más para la verdad eterna, que

para la sana inteligencia y el sentido justo de los hombres.

Los reyes habían ofrecido á Colón, que emprendería un segundo viaje lo más pronto posible, llevando consigo todos los elementos necesarios, para bien asegurar los descubrimientos hechos, y otros de mucha mayor importancia que se prometía el Almirante.

Mientras se hacían los aprestos de la flota que debía conducir la nueva y grande expedición á través del Atlántico, la noticia del retorno de Colón y los detalles de su primera excursión circularon en Europa, causando en todas partes, como era natural, grande admiración y sorpresa.

Pedro Mártir, de Anghiera, el primer escritor que hizo mención de Cristóbal Colón, dice en una carta del mes de Diciembre de 1493:

«Todos los días nos llegan noticias de nuevos prodigios de ese otro mundo, de esos antípodas del Oeste que un cierto genovés, de nombre Cristóbal Colón, acaba de descubrir. Nuestro amigo Pomponius Læta, no ha podido contener lágrimas de alegría, cuando le dí las primeras noticias de este acontecimiento inesperado!

¿«Quién puede admirarse hoy de los descubrimientos atribuidos á Saturno, á Ceres, á Triptolemo?».

¿«Qué de más extraordinario hicieron los fenicios cuando, en lejanas tierras y regiones, reunieron pueblos errantes, y fundaron nuevas ciudades?»

«Le estaba reservado á nuestro tiempo, ver aumentarse así la extensión de nuestras concepciones, y aparecer inopinadamente sobre el horizonte tántas cosas nuevas.»

Las más sabias inteligencias se entregaban á ilusiones extraordinarias.

El Legado (del Papa) Galéas Butrigarias, en la relación de las primeras aventuras de Sebastián Cabot, dice por su parte:

«En Londres, en la Corte del rey Henrique VII, cuando llegaron las primeras noticias del descubrimiento de las costas de la India, hecho por el genovés Cristóbal Colón, todo el

mundo convino, que eso era una cosa cuasi Divina, navegar por el Oeste hacia el Este donde crecían las especias.»

Los más experimentados geógrafos y marinos se preguntaban, si las islas que el atrevido navegante había explorado, pertenecían á un mundo nuevo, ó bien, debían ser comprendidas en alguna de las divisiones ya conocidas en la tierra?.....

Sería no concluir, si nos propusiéramos enumerar algunas de las escenas diurnas y nocturnas que las crónicas de aquellos tiempos nos han trasmitido, con relación al descubrimiento, á las tierras y al hombre superior que vió por la vez primera, al triste reflejo de las luz de las estrellas, ese espectáculo creado por la Divinidad: un libro entero no bastaría para concretarlas y definirlas todas.

De resto, fácil es concebir qué ideas, cuántas extravagancias ha podido formar el pensamiento, según el grado de instrucción de cada persona, de esas riberas ó costas lejanas y desconocidas, donde la frágil barquilla del Almirante fué á abordar, después de haber atravesado durante tantos y tan largos días ese desierto de cristal formado por las aguas, después de haber atravesado ese espacio sin fin que ningún compás circunscribe, dominio inconmensurable del viento que elabora esas ondas de los mares para pulverizar los granitos de formación primitiva; de esas tierras extrañas, presentándose en la imaginación con los misterios de lo desconocido, con la vaguedad de un clima no calentado; con la belleza de una naturaleza no comprendida; de una vegetación maravillosa; de esos hombres salvajes, recogiendo en el día las frutas que, alegres y contentos debían comer en la noche, en sus chozas pajizas, situadas en las orillas del mar, de los ríos, ó en el centro de los bosques, alumbrados por los mismos fanales que sirven de guía á los navegantes.

FIN DEL TOMO I

TABLA DE LOS CAPITULOS

COLON Y SU DESCUBRIMIENTO:

EL NUEVO MUNDO O LA GRAN COLOMBIA

TOMO PRIMERO

	PÁGINA
PRIVILEGIO	II
CARTA DEDICATORIA	V
CONTESTACIÓN	IX
ADVERTENCIA	XV
Consideración sobre el motivo de esta obra	XVII

PÁGINA

CAPITULO I..... 5

Sueño llamado MEDEA.—Profecía de Séneca.—Nota del hijo de Colón.—Obra citada por Séneca.—Recuerdos del severo aprendizaje. — Otra predicción del mismo autor. — Los lejanos Alpes.

CAPITULO II..... 8

Los precursores de Cristóbal Colón.—Lo que se trataba de explorar.—El sueño del descubrimiento.—Expediciones que tornan á la izquierda.—Los Beduinos.—Los Nómades.—Los Etiopes.—Los Trogloditas.—Islas habitadas por Gorillas.

CAPITULO III..... 10

El cercado de Box.—El viajero Himilcon.—Comparación.—Detalles interesantes de Herodoto.—Mención de los Gracos y los Scythas.—La chispa del cerebro de Homero y de Herodoto.

CAPITULO IV..... 12

El viajero griego Ctésias.—El pájaro que habla.

CAPITULO V..... 13

Euxeno, 600 años antes de nuestra éra—La dote de una esposa.—Massilia.—Lo que hizo Phithéas.—Lo que los ingleses llaman «English channel».—La última Thulé.—Lo que hay más allá de Thulé.—El valeroso Phithéas en medio de la confusión prolongada de la naturaleza.—El marino retrocede.—El viajero atónito.—Reflexiones.

CAPITULO VI..... 15

Exploraciones en tiempo de Alejandro.—Libro de Pausanias.—Julio César explorador.—El fraile chino Fahian.—Lo que quiere decir ese nombre.—Lo que quiere decir «indicopleus-

PÁGINA

tes».—La Topografía Cristiana.—Condenación del clérigo Virgilio en el siglo IV.—Errores apoyados por los textos de los primeros padres de la Iglesia.—Negación de los antípodas por San Agustín.—Ideas de los frailes de Alcalá en el siglo XV.

CAPITULO VII..... 18

El pasado del Mundo.—Deuda que paga el corazón.—Soleyman y Abou.—Zeyd Hassan.—Benjamín de Tudelo.—Lo que iluminará la luz del espíritu.—El genio precursor.—¿Quién fué Marco Polo?

CAPITULO VIII..... 21

Advertencia.—Ciertas regiones asiáticas.—La familia de Polo.—Posición social y mercantil.—Viaje de Nicolo y Mateo Polo.—Excursiones hasta la China.—El gran Khan, su mensaje para el Pontífice Romano.—Regreso de los hermanos Polo.—El hijo mayor de Nicolo, Marco.

CAPITULO IX..... 24

Nacimiento é inteligencia de Marco Polo.—Las catapultas.—Engrandecimiento del Cathay ó China.—Marco Polo, gobernador de un Estado.—Aprovechamientos de Marco Polo.—La ausencia de 20 años.—Regreso de los tres Polo.—Negativa del Emperador.—La hija de Cublaï.—Séquito de la princesa, su embarque, entrada al golfo pérsico.

CAPITULO X..... 27

Las bodas del príncipe persa.—Los viajeros continúan su marcha.—Juicio sobre Marco Polo.—Llegada á Venecia de los tres viajeros.—El cuento de Bagdad.—Lo que es la humanidad.—Marco Polo centro de la sociedad veneciana.—Disertaciones sobre varias materias.—Riquezas del gran Khan.—La corte de Cublaï-Khan.

CAPITULO XI..... 31

Guerra entre Génova y Venecia.—Venecia vencida.—Suerte que

PÁGINA

corrió Marco Polo.—Encuentro de Polo con Rusticiano.—Marco Polo dictando como Herodoto.

CAPITULO XII..... 33

Lo que era la sociedad de Marco Polo después del año 1299.—¡ Cómo pasa el entusiasmo secular !—Excursiones de la imaginación.—Lo que se experimenta al llegar á Italia.—Los maestros del divino arte.—Cita poética de Lamartine.

CAPITULO XIII..... 39

Los viajes, la Biblia y el Cristianismo.—La lengua italiana transformada.—Lo que produjo los relatos de Marco Polo.—Visita á las dos Armenias, la Persia y otros pueblos.—Reflexiones del navegante.—Referir con honradez.—Edad y muerte de Marco Polo.

CAPITULO XIV..... 40

Rarezas de las copias de los relatos.—Atractivos para los espíritus interesados.—Un párrafo textual.—Como se verifica la elección de una esposa.—Lo que exige la hija del rei Caidu, para aceptar un esposo.—La provincia de la oscuridad.—Descripción de la Rusia.—Una isla habitada por hombres, otra por mujeres.—La isla Angaman.

CAPITULO XV..... 43

Fisonomía de los naturales de Angaman.—Horrible costumbre de los Dagraianes.—Marco Polo en comparación con Herodoto.—Servicios prestados por M. Polo.—El carbón mineral.—La vejez de Marco Polo.

CAPITULO XVI..... 46

Engaño de la idea y de la profesión.—La otra faz de la obra de Dios.—Tenacidad del destino.—Un asalto al espíritu y á la inteligencia.—La voz del Titán.

PÁGINA

CAPITULO XVII..... 48

La Colombiada, epígrafe.—La promesa providencial.—Los códigos modificadores.—Vuelo del pensamiento y sus representantes.—El espíritu del siglo XIII, prepara un germen.—La repercusión de una idea.

CAPITULO XVIII..... 51

La obra de Cristóbal Colón.—La historia y los historiadores.—Los poetas, cita de la Colombiada.—Nuestro Boccacio.—Lirismo inverosímil de Schiller.—Razonamiento de Colón.—Error de la geografía antigua.

CAPITULO XIX..... 55

Aspiración de Colón.—La vía terrestre y la vía marítima.—El oleaje de ideas y de ilusiones.—La idea persistente.—Islas afortunadas.—Ilusiones y quimeras.—Cita.

CAPITULO XX..... 58

Perseverancia, fe y valor.—Sagacidad de Colón.—La razón de enarbolar el estandarte de la fe.—Alfonso V.—Petición sigilosa del monarca de Portugal.—Otra viveza de Colón.

CAPITULO XXI..... 61

Correspondencia de Colón con el astrónomo Toscanelli.—Copia de una carta de Toscanelli á Fernando Martínez.—Toscanelli abrevia las tinieblas del viajero.—Segunda carta á Colón.

CAPITULO XXII..... 63

Golpe de gracia dado á la imaginación de Colón.—La fiebre del entusiasmo.—Colón dirigiéndose á los reyes de España.—Palabras textuales.—Ocupación del padre de Colón.

PÁGINA

CAPITULO XXIII..... 65

Génova, su aspecto.—Antigüedad de Génova.—Vicisitud de la Italia.—Tesoros que guarda Génova.—Su historia escrita con sangre.—Sus Magistrados.—Génova, patria de Colón.—Citas históricas sobre precursores de Colón.—Lugar en que nació Colón.—El pueblo de Cogoleto.—Los padres de Colón.—Los hermanos de Colón.

CAPITULO XXIV..... 69

Primeras excursiones.—Intrepidez del carácter de Colón.—Honradez de Colón.—Expedición á Tunis.—El rey René d'Anjou. —Palabras citadas por Fernando en el Capítulo IV.—Lisboa, centro de los progresos marítimos.—Colón, su traslación á Portugal.—El Cardenal Medina Cœli.—Lo que hizo Fernando rey de Aragón y de Sevilla.

CAPITULO XXV..... 72

El Santo Oficio y Tomás de Torquemada.—Los instrumentos de suplicio.—Edito de gracia de Fernando el Católico.—El rey perjuro y sacrílego.—La delación.—Las cuatro estatuas huecas.—El auto de fe.—Concejo de la Suprema.—El Papa Sixto V, y sus bulas.—El Código inquisitorial.—El artículo 4º —El artículo 6º—Continúan los artículos.—Lo que era el quemadero.—Los muertos tildados de herejía.—Colón impedido de buscar protección.

CAPITULO XXVI..... 76

Colón en Lisboa, nueva pasión.—Colón se casa con doña Felipa. —Ocupación de Colón.—Viaje á Islanda.—Los tres jóvenes italianos.—Olgiati historiador y héroe.—Los soldados son los enemigos naturales del pueblo y de la libertad.—Olgiati en la tortura.—La respuesta sublime de Olgiati.—Epoca histórica de los dolores de un pueblo.—Valor extraordinario de Colón.—Los nombres ensalzados y los nombres malditos.— Los hebreos desconocían la esferoicidad terrestre.—La Iglesia

PÁGINA

y las opiniones de Moïsés y de los profetas.—La ciencia griega rechazada por los padres de la Iglesia.—Las palabras de San Pablo.—Palabras de San Agustín.

CAPITULO XXVII..... 81

Lo que dice Humboldt.—Conjetura sobre las lecturas de Colón.—Cita de Aristóteles sobre la redondez de la tierra.—La prueba de los Elefantes.—La idea de Colón no era nueva.—La obra de la casualidad y no del pensamiento.—La idea especulativa.—Lo que era necesario.

CAPITULO XXVIII..... 84

Cita de la relación de Critias.—Idea persistente de Colón.—Cita de Charton.—Descripción de la Italia por Aristóteles.—Colón, hércules de la voluntad.—Colón comparado con el Orestes bíblico, Saul.—El deber de las almas nobles.—Sentencia filosófica moral.

CAPITULO XXIX..... 88

Lo que vió Pedro Correa.—Referencia de los habitantes de las Açoras.—La isla de San Brandan.—Referencia del Gigante Mildum.

CAPITULO XXX..... 90

Los siete Obispos y las siete ciudades.—Tratado de Fernando de Ulma con la corona de Portugal.—Una conjetura racional.—Creencias fundadas por las tradiciones.—Cita de Diodoro de Sicilia.—Descripción de una isla.—Descripción del mar que baña á esa isla.

CAPITULO XXXI..... 93

Detalle referido por Plutarco.—Las Islas Bienaventuradas.—Descripción.—Los campos Elíseos de Homero.—La extrema Mauricia.

PÁGINA

CAPITULO XXXII..... 95

Reflexión preliminar.—La historia rechaza las quimeras fantásticas.—Severa imparcialidad.—Justicia.—La Providencia oculta bajo una apariencia.—Confesión genuina y profunda.

CAPITULO XXXIII..... 97

Un eco de la posteridad.—El resurrexit de la gloria del primero de los héroes.

CAPITULO XXXIV..... 99

Relación de Colón al monarca Juan II.—Reunión del Consejo del rey.—Negativa al proyecto de Colón.—El obispo de Ceuta califica á Colón de impío.—El obispo Calzadilla pone en peligro la vida de Colón.—El rey de Portugal concibe la idea de despojar á Colón.—El destino burla la mala fe del monarca.—Colón se va á Génova.—Génova no acoge el proyecto de su hijo.—La Italia inconsulta.

CAPITULO XXXV..... 104

Separación de Colón del reino de Portugal.—Rasgos fisonómicos de Colón.—Otras descripciones.—Su viaje de Venecia á España.—Santa María de la Rábida.—Impresión que causa en el Prior.

CAPITULO XXXVI..... 108

Recoger de los extraños lo que la patria le niega.—Un hombre predestinado.—Colón llega á España.—Exposición del proyecto.—El confesor de la reina oye á Colón con desagrado.—El soberbio que debía ser humilde.—Nueva decepción.—Colón se va á Córdova.—El marino y el artista.

PÁGINA

CAPITULO XXXVII..... 111

Conducta observada por Colón.—Los dos protectores.—La reina y el rey oyen á Colón.—El genovés hace brillar la expresión de sus ideas.—Refutación de la exposición.—Cita de Charton.—Acusacion de herejía.—El doctor Hoefer.—El Psalmo 103 y 104.—Teorías antiguas.—Manuscrito citado por Santarem.—El navegante convertido en político discreto.

CAPITULO XXXVIII..... 115

El último esfuerzo de Colón.—Vence el profesor Deza.—Colón se salva de la Inquisición.—Situación de España.—La parada ó el envite.

CAPITULO XXXIX..... 117

Insiste Colón en su idea con los reyes.—Nombramiento de una comisión.—Bases del convenio.—Las exigencias de Colón se declaran inadmisibles.—Insistencia honrosa de Colón.

CAPITULO XL..... 119

Colón resuelve ir á Francia ó á Inglaterra.—Impresión profunda de los amigos de Colón.—Colón en el Convento, y el Prior en Granada.—El Consejo de Estado.—Los tres defensores del genovés.—Isabel se declara protectora de la empresa.—A lo que se reducía el equipo de la empresa.—Reina única en la historia.—Correo enviado por Isabel.—Colón hace mayores exigencias.—Lo estipulado en el contrato.

CAPITULO XLI..... 123

La primera impresión.—Por lo que fué rechazado el proyecto.—Apreciación del Contrato.—El título de Almirante.—Documento Nº I.—Colón se asocia á un capitalista.—De lo que se componía la expedición.—Salida de la expedición.

PÁGINA

CAPITULO XLII..... 127

El viajero contemplado.—Lo que eran las tres Carabelas.—El instinto y el arrebatamiento del genio.—Los nombres de las Carabelas.—Etimología del nombre Canarias.—Colón abandona las vías conocidas.—La tripulación se entrega á un sombrío desaliento.—Cita del poeta Salazar.—Quimeras tradicionales.—Relación dialogada de desesperación.—Colón reanima su gente.—La calma vuelve.

CAPITULO XLIII..... 136

Situación de la flota el 13 de Setiembre.—Colón en plena ejecución de su obra.—Observación del hijo del Almirante.—El autor de los viajeros antiguos y modernos.

CAPITULO XLIV..... 138

El diario del Almirante.—Reflexión sobre las palabras citadas.—Connivencia del marinero y el propietario del buque.—El mal estado de las embarcaciones.—Desacuerdo entre los pilotos.—Reparación de la escuadra.

CAPITULO XLV..... 141

Principia el descubrimiento.—Mare tenebrosum!—Actitud del Almirante.—Actitud de los marineros.—Interpelación de los marineros.—Inspiración del talento.—Comparación con el talento de Moisés.

CAPITULO XLVI..... 144

El fenómeno de la aguja imantada.—Consternación de las tres embarcaciones.—Colón explica una nueva teoría.—Los temores se disipan.—Observación.—La exhalación y los vientos alisios.—El buen tiempo.—Las acumulaciones de Tisco ú Ova.—El Crustáceo y el rabo de junco.

PÁGINA

CAPITULO XLVII..... 148

Nuevas inquietudes.—Colón explica la situación.—Los felices visitantes.—Diálogos de desaliento constante.—La brisa prueba la posibilidad del retorno.

CAPITULO XLVIII..... 150

Las albricias de Alonso Pinzón.—La pretendida tierra.—Colón canta el Te-Deum Laudamus.—Presagio del 30 de Setiembre.—Desaliento producido por un piloto.—Proposición de Alonso Pinzón.

CAPITULO XLIX..... 153

El 10 de Octubre.—Cábala ó complot declarado.—La tripulación se decide á retroceder.—Exageración de algunos autores.—Lo que está en los límites de lo verosímil.—Colón ocupa siempre su puésto.—Error de los autores.—El sofisma.—Refutación de Muñoz.—El Diario de Colón revela la verdad.—Un rasgo de firmeza.—El tono y las palabras necesarias del Almirante.—El término medio en la difícil circunstancia.—Cita del Diario de Colón.

CAPITULO L..... 157

Una consecuencia lógica.—Distancia á que se encontraban.—Colón desvía hacia el Sud-Oeste.—Un párrafo que no hace honor á Colón.—Versiones llegadas hasta nosotros.—Restauración de la verdad.—Refutación de la fábula.

CAPITULO LI..... 160

Varias señales que indican tierra.—Los síntomas de tristeza desaparecen.—Cita del Diario de Colón.—Entusiasmo y curiosidad.—Un grito y la antífona de San Ambrosio.

PÁGINA

CAPITULO LII..... 162

Inquietudes y dudas.—Una luz en el horizonte.—Triunfo de la práctica sobre la contradicción de los sabios.—Disparo del cañón.

CAPITULO LIII..... 164

—

EL GRAN CAPITULO

Primera parte

La espectativa.—Colón se abstrae para reflexionar.—Colón convertido en Galileo.—El 12 de Octubre de 1492.—El lenguaje de la fisonomía.—El crepúsculo, la Isla y sus habitantes.—Se arrojan las anclas y se apresta el desembarque.—Admiración de los habitantes de la Isla.—Aparato del desembarque.—¡«COLON fué el primer europeo que puso sus pies sobre la tierra del NUEVO MUNDO»!—La plana mayor de Colón.—La Isla «Guanahani», se le dió el nombre de «San Salvador».—Explicación geográfica.—COLON toma posesión de la Isla «San Salvador».—El temor se disipa, familiaridad de los indígenas.—Regalos mútuos.—Reflexiones.—Recorrida en el campo.—Retorno á las Carabelas.—La verdad demostrada por los hechos.—El aloë de la historia.—Razonamiento de Mr. de Lamartine.—Fragmento de un poema inédito del autor de esta obra.—Continúan las reflexiones del publicista.—La razón del más fuerte.—Palabras de Mr. de Baudrillart.—El A, B, C, de la justicia.—La admiración no desquicia la justicia.—La justicia ciega.—Los cargos de la posteridad.—Se indica lo que va á contemplarse.

—

PÁGINA

EL GRAN CAPITULO..... 176

SEGUNDA PARTE

Filosofía del progreso.—Filosofía de los principios y sobre la moral.—Un compañero de ideas.—La primera acogida de los salvajes.—La conducta que Colón observa en cambio.—Colón contradiciéndose.—Imponer la fe con la violencia.—La creencia de la Edad Media.—Protesta del Obispo Bartolomé de las Casas.—Escena referida por Colón.—Otras reflexiones.—Una consideración que hace sonreír.—Nueva referencia de Colón.—Ofrecimiento del Almirante.—La palabra odiosa.—Justa impugnación de las palabras y de las ideas.—El principio de la esclavitud en el Mundo de Colón.—Paralelo de las dos civilizaciones.—Los dos grandes principios.

CAPITULO LIV..... 186

Pobreza de los indígenas.—Guanahani no era el sueño de Colón.—Los huéspedes se van sin despedirse.—Colón aborda á otra Isla á la que da el nombre de Fernandina.—Lo que dice el Diario del día 19.—El Almirante esperaba ver al rey de los indios.—Sigue Colón con su bello ideal.—Llegada á la Isla de Cuba.—Aspecto de la Isla.—Permanencia en Cuba.—Reparación de las Carabelas.

CAPITULO LV..... 190

Informe de los indígenas.—Dos ó tres días más, y Colón descubre su error.—Martín Alonzo Pinsón se aleja de sus compañeros.—Insubordinación de Pinzón.—Haití ó la Hispaniola.—Al fin se encuentra el oro.—El Cibao.—Naufragio de la «Santa María».—Preocupación del Almirante.—Necesidad de retornar á Europa.—Situación del Almirante.—Decisión acordada por todos.—Los insulanos aceptan el que se queden con ellos los europeos.

PÁGINA

CAPITULO LVI..... 194

Cómo pretendieron los indígenas entrar en la civilización.—Colón hace ver los terribles medios de destrucción que poseía.—Aprestos para el retorno.—Salida y encuentro con la «Pinta».—Excusas del Capitán Pinzón.—El Almirante aparenta estar satisfecho.—El 16 de Enero retorno definitivo para Europa.—El peligro de los días 12, 13 y 14.—Arribo á las Açoras y Tago.—Nuevas angustias para Colón.—La tempestad calma.—Colón llega con sus carabelas á la Isla Santa María.

CAPITULO LVII..... 198

Reflexión filosófica.—La temeridad convertida en realidad.—La Boca de Dragón.—La envidia de los portugueses.—El temporal del 3 de Marzo.—Arribo á Lisboa.

CAPITULO LVIII..... 201

Colón escribe al rey de Portugal.—El Almirante intimado por Bartolomé Díaz.—Respuesta del Almirante.—Don Alvaro de Dama.—Admiración del pueblo de Lisboa.—Invitación de Juan II de Portugal.—Entrevista de Colón con Juan II.—Pretensión del rey de Portugal.—Decisión del Papa Alejandro VI.—La triste consecuencia de la Bula del Papa.

CAPITULO LIX..... 205

Continúa la conferencia.—Colón se despide del rey y va á visitar á la reina.—Ofrecimiento del rey.—Excusa de Colón.

CAPITULO LX..... 207

Llegada de las dos Carabelas al Puerto de Palos.—Impresiones.—La «Niña» fué señalada.—Dudas y felicitaciones.—Alegría y admiración del pueblo.—Colón cumple sus dos primeros

PÁGINA

deberes.—La alegría degenera en delirio.—Los reyes llaman al Almirante.—Colón sigue á Barcelona.—Su entrada triunfal á la ciudad.—Orden de la marcha.

CAPITULO LXI..... 211

Los reyes reciben honrosamente á Colón.—Las palabras de las Casas.—Las promesas de los Reyes.

CAPITULO LXII..... 213

Conducta de Alonzo Pinzón.—Despecho y término del Capitán de la «Pinta».

CAPITULO LXIII..... 215

El hecho de Colón, transformaciones sucesivas.—Situación de la España á la época del arrojo de Colón.—Medios empleados para la vendimia.—Los críticos del siglo XVIII, y los privilegios.—Terribles condenaciones.—El principio moral en pugna con el político y el religioso.—Lo que era la opinión pública.—La tribuna interesada.—Los cerrojos del espíritu.—El pueblo español, descripción y situación.—Poblaciones cristianas y musulmanas.—Una página de la historia de la Turquía.—Paralelos.—La verdad de los hechos.—Promiscuidad de razas, territorios, etc., etc.

CAPITULO LXIV..... 221

Paseos de Colón á la derecha del Rey.—El Almirante en el solsticio de la fortuna.—Tristes conjeturas.—Filosofía sobre el infortunio.—Circula en Europa la noticia del retorno de Colón.—Carta de Pedro Mártir.—El Legado (Nuncio) del Papa, refiere lo que se dijo en Londres sobre el hecho de Colón.—Preocupación de los geógrafos.

ERRATAS

DE ESTE TOMO

PÁG.	LÍN.	DICE :	LÉASE
16.....	35.....	*de Niera*.....	de Nicea.....
66.....	39.....	*y de*.....	y del.....
67.....	5.....	*habitada*.....	habitaba.....
72.....	6.....	*continúen*.....	continúan.....
81.....	16.....	*de 1474*.....	á 1474.....
85.....	28.....	*cartaginenses*..	cartagineses.....
85.....	31.....	id.....	id.....
89.....	14.....	id.....	id.....
144.....	1.....	*Capít.* LXVI	*Capít.* XLVI...
148.....	1.....	*Capít.* LXVII	*Capít.* XLVII..
158.....	16.....	*ne el número*..	en el número...
183.....	37.....	*año de 1853*..	año de 1854.....
185.....	2.....	*rüido*.....	ruido.....
224.....	11.....	*las luz*.....	las luces.....
224.....	25.....	*no calentado*...	no calculado.....

98
BIG
col